

Te deseo...

muerto



Rocío Ramírez
Gómez

Te deseo... muerto.

***«Me preguntas si debes o no casarte;
pues de cualquier cosa que hagas,
te arrepentirás».***

Sófocles, poeta trágico griego.

Un breve prefacio.

Este no es un libro de amor. Comienza como podría terminar una historia romántica: con una boda. Es lo que nos anuncian en muchas películas, novelas o cuentos infantiles. El amor triunfa y se refleja con un gran banquete nupcial, un precioso vestido blanco y un «felices para siempre», o el comienzo de una convivencia en armonía, compartiendo un hogar si no hemos decidido pasar por el altar o el juzgado.

Pero ¿qué ocurre después? Cada relación es única, y no quiere decir que a todas les acabe por llegar el desamor o la desilusión. Si estás a punto de casarte o comenzar a vivir con tu pareja, no temas. No seré yo quien te abra los ojos.

Como decía el gran Gila en uno de sus monólogos sobre el matrimonio, «En la luna de miel: qué lunar, mi vida, me tiene loco, y luego: ponte *pallá* con la verruga».

¿Cuáles son las causas de que no se cumpla el «felices para siempre»? A saber. Cada uno tendrá sus propios motivos para arrepentirse. Lo que sí está claro es que el amor se idealiza. El deseo de compartir tu vida con alguien te embriaga como una borrachera de tequila. No te imaginas en esos momentos que no siempre seréis adorables el uno para el otro, que esa persona entrará al baño antes que tú y notarás su aroma inconfundible, y que puede que ronque. ¿Os habéis visto el uno al otro pasándolas canutas en pleno catarro, con lagañas, nariz enrojecida, y toses expectorantes? ¿Compartiréis las tareas del hogar sin reproches mutuos?

Dicen que, cuando comienza a darte asco ver a tu pareja comer, el amor se ha acabado. No sé si será cierto, pero es un claro indicio de que ya no estás cegado por esa persona. Has dejado de idealizar a tu media naranja.

En la siguiente narración vais a conocer a una pareja que lleva muchísimos años casada. Lorenzo, el marido, vive feliz y acomodado junto a Marifrán, su esposa. Para él la rutina es agradable, y siente que ha llegado al grado más alto de bienestar al que puede aspirar.

Ella, sin embargo, no lo ve así. Esa monotonía la asfixia, y ha llegado al convencimiento de que quiere algo más, necesita escapar de esa vida para poder realizar unos sueños en los que Lorenzo no se halla presente. Y es por ello que decide acabar con la vida de ese hombre al que un día amó y que hoy se ha convertido en un estorbo al que aborrece.

Y es que, según Blaise Pascal, «Es curioso que muchas veces amar a otro es amar ciertas cualidades que pueden perderse. Nunca se ama a la persona, se aman las cualidades».

¿Acaso perdió Lorenzo las cualidades que tiempo atrás Marifrán halló en su persona?

El comienzo de ella.

«...Yo te recibo como esposo y prometo amarte fielmente durante toda mi vida...»

Mil veces maldecía aquellas palabras que se me ocurrieron parafrasear cual loro amaestrado un aciago día de hacía casi veinticinco años. Si no hubiera dado una respuesta afirmativa a Lorenzo cuando me pidió matrimonio, no hubiera tenido que verme en la tesitura de planear su asesinato.

Por aquel entonces yo era una ilusa muchacha de veintitrés años, loca por un chico con el que llevaba saliendo desde los diecinueve. Antes de él había salido con Rubén, mi primer novio, cuando era una chiquilla de dieciséis primaveras. No llegué ni a acostarme con él. Nos conformamos con unos cuantos toqueteos bajo la ropa, y dos años después nos dimos cuenta de que teníamos que darnos un respiro. Para ser sincera, fue él el que necesitaba descansar de mí, de mis ansias de estar con él a todas horas. Se cansó. Estuve varios meses sin querer saber nada de novios ni de historias amorosas, lo cual me vino muy bien para centrarme en obtener el título de Administrativa de Formación Profesional. Hasta que apareció Lorenzo en mi vida.

Nos conocimos en la fiesta del barrio de San Juan de Plasencia, nuestra ciudad. Recuerdo que sonaba por los altavoces, colocados en la zona en que estábamos, *The time of my life*, la banda sonora de Dirty Dancing, la película por la que todas las chicas babeábamos, imaginándonos ser Baby bailando en brazos del guapo Johnny. Mi inglés no pasa del «hello», al igual que el del casi todas mis amigas en aquella época, por lo que os podéis imaginar las voces que, desgañitándose por la emoción, gritaban al unísono un desafinado «*detam on man lai*». El caso es que, ya fuera por los efectos del tinto de verano, o porque, realmente, en aquella época era un mozo de buen ver, Lorenzo me gustó. Su alta y fuerte figura, sus oscuros cabellos ondulados, sus ojos lánguidos de párpados caídos que, sin saber por qué, me provocaban ternura. Estaba con sus amigos, a unos metros de mi grupo, mirándome divertido. Recuerdo que fui al baño, pero había tanta cola para entrar, que desistí. No me apetecía esperar un buen rato para acabar entrando a un cubículo estrecho, oscuro y apestoso por los orines. Si a ello le añadimos que el alcohol que llevaba consumido me haría tambalearme y provocar una micción sobre mí misma, podéis imaginaros el plan. Todo ello hizo que me decantara por ir a orinar entre dos coches, con el consiguiente riesgo de que alguien me pillara. Avisé a Marina, una de mis amigas, de mis intenciones, pero la muy ladina no quiso acompañarme, por lo que tuve que apañármelas sola. Al regresar con mi grupo me encontré de frente con Lorenzo, fumando un cigarrillo.

—Hola, ¿qué tal? —me saludó, al tiempo que me ofrecía un pitillo.

Yo no solía fumar, salvo en noches como aquella, en las que lo hacía por alternar. Me parecía sexy acompañar mi bebida con un cigarro, así que se lo acepté, a pesar de que en aquellos momentos no tenía una copa para acompañarlo. Fue como si Lorenzo me conociera lo suficiente para saber esto, pues me tendió también su vaso de plástico.

—¿Qué es? —le pregunté, dando un sorbo antes de darle tiempo a contestar.

—Güisqui con Coca-Cola. Marifrán, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú...? —le respondí, pese a que ya conocía la respuesta. Plasencia es una ciudad, pero tiene un halo de pueblo grande.

Así fue cómo empezó todo, aquella festiva noche de finales de junio. Tras darnos los números de teléfono de nuestras casas, comenzamos a quedar y a vernos cada vez con mayor frecuencia. Fuimos alejándonos de nuestros amigos, y acabamos por ser inseparables. Me entregué a él antes de lo que me hubiera imaginado un año atrás. Sentí entonces que era la persona adecuada para ello, quien ostentaba el honor de ser el primero. No fue como lo había imaginado. Tenía una idea preconcebida, formada en parte por las conversaciones con mis amigas íntimas, las que ya habían perdido la virginidad, y en parte por las novelas de Julie Garwood. Mis nervios y mis complejos no ayudaron, a pesar del cariño con el que me trataba mi novio. Estaba tan agarrotada y tan pendiente de que todo saliera perfecto, que no disfruté. Lo habíamos planeado con mucha antelación, pues la madre de Lorenzo iba a estar unos días ausentes. Viajaba a Cáceres, a ver a sus padres y le acompañaba el hermano menor de Lorenzo. Él se tenía que quedar para atender la ferretería que había sido de su padre, fallecido años atrás. Por tanto, teníamos la casa para nosotros solos. Yo no podía pasar la noche fuera, ya que mis padres eran muy estrictos a este respecto, y pese a ser mayor de edad, tenía toque de queda. Pero dispondríamos de un buen rato cuando cerrara a mediodía, hasta las cinco y media que volvía a abrir. Me arreglé a conciencia aquella tarde, me depilé, me aseguré de tener la piel suave y perfumada. En fin, de estar perfecta para él. Y en el momento clave, me traicionó mi estómago. Comenzó a hacer unos ruidos horrorosos, que, al parecer, sólo yo oía, pues él no parecía enterarse de nada. Así transcurrió mi primera experiencia sexual completa, con la banda sonora de mis tripas y yo pendiente de ellas, intentando hacerlas callar.

Una vez pasado este bochorno, estaba pletórica. Lorenzo, a diferencia de lo que me había ocurrido con Rubén, no se cansaba de mí. Me necesitaba lo mismo que yo a él. Éramos un solo ser, y cuando estábamos juntos no precisábamos a los demás. Era más que eso: llegaron a estorbarnos sus meras presencias. Si quedábamos con sus amigos o los míos, ya fuera para ir al cine, a la hamburguesería, o simplemente a tomar un café, ansiábamos el momento en el que, al fin, se iban, para quedarnos a solas y, abrazados, poder dedicarnos a nosotros mismos, a nuestros planes de futuro. Ya pensábamos en esa vida que compartiríamos.

Lorenzo no era muy romántico. Quiero decir con ello que no era de los que te regalaban el oído con frases extraídas de canciones o películas, y mucho menos con poesías creadas por su propia mano. Era un chico detallista, eso sí. Estaba pendiente de mis gustos y no necesitaba decir nada para tener un capricho al instante. Era diferente a los demás chicos que conocía. Se ganaba la vida bastante bien para la edad que tenía, en la que la mayoría de mis conocidos dependían del dinero de sus papás. Era responsable, educado, algo tosco, pero un cacho de pan, como se suele decir. Me sentía segura a su lado, y no me cabía la menor duda de la felicidad que siempre nos acompañaría.

Tendida en la cama, me imaginaba a su lado. Haríamos el amor todas las noches hasta caer rendidos, y dormiríamos abrazados. No necesitaría más perfume que el que nuestros cuerpos, saciados y jóvenes, siempre jóvenes, exhalarían. El dulce aroma de nuestros sexos fundidos en un único ser. Sólo de pensarlo, lograba excitarme. Tendríamos una vida de ensueño, rodeados de unos niños preciosos. Y antes de eso, cómo no, una boda fantástica, digna de cuento de hadas. Llevaría un precioso vestido, y sería el centro de atención.

A pesar de haber coincidido en muchas ocasiones con mi futura suegra, Encarna, notaba que yo no le era especialmente simpática. Desde el primer día me dejó muy claro el amor que sentía por su hijo, dándome a entender que era muy difícil estar a su altura dada su valía. Y ello me lo demostraba de mil maneras. Cuando llegaba el cumpleaños de Lorenzo y yo optaba por regalarle

algo de ropa, nunca era del agrado de Encarna. O el tejido no era bueno, o el color era horrible, y claro, mejor que ella no conocía nadie a su hijo.

—Esa camisa no le va a gustar a mi hijo. Ya te lo digo yo. Ni el color ni la forma. Mejor que te den un vale y ya iré yo con él a cambiarla —me decía cuando, tonta de mí, le enseñaba el regalo que pensaba hacerle a Lorenzo.

En otras ocasiones, mostraba su disgusto hacia mí lanzándome miradas reprobatorias cuando me veía aparecer con un vestido o falda, que consideraba demasiado corto. Sí, como lo lees. Lorenzo no me decía nada, jamás me reprochaba un escote pronunciado, o que la falda debiera estar más cerca del suelo. Ya se encargaba mi «suegra» de ello. Tampoco me preocupaba excesivamente. Cuando nos casáramos estaríamos solos, viviendo nuestra vida, y no tendría que oír sus impertinencias.

Mi madre me reconvenía cuando me quejaba. Me decía que debía comprender que hay madres que sienten cómo el cariño de sus hijos les es arrebatado por una intrusa. Temen perder el amor de sus vástagos.

—No te quejes, que al fin y al cabo la mujer tampoco es tan cruel. Si hubieras visto los primeros años de tu abuela cuando tu padre y yo nos casamos... Ya se le pasará con el tiempo, cuando vea la chica tan estupenda que eres —trataba de consolarme mi madre.

Cuando nos vimos preparados, Lorenzo me pidió oficialmente que me casara con él, en una cena con mis padres y mi hermana mayor, su madre y su hermano.

A partir de esos momentos, comenzaron los preparativos, los nervios y los calentamientos de cabeza. Como toda novia tradicional, quería que todo saliera a la perfección, hasta el más ínfimo de los detalles. Yo quería que la misa se celebrase en la iglesia de San Esteban, cerca de la Plaza Mayor. Teníamos que realizar el curso prematrimonial, buscar el lugar de celebración adecuado, el vestido, elaborar la lista de invitados, los detalles que se iban a regalar durante el convite... un sinfín de cosas que pude ir solucionando gracias a la ayuda de mi madre y mi hermana, Pilar.

Por un lado, contaba los días impaciente, deseando que pasaran deprisa, pero por otro lado queriendo disfrutar de cada segundo en el que yo era la protagonista. Nunca lo había sido en nada, pues no era de las más populares entre las chicas del colegio o del instituto. No destacaba por tener alguna habilidad, ni por tener una belleza espectacular. Era una chica del montón, resultona cuando me arreglaba y nada más.

Recuerdo las miradas de envidia que podían vislumbrarse en los ojos de mis primas, pues yo iba a ser la primera en casarse, aun cuando no era la mayor.

El día del enlace pasó en un suspiro. No lo disfruté tanto como había imaginado. Tras meses de preparativos, de pruebas de vestido, de preparar todos los detalles, elegir menú, entre otras mil cosas más, ese día pasó como un relámpago. A punto estuve de darme la vuelta cuando vi tanta gente fuera de la iglesia, esperando mi llegada. Iba a comenzar una nueva vida y sería para siempre. Por un lado, esa idea me agobiaba y ya no me parecía tan atrayente como el momento en que Lorenzo me habló de matrimonio. ¿Y si no nos iba bien? Una cosa eran mis ensoñaciones, y la vida en común a breves ratos que habíamos llevado y otra muy distinta despertarte cada día al lado de esa persona. Por otro lado, debía despedirme de mi vida anterior, de mi independencia. A partir de esos momentos dejaba de dar explicaciones sobre lo que hacía o dejaba de hacer a mis padres, para tener que dárselas a mi marido. Iba a perder parte de mi libertad. Cualquier ausencia o gasto debía justificárselo a él, al no contar con ingresos propios ni un trabajo con que el que poder contribuir a los gastos del hogar.

Cuando lo vi en el altar, esperando, se esfumaron mis dudas. Estaba tan guapo y elegante con su

traje, que me olvidé del amago de huida que había tenido momentos antes. Su sonrisa me alentaba a continuar mi camino por el pasillo del templo, del brazo de mi padre. Obvié mirar a mi suegra, que permanecía a su lado como madrina que era del novio. Sólo tenía ojos para Lorenzo.

Cuando la ceremonia religiosa terminó, nos fuimos a un salón de celebraciones. Estaba tan nerviosa, tan preocupada de que todo saliera bien, que no probé bocado. Caminaba entre los invitados, atendiéndolos, saludándolos, recibiendo halagos y felicitaciones. Aquella no era la gran fiesta con la que tanto había soñado. Los zapatos de tacón me hacían rozaduras en los pies, y para la hora del postre ya no podía caminar apenas. ¡Con la ilusión que me hacía bailar con mi recién estrenado esposo! Sí, bailé, pero no gocé por culpa del maldito calzado. Puede que esa fuera una señal de que había cometido un terrible error al casarme con Lorenzo: el anuncio de una vida en común llena de roces y malestar. No lo sé.

Si hubiera podido volver atrás...

El comienzo de él.

«...Yo te recibo como esposa y prometo amarte fielmente durante toda mi vida...»

La primera vez que la vi, supe que acabaríamos juntos. No podía ser de otra manera. Marifrán sería mi esposa tarde o temprano. No era una chica llamativa, pero tenía algo en su mirada que me hizo perder la cabeza por ella. Era menudita, algo entrada en carnes, con una oscura melena y unos ojos... ¡qué ojos! Eran pardos, y muy expresivos, y eso fue lo que me atrajo de ella: la chispa que desprendían.

No fue amor a primera vista. Al menos en la parte que a ella le concernía. Estuvo saliendo con un tipo antes que conmigo. Yo lo conocía del barrio, y si no me caía muy bien, el hecho de que saliera con la que yo consideraba mi chica, empeoró mucho las cosas. Supe esperar. Sabía que aquello tenía los días contados. Ese tío no tenía oficio, era un gandul que no sabía lo que iba a hacer con su vida a pesar de tener más de veinte años. Y lo peor de todo era que se lanzaba a toda la que se le pusiera por delante. No me equivoqué, y acabaron dejándolo. No pudo obtener de Marifrán lo que buscaba, que no era otra cosa que acostarse con ella para luego dejarla tirada, como hacía siempre. Al principio la negativa de ella le entusiasmó, y se convirtió en una especie de reto, pero acabó hartándose. ¿Que cómo lo sé? Soy hombre, y sé cómo funcionamos la mayoría. Los hay que buscan una presa, y les motiva la caza, la resistencia. Anhelan un trofeo, pero si se resiste demasiado la víctima, pierde interés, al igual que si consigue demasiado pronto lo que busca. Y eso fue lo que ocurrió.

Eso no es que me abriera las puertas de par en par. Tuve que seguir esperando, y darle un tiempo. No me convenía que me convirtiera en un simple paño de lágrimas. Quería ser mucho más que eso, así que aguardé el momento propicio. Y llegó. En las fiestas del barrio de San Juan, el veinticuatro de junio. Estaba con sus amigas, divirtiéndose, cantando a grito pelado. Consideré que ya había llegado el momento de hablarle. Parecía haber dejado atrás lo mal que lo había pasado con aquel chico. Esa era mi oportunidad.

La vi volver sola, y me acerqué a ella, ofreciéndole un cigarrillo que aceptó al instante. Estaba preciosa. Y algo achispada. Pero al contrario de muchas chicas a las que los efectos del alcohol les provocaban una actitud ridícula, Marifrán estaba muy graciosa. Menos estirada de lo que solía ser cuando la veía por la calle, con un punto gracioso y pícaro que me hacía reír. La embriaguez la volvía algo atrevida, pero sin caer en la obscenidad. Nos dimos los teléfonos y decidimos quedar la semana siguiente. Yo rogaba porque aquella situación no fuera producto del güisqui, y que realmente quedara conmigo cuando la llamara a casa y no pasara la llamada a su hermana para quitarme de encima. Contando con que aquel fuera realmente su número de teléfono. Esperaría un par de días antes de llamarla, para no parecer demasiado ansioso.

No te creas que me fue fácil resistirme a hablarle, a decirle lo que me gustaba, antes de aquella noche. Era verla aparecer por la calle cuando iba al instituto donde estudiaba, y echarme a temblar. En aquellos años manejaba ya dinero, trabajando en la ferretería de mis padres. Era de las más grandes de Plasencia. Mi padre había muerto cuando yo tenía quince años, y entre mi madre, mi hermano, que también echaba un cable, y yo la sacamos adelante. Durante el tiempo que estudié para sacarme el título de Contabilidad y Finanzas de Formación Profesional, contratamos

a un dependiente, que acabó siendo parte imprescindible del negocio.

Para entonces, Marifrán y yo estábamos prometidos. En un par de años, cuando ella terminara sus estudios en Formación Profesional, nos casaríamos. Soñaba con el momento en el que pudiera disfrutar de ella a diario, en nuestro hogar, despertándome a su lado y haciéndola feliz. Habíamos comprado, con ayuda de sus padres y mi madre, sobre todo, un pequeño piso en la calle Marqués de Vadillo, una vía algo estrecha en un barrio obrero. Nuestro piso se hallaba en la primera planta, y justo debajo teníamos un bar, del que nos llegaban olores a fritanga. Cargados de ilusión, compramos los muebles, bastante económicos, dados los gastos que teníamos que afrontar. Pero ¿qué más daba? Pronto estaríamos juntos en nuestra humilde mas amorosa vivienda.

¿Qué cómo fue el día de nuestra boda? Mágico. Sí, puede parecer una cursilada y más viniendo de un hombre hecho y derecho como yo. A ver, también tuve mis miedos. La semana anterior al día de nuestra boda, los chicos me prepararon una fiesta de despedida de soltero. No te voy a engañar. Me lo pase bomba. No faltó de nada. Hasta una *stripper* contrataron mis amigos. Y cuando la vi allí en el local, bailando mientras se iba desnudando, me vino a la cabeza que iba a ser la última vez que vería a una mujer que no fuera la mía sin ropa. Me entró el pánico. Aquella tía estaba buenísima. No es que Marifrán fuera fea, recuerdo que pensé, pero al lado de aquella beldad...

Cuando me desperté al día siguiente, tenía un tremendo dolor de cabeza y la boca me sabía fatal. Había fumado y bebido más que de costumbre. Recordé mis pensamientos de la noche anterior y me sentí asqueado. Me iba a casar en menos de una semana y había comparado al amor de mi vida con una mujer para la que yo era un paleta más que pagaba por verla contonearse en pelotas. Sus miradas lascivas eran estudiadas, fingidas. Eran una trampa para todos aquellos incautos que, creyéndose deseados, alimentada esta creencia con el alcohol, aflojaban la cartera.

Cualquier minúscula duda que hubiera podido tener se disipó el sábado siguiente, cuando vi entrar a Marifrán en la iglesia, del brazo de su padre. Estaba preciosa. Sentí martillar mi pecho, a la par que un resquemor en el estómago. La miré sonriendo, y ella me devolvió el gesto tímidamente.

Comenzaba nuestra vida juntos. Seríamos muy felices.

Los primeros años de ella.

El viaje de novios lo hicimos a Tenerife. A mí me hubiera gustado más viajar a Francia. Con veintitrés años y tras ver numerosas películas románticas, era lo que más me llamaba la atención. Hubiera disfrutado muchísimo enseñando una preciosa panorámica de Lorenzo y mía a los pies de la Torre Eiffel. No es que lo pasara mal. Al contrario, fue tal y como lo esperaba, y como se supone que ha de ser en una pareja de recién casados. No nos separábamos ni para ir al baño. Íbamos abrazados por la calle, comiéndonos a besos ante las chistosas miradas de todos aquellos con los que nos cruzábamos. Volvimos muy descansados, morenos y bastante saciados el uno del otro, tras noches de pasión desatada en la habitación del hotel.

Estaba rebotante de felicidad. El matrimonio cumplía con creces todas mis expectativas. Mi vida con Lorenzo era perfecta, y estaría exenta de las agrias discusiones que presenciaba en casa de mis padres. No, nosotros no seríamos así jamás. Nunca discutiríamos. Nuestro amor y respeto el uno por el otro serían los cimientos de la más grandiosa edificación conyugal jamás vista.

Encontré un empleo a media jornada en una asesoría. Lorenzo me apoyaba, pues sabía que necesitaba estar activa, y, además, esa entrada de dinero era bien recibida, pese a que la ferretería no conocía momentos malos. Salía a las dos de la tarde, y me daba tiempo de sobra a tenerle listo el almuerzo cuando él llegaba del negocio sobre las tres de la tarde, pues andaba metido en un proyecto de ampliación. A veces dejaba la comida medio preparada la noche anterior, y otras optaba por algo más rápido de hacer.

Un día me retrasé al salir del trabajo y decidí comprar un pollo asado en un asador cercano a casa. Eran unos minutos pasadas las tres cuando metí la llave en la cerradura. Al abrir la puerta, me llegó a los oídos el sonido inequívoco de unos pasos. Lorenzo había llegado. Me dirigí directamente a la salita, donde comíamos, y al entrar me quedé parada de golpe, como si alguien hubiera dado al botón de pausa del vídeo de mi vida. Mi suegra estaba allí, terminando de poner la mesa para almorzar.

—¡Vaya! Ya estás aquí. Creía que salías antes de trabajar. Menos mal que traía yo fiambresas con comida y mi hijo podrá almorzar decentemente. El pobre viene cansado de trabajar y no puede andar comiendo porquerías.

No tenía ni idea de que mi suegra tenía las llaves de nuestra casa. Lorenzo no me había comentado nada. Era cierto que mi madre las tenía, pero a la pobre jamás se le hubiera ocurrido entrar sin antes avisar. Yo misma se las di por si había alguna emergencia. De repente noté cómo un líquido caliente me resbalaba por el muslo hacia abajo. ¡El pollo! Tan pasmada me había quedado, que no recordé lo que tenía en las manos, y había volcado la bolsa. La tapa se salió y toda la salsa se vertió por un agujero que se había hecho, posiblemente cuando me enganché en la puerta al entrar.

Solté la bolsa en la cocina y fui a cambiarme, indignada. No me lo podía creer. Estaba deseando que llegara Lorenzo y le cantara las cuarenta a su madre. Tenía que advertirle que no podía presentarse así como así en nuestra casa.

—Marifrán, bonita, al menos ven a limpiar la porquería esta que has echado en el suelo. Como se pise, va a pringar todo el piso, y es lo que hacía falta ya...

—Sí, Encarna, no se preocupe usted. Voy a limpiarlo —le respondí, tragándome la bilis.

Aliviada, oí la puerta de la calle. Lorenzo entró, y no pareció sorprenderse de encontrar allí a su madre. Decepcionada, me quedé con las ganas de que le dijera algo a mi suegra. Mi esposo no hizo comentario alguno al respecto. Decidí hablarlo con él cuando ésta se fuera.

—Mujer, no te lo tomes a la tremenda. Sólo quería echarnos una mano. Ella no entiende que trabajes en otro sitio pudiendo hacerlo conmigo en la ferretería. Pero te adora, créeme.

¡Quién me iba a decir que tan sólo dos años después se iba a salir con la suya esa mujer! Cuando me quedé embarazada de Rosario dejé de trabajar. Pensé que sería por un breve espacio de tiempo, ya que mi madre y mi hermana se habían ofrecido a echarme una mano con el cuidado del bebé. Cuando la niña cumplió su primer año, me volví a quedar embarazada.

Lorenzo y yo lo hablamos. La ferretería fundada por su padre había pasado a convertirse en un negocio de suministros industriales, que operaba desde una nave situada en el polígono industrial, dirigido por mi marido, tras comprar su parte a su hermano. Habían pasado a suministrar el vestuario y protección laboral a muchas de las empresas de Plasencia y pueblos de los alrededores. Se habían especializado además en la venta de herramientas manuales y eléctricas, en soldadura y en generadores de corriente. Emplearon a cuatro personas más, y las cosas iban bastante bien. A pesar de ser más en la familia, no se notaría a final de mes, por lo que podía dedicarme por entero al cuidado de los niños.

—Al menos que uno de los dos pueda disfrutar por entero de ellos, Marifrán. Verlos crecer, cuidarlos, atenderlos... Tienes la oportunidad de vivir la maternidad tranquilamente con tus hijos y criarlos tú, y no unos extraños en una guardería.

—Mi madre me podría ayudar. No necesitan ir a la guardería... —traté de convencerle.

—Tu madre tiene su vida, y sus propios asuntos. No podemos cargarla con dos críos pequeños. Tampoco yo se lo he querido pedir a mi madre. Ya tendrás tiempo de trabajar cuando sean más mayores y entren en el colegio.

No volví a trabajar fuera de casa. Mi vida se centró en mis hijos, Rosario y Federico, y en atender a mi marido y la casa. Acababa exhausta, a pesar de que el piso no era muy grande. Tras jornadas de llantos, mocos, comidas y limpieza, terminaba el día y parecía que la casa estaba exactamente igual que por la mañana al empezar: suelos pringosos y cosas tiradas por todas partes. Y pese a no parar de moverme, cada vez cogía más peso. Al principio lo achacaba a los dos embarazos tan seguidos, pero el tiempo pasaba y los kilos no bajaban. Perdí la cintura, y mis carnes estaban flácidas. Sin darme cuenta, comía más de la cuenta, sin hambre, llevada por la ansiedad. Miraba con avidez las sobras de la comida de los niños, y en cuanto estos se levantaban de la mesa, me lanzaba a comerlas. No les regañaba si se dejaban un flamenquín o una salchicha sin comer. Secretamente, deseaba que así lo hicieran para poder devorarlo yo. «La comida no se debe desperdiciar. No voy a tirar esto» me decía a mí misma para justificarme.

Aun así, en aquella época sentía que lo estaba haciendo bien, que estaba criando a mis hijos, dedicándoles mi vida entera. Los adoraba, como seguía queriendo a Lorenzo. Atrás habían quedado nuestros momentos fogosos y continuos. Nos amábamos con más mesura, sin la pasión desenfadada y salvaje de antes, cuando un simple roce o caricia nos encendía. Habíamos relegado nuestros encuentros sexuales a un segundo plano, más espaciados en el tiempo. Pero yo aún era feliz.

Cuando ya los niños iban al colegio y habían adquirido cierta independencia, me picó de nuevo el gusanillo del trabajo. Se lo iba a plantear a Lorenzo, cuando me soltó una bomba: nos mudábamos.

Gracias a sus contactos, había encontrado un chollo. Se trataba de un chalé adosado distribuido en dos plantas más buhardilla y sótano, en la calle Claudio Coello. Tenía un gran patio con barbacoa, y yo al fin podría plantar las rosas y claveles que tanto deseaba. Así que el éxodo comenzó. Había que dejar el piso, que ya estaba a la venta, y mudarse al que sería nuestro nuevo hogar. Empacar nuestras vidas fue muy difícil. Cajas y cajas de cosas que había que clasificar para, una vez en nuestra nueva casa, tenerlo todo a mano. El chalé nos lo entregaban con la cocina equipada, pero había que hacer algunas reformas y amueblar los dormitorios. Aquello iba a llevar tiempo, por lo que no era un buen momento para ponerme a buscar trabajo. Al menos hasta que solucionara el tema de la casa. Una vez más, posponía uno de mis anhelos.

Los niños al fin tenían un espacio para jugar. Disfrutaban de la terraza, donde podían pasar horas sin peligro alguno de coches. Gracias al clima de nuestra tierra, a las suaves temperaturas, habían hecho de este espacio su propio paraíso. Yo era feliz de verlos crecer con tanta alegría. Celebrábamos sus cumpleaños con sus amigos en casa, y cada año me parecía que el tiempo transcurrido entre las celebraciones se hacía más corto. Lo mismo me ocurría con las Fiestas Navideñas y el verano. Cuando terminaban las vacaciones estivales y empezaba de nuevo el colegio, al poco tiempo ya era Navidad. No sabría explicar esa extraña sensación. El tiempo parecía ir acelerado.

Los primeros años de él.

Recuerdo nuestros primeros años juntos como un torbellino de idas y venidas. La llegada de los niños cambió nuestras vidas por completo. Yo estaba deseando tener la casa llena de críos. Me encantaba jugar con ellos, llevarlos de paseo, comprarles chucherías y juguetes. ¡Ojalá hubiera podido estar el día entero con ellos! Por eso convencí a mi esposa de que se quedara en casa con los chicos, cuidándolos y disfrutando, ya que yo no podía por el trabajo.

Solía llegar cansado, sobre todo los jueves. Era el día en el que llegaban los camiones con los pedidos, y tocaba reponer y hacer un breve inventario, menos intenso que el mensual. Cuando al fin terminaba, lo único que me apetecía era llegar a casa, tumbarme y ver la televisión un rato para despejarme. Marifrán no me daba tregua. En cuanto llegaba, me soltaba a los niños y me decía que me los llevara un rato por ahí, al parque o donde fuera en verano, o que jugara con ellos en casa si el tiempo era fresco. No comprendía que acababa de regresar después de un día agotador. Necesitaba un momento de respiro primero, antes de salir a pasear con ellos. Alguna vez llegamos a discutir por ese tema. Me decía que se pasaba el día con los niños, que no paraban de ensuciar, que tenía que ocuparse de la comida, de limpiar y de la ropa. Que necesitaba relajarse un poco, que nunca paraba. Que la casa la tenía esclavizada.

A ver, yo no es que no la comprendiera, pero que ella a mí tampoco. Yo sabía que la carga era muy pesada: que si limpiar, fregar, cocinar, lavar y planchar... Por eso le dije una vez que podíamos llamar a mi madre y pedirle que nos echara una mano. La mirada que me lanzó aquel día le hubiera dado pánico al mismísimo Hitler. No entendía qué le había hecho mi madre, si lo único que quería era ayudarnos.

Fuera de eso, nos queríamos como el primer día. No me importaba que hubiera cogido unos kilos. ¿Y a quién no le pasa? Tampoco le sentaban tan mal, y yo estaba encantado con sus pechos, que estaban mucho más llenos y hermosos que cuando nos casamos.

A veces la notaba tensa, y no sabía cómo acercarme a ella. Estaba como en una dimensión paralela, como si tuviera un refugio al que acudía para evadirse de lo que la rodeaba, y eso me dolía. No comprendía por qué me excluía de aquello cuando yo moría por estar junto a ella, por compartir todo. En esos momentos la sentía lejos de mí, pero al final siempre regresaba. Y yo la esperaba, sin preguntas, sin requerimientos.

El mudarnos a la nueva casa nos hizo muy bien a todos. Un coqueto chalé adosado de dos plantas, con buhardilla y sótano. Muy bonito, con un enorme patio, donde los niños podrían jugar a sus anchas. Teníamos una zona para la barbacoa, y ella lo dejaría precioso con sus plantas.

Reconozco que el traslado fue más complicado de lo que pensaba en un principio, pero gracias a mi mujer todo salió perfecto. Su capacidad de organización y mando facilitaron todo el proceso. Dejé en sus manos las decisiones más importantes, respecto al mobiliario y la compra de electrodomésticos que nos faltaban. Era consciente de que era la persona idónea para llevarlo a cabo. Además, siendo ya los niños más grandes no necesitaban tener a su madre a su completa disposición. Ya eran más capaces de valerse por sí mismos.

Rosario se parecía mucho a mí físicamente. Era una morenita alta y enérgica, muy decidida. Era tal su temperamento, que en los juegos con su hermano llevaba siempre la voz cantante. Le

ordenaba que le trajera cosas, y el pobre Federico obedecía al punto. Fede tenía unos grandes ojos pardos y el cabello moreno le caía lacio sobre la frente, tapándole los ojos. Se lo echaba hacia atrás con la mano, en un gesto idéntico al de su madre. Mi hijo era tímido y retraído, y siempre andaba tras su hermana, con las manos en los bolsillos, siempre atento de cumplir los deseos de aquélla. Ambos eran muy buenos chicos, aplicados y amables. A no ser que se malearan por malas compañías que no pudiéramos controlar, serían unas excelentes personas en el futuro.

Me sentía orgulloso de mi familia, era perfecta. No nos faltaba de nada. Teníamos una buena casa, en una zona tranquila, e incluso nos podíamos permitir unas vacaciones familiares de vez en cuando. Fueron unos tiempos muy buenos.

Reconozco que cuando compramos la nave en el polígono estuve ausente. Aquello requería mucho tiempo, además del papeleo. Montar un negocio de esa envergadura era bastante complicado, teniendo en cuenta que habíamos pasado de ser una ferretería, bastante grande, eso sí, a un comercio que suministraba a las empresas de la zona de Plasencia y alrededores. Trabajé mucho para levantar aquello, pero si no lo hacía, si no le dedicaba las horas necesarias, no saldría adelante. Ahora que lo pienso, Marifrán se tuvo que sentir sola en aquella época, a pesar de mis esfuerzos por compensarla mediante regalos y caprichos.

A diferencia de muchas de sus amigas, ella no tenía la necesidad de trabajar horas y horas en puestos mal pagados. No pasábamos estrecheces económicas, salvo alguna ocasión en la que sufrimos altibajos que yo ocultaba para no preocuparla. Podía disfrutar de los niños. A medida que éstos fueron creciendo, ya no precisaban tanta atención ni ensuciaban tanto la casa. Además, mi madre nos echaba una mano cuando era necesario. No le importaba venir a quedarse con los niños cuando salíamos a alguna cena con proveedores y empresarios que nos hacían grandes pedidos. Ella lo hacía con la mejor de las intenciones, pero a mi mujer no parecía agradaarle aquello. Prefería que viniera su madre, o su hermana. Mi esposa no es una persona a la que le gusten las críticas, aunque sean constructivas. Mi madre la corregía cuando veía que algo no debía hacerse de determinada manera, pero no con el afán de hacerle daño. A ver, mi madre fue madre antes que ella, y sabía mejor de ciertas cosas, pues ya pasó por ellas. Intentar conciliar a ambas era agotador, y finalmente, el que salía peor parado de la situación era yo, que sin comerlo ni beberlo me encontraba con el silencio ofendido de una, y los reproches de la otra.

Recuerdo el día que celebramos el octavo cumpleaños de Federico. La casa estaba a rebosar de niños jugando y gritando. Mi hijo no solía ser un niño revoltoso, sino más bien tranquilo. Claro que, como todos los críos, cuando se convierte en el centro de atención, pues ya sabes, se vuelven locos. No paró de ir de un lado para otro en todo el día. En un momento dado, se subió al pequeño limonero que mi esposa había plantado cerca del rosal. A pesar de que el niño era muy delgado, el árbol, que apenas medía metro y medio, no soportó el peso y se quebró una rama, haciendo caer a Federico. La altura no es que fuera considerable, pero al salir rodando cayó donde el rosal y se llevó unos cuantos arañazos con las espinas. Os podéis imaginar los berridos que daba el pobre zagal. Al instante salieron Marifrán, su madre, Francisca, y la mía del interior de la casa, donde habían entrado instantes antes para preparar la tarta y las velas.

Levanté al niño del suelo y lo llevé en brazos al interior de la casa, seguido de las tres mujeres. Le curamos entre mi mujer y yo, lo cual nos costó bastante, pues el niño no paraba de retorcerse nervioso.

—Si es que lo llevo diciendo desde hace ya mucho tiempo, pero claro, a mí nadie me hace caso. ¿A quién se le ocurre plantar un rosal en un jardín con niños? Poco ha pasado para lo que podía haber sido.

No olvidaré la cara de Marifrán al oír estas palabras. Tenía el rostro congestionado de rabia. Lo achaqué a los nervios del momento. Mi madre no lo había dicho con mala intención. Las personas mayores son así, intentan aconsejar y sí, comprendo que no era el momento, pero fue su reacción. También mi pobre madre estaba nerviosa por lo que le había pasado al niño.

Quitando estas nimiedades, yo era feliz. Y supongo que mi familia también lo era.

El presente de ella.

Los años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. Sé que suena a tópico, pero para mí al menos fue así. Una vez que entraron los niños en el instituto, fue como si el tiempo tuviera mucha prisa por pasar. Recordaba las lecciones de historia en el instituto, cuando aprendíamos la vida y obra de los reyes, entre otros personajes importantes. De su nacimiento hasta su muerte, pasando por su reinado, se resumía en unas pocas páginas. «Tal año subió al trono, tal año se casó, y en tal año entró en guerra. Y en tal año declaró la paz para fallecer tal año».

Un día me desperté y Rosario era una joven rebelde de dieciocho años que entraba en la Universidad de Badajoz. Dos años después le seguiría Federico.

Pasé de cocinar para cuatro, a paulatinamente ir recortando la cantidad, pues no soportaba la idea de tirar comida. Las tradicionales calderetas de cordero de los domingos en casa se fueron acortando también. Los chicos no venían todos los fines de semana, y si lo hacían quedaban con sus amigos, y se iban a la hamburguesería o a la pizzería. Nuestras vacaciones en familia, las excursiones y salidas disminuyeron también. Lorenzo decía que, ya que los niños no iban a acompañarnos, no teníamos por qué salir, y que era más cómodo quedarse en casa.

—¿Quieres decir que tú y yo no tenemos vida? No lo entiendo, Loren. Que ellos no quieran venir con sus «viejos» no es sinónimo de quedarnos en casa el fin de semana entero. Ellos tienen sus planes, nosotros los nuestros —le espetaba yo, molesta.

—Mujer, es que retransmiten este domingo un partido del Madrid. La semana que viene hacemos una escapadita...

Y llegaba la semana siguiente y surgía otro partido de fútbol, un campeonato de motos, o estaba muy cansado porque había tenido mucho trabajo. Maldecía el momento en el que se le ocurrió contratar aquel servicio de canales digitales que le permitían ver todo el deporte, sentando el orondo trasero en su sillón favorito. Créeme si te digo que, si venías a mi casa, sabías señalar a qué butaca me refiero. El asiento tenía la forma exacta de sus posaderas tras horas y horas allí plantado.

El cambio físico que había experimentado Lorenzo fue proporcional al que yo misma tuve en un periodo de varios años. Había perdido todo el cabello de la parte superior de la cabeza. Sólo le quedaba pelo en los laterales y en la parte posterior. Sus antiguos rizos oscuros habían pasado a ser grises y se le pegaban al cuello cuando sudaba, lo cual ocurría casi siempre, aunque estuviéramos en invierno. ¡Quién me iba a decir que se quedaría calvo con la espesa cabellera que tenía cuando nos conocimos! La falta de movilidad, unido a su pereza y dejadez, le habían hecho engordar considerablemente. Su estómago prominente le obligaba a llevar los pantalones por debajo de éste si quería abrochárselos.

Yo, por el contrario, había comenzado a hacer deporte y a cuidar mi alimentación. Físicamente me encontraba mejor que nunca. A mis cuarenta y siete años me sentía pletórica, llena de vida y energía, y con una figura moldeada, como nunca la había tenido, ni siquiera a los veinte. Cuando quedaba con mis amigas a tomar algo, no cesaban de elogiarme y repetirme la grandísima suerte que tenía por gozar de una vida tan fantástica. Ciertamente, teníamos holgura económica, a Rosario y Federico les iba bastante bien en la universidad, y eran unos chicos muy responsables, vivíamos

en una bonita casa, mi marido me idolatraba... Esas conversaciones me hacían sentir una persona muy egoísta y desagradecida. Yo no me sentía especialmente afortunada. Aún no sabía cuál era la causa de mi desdicha, o creía no saberlo. ¿Tenía derecho a ser infeliz? Para mí los días pasaban con una monotonía aplastante. Sentía que me hundía en un pantano fangoso de rutina, y cuanto más intentaba salir de ella, más tiraba de mí hacia abajo. Me apunté a varios talleres de costura y teatro que ofertaban en el Ayuntamiento, e incluso asistí al club de lectura de la biblioteca municipal. Todo en vano. La sensación de hastío no me abandonaba.

Tuve también épocas en las que pude disfrutar de cierto sosiego mental, el cual curiosamente me otorgaban las constantes reformas que hacía en casa. La más ambiciosa fue la de la cocina y el salón. Decidí cambiar los azulejos y el suelo de la cocina, además de renovar los muebles. No necesitaba realmente embarcarme en ello, ni era precisa una nueva ventana en el salón, pero el poder descargar mis nervios en los albañiles actuaba como una psicoterapia. Mis enfados y rabietas contra los pobres trabajadores eran injustificados. Reconozco que ni yo misma sabía lo que quería, y los atosigaba con mis órdenes. Bastante paciencia tuvieron, soportando todo el veneno que escupía.

Una vez finalizadas las obras y vuelto todo a una pasmosa tranquilidad, mis nervios volvieron a verse afectados. ¿Y ahora qué? De vuelta al vacío. Sin un trabajo al que aferrarme, sin más proyectos e ilusiones a la vista, mi vida volvía a estar hueca.

Mis amigas, por el contrario, habían tenido problemas de toda índole. Sandra, por ejemplo, siempre andaba escasa de dinero. Su marido había pasado de ser gerente de una empresa a empleado de tienda cuyo sueldo resultaba insuficiente para llevar una casa adelante, y ella tuvo que emplearse limpiando escaleras para varias comunidades de vecinos. Nunca veías a Sandra quejarse. Es más, nos contaba chismes y anécdotas de los pisos donde trabajaba que nos hacían reír. Los domingos los dedicaba a salir con su marido y sus tres hijos. Preparaban unos bocadillos y unos refrescos, y disfrutaban del Parque de la Isla, un entorno precioso situado en la isla que forma el río Jete, al abrirse en dos brazos en el tramo que transcurre por el núcleo urbano.

Sandra no pisaba una peluquería desde hacía años. Se tintaba el pelo ella sola en casa, y su prima se encargaba de sanearle el pelo cortando las puntas cuando lo estimaba necesario. Tampoco se podía permitir la cómoda depilación con láser, y sus estropeadas manos, encallecidas por el uso de la fregona, pedían a gritos una sesión de rejuvenecimiento. Bueno, y no te quiero decir cómo tenía las uñas.

Por mi parte, no dejaba pasar más de dos semanas sin ir a un centro de estética y peluquería, cerca del centro de la ciudad. A veces me sentía culpable por aparecer con mis nuevos cambios de estilo, o mi impecable manicura. Una señora venía un par de veces a la semana para limpiar. De los platos se encargaba el lavavajillas. De todas formas, estando solos en casa Lorenzo y yo, poco ensuciábamos. Los chicos compartían un piso en Badajoz con una amiga de Rosario.

Echaba de menos a mis hijos, aun cuando su vuelta a casa los fines de semana o los días de fiesta no eran sinónimo de verlos. A veces se quedaban en Badajoz excusándose con exámenes y trabajos que entregar de última hora.

—¿No vienes este fin de semana, Chayito? Hija, el fin de semana pasado tampoco viniste. Deja que vaya yo por ti, aunque sea el sábado por la mañana y el domingo a primera hora te acerco —le pedía yo.

—No, mamá. No seas pesada, que no puedo ir. Sabes que si voy allí no estudio nada. Me llaman mis amigas y no me dejan tranquila. Aquí aprovecho más el tiempo.

—Bueno, entonces iré a llevarte comida. Ya no os quedará ninguna fiambarrera en el congelador

—le insistía inútilmente.

—Ni se te ocurra aparecer por aquí, mamá. Me acabas entreteniendo y tengo mucho que estudiar. Fede sí va, manda comida con él si quieres.

¿Desde cuándo mi hija se había vuelto tan despegada? No podía hacerme a la idea de que se estaba convirtiendo en una joven adulta que necesitaba su espacio. Rosario siempre había sido muy independiente, y aunque esté mal decirlo, mi favorita. Sé que suena horrible, e incluso puedo parecer una madre desnaturalizada, pues todos los hijos, en teoría, duelen lo mismo y se deben de querer igual. Lo intentaba con todas mis fuerzas, pero no era así. Rosario era como yo: tenía un carácter fuerte, sí, por qué no decirlo, rayando en la soberbia. Decía las cosas tal cual las pensaba sin pararse a pensar en las consecuencias, sin filtros. Nos daba igual si nuestra opinión había sido solicitada o no. Poco importaba el daño que pudiéramos hacer. A veces, en mi caso al menos, me daba cuenta demasiado tarde del efecto que había provocado en la otra persona. Tampoco éramos de las que pedían disculpas.

Me quedaba el consuelo de Federico, que era algo más cariñoso que ella, y al menos aún dejaba que abrazara su fortachón cuerpo de veintiún años recién cumplidos. Un halo de remordimiento solía pasar de puntillas por mi corazón cuando veía sus muestras de amor, su confianza ciega en mí, hasta el punto de contarme todos sus secretos. Tenía que reconocer que en ese aspecto se parecía a su padre.

Lorenzo era efusivo y atento hasta el punto de agobiarme con sus lisonjas. Solía zafarme de manera arisca, como un gato al que intentan bañar. Él nunca se molestaba por ello. No era alguien que se ofendiera fácilmente. A veces me sentía como una cliente más que hacía negocios con él. Su sonrisa empalagosa y servicial me asqueaba. No era una sonrisa que transmitiera emoción, pasión y viveza. A mí me resultaba bobalicona, como toda su persona. Era curioso el contraste con su avinagrada madre.

Nuestra vida íntima también había sufrido cambios. Cuando los niños eran pequeños aprovechábamos los fines de semana para intimar. Durante la semana, de manera ocasional, podíamos pasar una noche como las de antes, la de los comienzos, pero poco a poco las excusas ocuparon esas noches, tanto de uno como de otro: los madrugones, el trabajo, la casa... Pensábamos que todo sería diferente cuando el tiempo pasara y los niños crecieran. Y sí, el tiempo pasó, y nuestros hijos crecieron, pero el asunto no mejoró. Nuestros encuentros amorosos se espaciaron cada vez más. Lorenzo jadeaba constantemente, fatigoso y sudoroso ante cualquier movimiento. Todo le causaba un gran esfuerzo, y ello era debido a su falta de movimiento. Su trabajo sedentario, sentado en la oficina de la nave, había contribuido a su estado, y él tampoco se esforzaba por cambiar la situación. Seguía consumiendo calorías a un nivel superior a su actividad física. Tampoco dejaba el tabaco, que era lo que le producía la constante sensación de ahogo y las toses y carraspeos continuos.

He de decir que yo agradecía el no mantener contacto íntimo con él. Llegó un momento en el que comenzó a repelerme el mero roce con su piel. No soportaba su fétido aliento a cenicero, ni tampoco aguantaba su pegajoso sudor. Era increíble ver cómo le brillaba la frente y la calva por el sudor en pleno invierno. Le insté muchas veces a que me acompañara al gimnasio, o simplemente a caminar. Sabe Dios que lo intenté, pero era inútil. Cuando llegaba a casa, ya traía la corbata deshecha y la chaqueta bajo el brazo, cualquiera que fuera la temperatura. Las camisas que se quitaba, y que yo me encargaba de lavar, estaban amarillas por la zona de las axilas y el cuello. Tenía que darles un enjuague antes de meterlas en la lavadora. No era cuestión de que la mujer que venía a limpiar se ocupase de esa tarea. Simplemente no le correspondía. El olor que

desprendían sus ropas era nauseabundo, una mezcla de Brummel y transpiración. Te lo puedes imaginar. A su favor diré que lo primero que hacía al llegar a casa era ducharse y ponerse una muda limpia. En verano se quedaba en pantalón corto, sin camiseta, mientras que en las épocas de más frío su atuendo consistía en un fino chándal de acetato.

Mi esposo no iba a tener una buena vejez. Tenía sólo cuarenta y nueve años y ya parecía un hombre de más de sesenta. A pesar de ello, resultaba curioso que las últimas analíticas que se había hecho no habían resultado negativas en absoluto. Al parecer, Lorenzo era dueño de una excelente salud. El colesterol, la diabetes y la hipertensión no habían hecho acto de presencia en su organismo.

—Tiene usted el corazón de un toro. Está muy fuerte para fumar y no hacer nada de ejercicio. ¡Eso me dijo el médico! ¿Qué te parece, Marifrán? Y tú dándome la vara con que no voy a llegar a los sesenta —me dijo un día orgulloso, tras haber pasado la revisión médica.

—Ya, por eso te vas a premiar con otra cerveza, un bocata de sobrasada y un cigarro de postre —le repliqué, mosqueada.

—No protestes tanto, Marifrán. Hoy apenas he tenido tiempo de picar nada. Mira la hora que es y entre la reunión de los jueves y la cita con el médico, no me ha dado tiempo ni a tomar una tapa. Ya sabes que yo no puedo pasar sin mi desayuno ni mi rica *cachuela* [1] del bar de Salvador.

—No eches ni una miga de pan al suelo, ni cenizas. Llévate una bandeja por lo menos, hijo, que no estás en medio del campo. Y el cenicero lo vacías cuando termines de fumar. Estoy harta de tener que tirar todos los días las colillas a la basura. No te pienses que porque no trabaje en la calle voy a estar de criada tuya. ¿Me has oído?

—Que sí, que sí, mujer.

Pero yo ya sabía que no me escuchaba, pendiente como estaba de las palabras de Fernando Alonso, cuya carrera sería televisada el domingo. Otro más sin salir de casa, por supuesto. Encargué una paella para llevar del restaurante de siempre. Solíamos ir allí a comer, o a encargar una caldereta o arroz para llevar. Esto último ocurría cada vez con mayor frecuencia. Lorenzo se sentía más cómodo en casa. Estaba a su aire, y después de comer no le faltaba su habano y una buena copa de un caro coñac. No renunciaba a ello. Era feliz en su rincón, pegado a la televisión, mientras yo me veía consumida por el hastío. Odiaba aquella vida, odiaba aquella manera de verla pasar, y sentía la necesidad de huir, de alejarme de todo aquello. ¿Para hacer qué? No me lo había planteado, pero ansiaba cada vez más salir de Plasencia e irme a vivir a otra parte, a Barcelona o a Madrid. Me estaba ahogando allí.

Lo peor de todo es que me sentía vacía. Mis hijos se habían ido y si en esos momentos ya no me necesitaban, menos falta les haría cuando terminaran sus estudios y comenzaran a trabajar. A pesar de encontrarme bien físicamente no cesaba de preguntarme qué había sido realmente de mi vida. Había pasado demasiado deprisa, consagrada por entero al cuidado de mi familia, y me había olvidado de mí. Me quedé anclada en un puerto que se había ido quedando desierto, un barco olvidado y oxidado ya por el paso del tiempo. Y no estaba dispuesta a ello. Necesitaba navegar, conocer otros mundos. Aquella había dejado de ser vida para mí. Con cuarenta y siete años no iba a permitir que mi vida se quedara en eso, en una continua espera. Siempre esperando.

De pequeña, aguardando con ansias el momento de crecer, de poder ponerme las pinturas de mi madre, de conseguir el bonito final de los cuentos que leía, todos terminando en boda. Pero esas historias finalizaban ahí. ¿Por qué nadie se encargó de escribir una segunda parte o una trilogía de esos relatos que contara lo que seguía después? Nadie me avisó de que Cenicienta no dejó de

serlo por casarse con el príncipe. ¿Es que se iban a tirar la vida cantando empalagosas canciones de amor, mirándose con deseo?

Crees colmarte de felicidad cuando llegan tus hijos, a los que adoras, por los que te sacrificas sin pedir nada a cambio. Son tu locura. Dedicas tu vida a ellos, en ocasiones privándote de anhelos que, bueno, ya se cumplirán cuando sean mayores. Afortunada la que pueda llevarlos a cabo, porque un día te levantas y ellos se han ido. Abandonan el nido y te quedas vacía, sin horizonte al que dirigir tu mirada. ¿Y ahora qué? Demasiado joven para llevar vida claustral, demasiado mayor para lanzarte a nuevos retos. Sí, hay sueños que se pueden cumplir, aún se está a tiempo, pero esa fantasía de la juventud no la tienes, ni las mismas fuerzas. Te falta algo, y retornar a aquella época en que te comías el mundo es difícil. Al menos para mí lo era. Me encontraba en punto muerto. Había dado tanto y tan de golpe, que me había olvidado de mí persona.

Necesitaba apoyo, que me comprendiera. Sabía que me quería, no lo ponía en duda, pero por desgracia querer no es sinónimo de comprender ni de ir al mismo paso.

Lorenzo creía que darme todos los caprichos, mimos y carantoñas era lo único que yo necesitaba. Sí, confiaba en mí, me hablaba del trabajo y me contaba cosas de los clientes que quizás no debiera. Sabía que yo no iba a soltar prenda de lo que me dijera, no era tonta como para tirar por la borda el negocio por un chisme.

Necesitaba otra cosa, sentirme útil de nuevo, y deseada. Viajar, ver otras cosas, compartir al menos una afición. El fútbol y las carreras no eran precisamente las cosas que más me fascinaban.

No me ayudaba a sentirme mejor ver las escapadas, excursiones y saraos de nuestros amigos. Sentía una inmensa envidia cuando encendía el ordenador o miraba en mi teléfono lo que se cocía en las redes sociales. Allí estaban, abrazados, felices, compartiendo momentos con sus hijos, viajes y aventuras. Sabía que no todas eran historias verdaderas, y que muchas de esas fotos escondían otra realidad que no tenía nada que ver con esas caras sonrientes y llenas de alegría. O al menos intentaba convencerme de que era así, en un vano esfuerzo por consolarme. Lo cierto es que, ciertas o no, eran historias que compartían. Yo no tenía nada que dar a conocer en ese mundo virtual. Ni una triste foto que al menos ocultara lo desolada que me sentía, y cuyos “me gusta” me levantarán el ánimo. Lorenzo se había acomodado en su sillón frente a la televisión, con su coñac y sus apuestos puros y no había quien lo moviera de ahí.

En uno de esos momentos de bajón conocí a Raúl, en el gimnasio que solía frecuentar. No era especialmente guapo, y en otras circunstancias dudo mucho que me hubiera fijado en él. Pero era simpático. Lo había visto en la sala de máquinas alguna vez, pero nunca habíamos hablado. Una tarde, mientras hacía bicicleta elíptica, se subió en la que estaba a mi derecha.

—Buenas tardes. Echando un rato, ¿no? —me saludó, mientras preparaba la máquina.

Asentí muy seca. No era el primero que intentaba entablar conversación conmigo, sin comprender que yo al gimnasio iba a practicar deporte, no a hacer amigos. Sorprendida de mí misma, me vi hablando con él durante un buen rato. Raúl tenía muchas anécdotas divertidas que contar. Había viajado mucho y se conocía el país de cabo a rabo. También parte del extranjero, pues era comercial de una importante fábrica de embutidos. Asistía a multitud de ferias y congresos para presentar los productos que ofertaban en su empresa, cuya sede principal estaba en Plasencia.

Raúl era divorciado, y vivía en un piso cerca de la Plaza Mayor, propiedad de sus padres, pues su exmujer y sus hijos se habían quedado en la casa de Señorío de Jaraicero, en la que habían convivido.

—A mí me gusta mucho viajar, pero a Blanca no. Ella podía haber aprovechado y venir conmigo. No a todos los sitios a los que me mandan, pero sí a muchos de ellos. La empresa para la que trabajo no suele oponerse a ello, al contrario. Traté de minimizar mis ausencias, pero ya era demasiado tarde —me explicó una tarde, mientras corríamos en la cinta.

—¿Tanto tiempo pasabas fuera de casa? —le pregunté con curiosidad.

—Yo creo que esa fue la excusa que necesitaba para dejarme. Las cosas llevaban tiempo sin funcionar. Teníamos muchos roces y el paso del tiempo los agudizó. A pesar de pasar bastante tiempo fuera, cuando volvía, en lugar de desear estar juntos, discutíamos más. ¿Y tú, qué me cuentas?

Era bastante reacia a contar mi vida a nadie, y menos a un hombre al que prácticamente acababa de conocer. Mucha de la gente con la que me relacionaba era todo lo contrario. Les gustaba contar hasta el más mínimo detalle de sus vidas, ya fuera algo bueno alardeando de lo bien que les iba la vida, como las desgracias que no dejaban de sucederles. No se guardaban nada para sí, y eso era algo que no lograba comprender. En cierta ocasión, una mujer mayor, mientras aguardaba en la cola del supermercado, me contó todas sus penurias. Yo ya no sabía qué hacer para que se callara, deseando que la cajera se diera prisa y me cobrara. Le daba igual que ni la mirara, ni que mi cara reflejara una pasividad absoluta. Siguió relatando los pormenores de su mísera vida, incluyendo los dos hijos «muy buenos mozos los dos», que no encuentran trabajo. Con su escasa pensión de viudedad comían sus dos hijos, la mujer de uno de ellos, dos nietos y ella misma.

Una vez oí que al parecer algunos psiquiatras aconsejaban exponer las penas a los desconocidos, para descargar su pesar, y supongo que, para amargar la vida de los oyentes, que se llevan esas penas de regreso a su hogar. ¿A eso se refieren con el término personas tóxicas?

El caso era que no me apetecía hablar de mi vida íntima con Raúl. Él sabía que estaba casada, que tenía dos hijos mayores que ya iban a la universidad y poco más. Ciertamente me halagaban sus palabras, cuando me decía que no aparentaba ser madre de universitarios, y que mi marido era un hombre muy afortunado.

Pronto comencé a irme antes de hora al gimnasio. Quedaba con Raúl y nos tomábamos un café en un bar cercano antes de entrar a practicar nuestra rutina de ejercicios. Sus halagos, a pesar de no querer reconocerlo frente a él, actuaban como una inyección que me subía la autoestima. Ese hombre me escuchaba con atención, y, al contrario de lo que ocurría con Lorenzo, se fijaba en mí.

Me sorprendí deseando que pasara el fin de semana rápido para volver al gimnasio el lunes y poder ver a Lorenzo, cuando antes era todo lo contrario. Era el fin de semana el que me devolvía a mis hijos, cuando llegaban de la universidad, a pesar de que últimamente esto no ocurría tan a menudo.

No estaba enamorada de Raúl. En absoluto. Ya no era una chiquilla que se dejara engatusar por el primer hombre que le lanza un par de requiebros. Para enamorarme se necesitaba mucho más que eso. Sí, era cierto que había conseguido despertar en mí una especie de fantasía que me sacaba del tedio en el que me hallaba envuelta. Se había convertido en un escape, una especie de juego que me mantenía divertida en ausencia de acontecimientos más amenos a los que aferrarme. No descartaba tener un romance con él, si se daba el caso, pero para ello debía tener muchísima precaución. Plasencia no es lo bastante grande como para ocultar indefinidamente una historia de ese tipo. Era muy peligroso.

Para mí Lorenzo se había convertido en un simple compañero con el que compartir vivienda. Había dejado de ser el hombre del que me enamoré, con su actitud dejada que tanto me

desquiciaba. Se había convertido en una persona anodina cuya máxima aspiración era sentarse a ver jugar al Real Madrid. ¿Lo seguía queriendo? Supongo que no, pero tampoco lo odiaba. Era el padre de mis hijos y no me había hecho daño en absoluto. Todo lo contrario. Yo gozaba de amplia libertad para hacer lo que quisiera, y una mera mirada al escaparate de cualquier tienda, mostrando interés por alguno de los objetos expuestos, era atendida. Desde que el negocio se había expandido, el dinero había dejado de ser un problema.

Por eso no comprendía por qué los tiempos pasados habían sido más felices para mí. Cuando vivíamos en el piso de Marqués de Vadillo, a pesar de haber tenido meses bastantes duros, nos habíamos reído mucho. Soñábamos despiertos con el día en que tuviéramos una bonita casa, con un cuidado jardín donde los niños podrían correr a sus anchas.

Lo que no me planteaba en absoluto era el divorcio. Había sido testigo de sus consecuencias cuando dos de mis amigas pasaron por ello. Una de ellas, Marina, amiga de mi juventud, tenía aún a los niños pequeños. Sufrió un calvario. Su marido la había dejado por una compañera de trabajo. Marina perdió mucho peso, y el cabello se le comenzó a caer. No se hacía a la idea de tener que separarse de sus hijos cada dos semanas, y tener que dejarlos en manos de su marido y la novia de éste. Se le hacía un mundo, y no había palabras que pudieran consolarla.

El divorcio de Natalia fue más reciente. No tenían hijos, pero tuvieron que malvender el piso que ambos compartían, y con lo que les quedó al repartir el dinero obtenido, no pudieron a su vez hacer nada. Se les fue todo en gastos administrativos e impuestos y ambos acabaron viviendo en casa de sus respectivos padres.

No, yo no pensaba pasar por eso. No tenía el problema de los niños, la lucha por ellos, al ser mayores. Pero no me veía con fuerzas para renunciar a la vida que llevaba, y tener que volver a casa de mis padres, dado nuestro régimen de separación de bienes, con el que me vería perjudicada. Yo saldría perdiendo, a pesar de que me correspondiera una pensión compensatoria que, no me cabía duda, Lorenzo se encargaría de pagar puntualmente.

No me quedaba más remedio que seguir viviendo dormida y soñando despierta.

El presente de él.

Me encantaba nuestra casa. Al salir de trabajar no me entretenía y me iba directo al lado de Marifrán, a diferencia de la mayoría de mis empleados. Intentaban persuadirme para que tomara unas cañas con ellos antes de regresar a casa. Siempre los rechazaba. Me miraban divertido, y culpaban de mis negativas a mi mujer, como si ella me tuviera atado. No comprendían que yo lo que quería era disfrutar de la comodidad del hogar y de los míos.

Cuando salíamos de vacaciones, íbamos en familia. No tenía sentido para mí irnos y dejar a los niños con mi madre o con mi suegra. Todos teníamos que estar juntos y disfrutar los unos de los otros. El fin de esos viajes era que los niños se divirtieran, y tuvieran una infancia feliz que pudieran recordar siempre. A diferencia de la mía, marcada por la muerte de mi padre cuando yo tenía quince años. Quería que mis hijos sólo se preocuparan de ser felices.

Mi madre supo sacarnos adelante a mi hermano y a mí, a fuerza de trabajar duro en la ferretería. Yo me dediqué a ayudarla y a estudiar. Hice un módulo de Contabilidad y Finanzas en Formación Profesional. No me podía quejar de cómo había resultado todo. Tomé las riendas del negocio al estar mucho mejor preparado que mi hermano, que se conformó con el Graduado Escolar. Y logré levantar uno de los comercios con más renombre de Plasencia y sus cercanías. Acabamos surtiendo a importantes empresas que confiaban en nosotros, y seguíamos introduciendo nuevos productos.

Una vez que los niños crecieron, los viajes se espaciaron hasta acabar desapareciendo. Ya no tenía sentido viajar si no podíamos disfrutar con ellos. Esa etapa de nuestra vida había que cerrarla y comenzar a deleitarnos en la tranquilidad de nuestro hogar. Adoraba la terraza que con tanto esmero cuidaba Marifrán. Teníamos un rincón muy especial, con un balancín y mosquitera donde disfrutábamos del anochecer veraniego, bajo las estrellas. No faltaba la barbacoa donde asar deliciosas carnes los días de fiesta cuando nos reuníamos la familia y amigos al completo.

El interior de la casa era muy acogedor. Mi mujer había demostrado tener un gusto exquisito, donde predominaban la sencillez y la armonía. Y donde destacaba mi sillón predilecto. A pesar de haber cambiado un par de veces de tresillo, me negaba a deshacerme de aquel sillón, que parecía hecho a mi medida. No me veía capaz de acostumbrarme a otro, para disgusto de Marifrán. Ya había sido tapizado varias veces, y hubo que ponerle un refuerzo, pues durante los últimos años había cogido unos kilos de más y había acabado hundiéndolo con mi peso. Ella arrugaba el ceño, enfurruñada, mientras yo me reía divertido y bromeaba con la arruga que se le iba a quedar marcada para siempre en ese lugar si seguía haciendo ese gesto.

Me encantaba disfrutar de la comodidad, y para mí era primordial vivir bien. No existía mejor plan que ver tu partido de fútbol en casa, con tu copa de coñac y con ropa confortable. Si era invierno, encendíamos la calefacción central, y en verano el aire acondicionado refrescaba las habitaciones principales. No se podía pedir más.

A Marifrán sí le gustaba más salir por ahí, pero a mí, después de pasarme la semana trabajando, lo que me apetecía era relajarme y estar tranquilo en mi casa. Le prometía que la semana siguiente haríamos algo, y cuando se lo decía realmente lo pensaba. Me sentía con ganas, pero llegaba el siguiente fin de semana y me daba pereza tener que arreglarme para ir a cenar a

algún sitio, o salir de viaje para tan sólo un día y medio. Ella protestaba y notaba la decepción en sus ojos, y eso me causaba cierto malestar. Debía esmerarme más, y le prometí que para nuestro aniversario la llevaría a Francia. Visitaríamos París y sus alrededores. Veríamos la conocida Villa Avon y Chantilly. Una semana estaría bien.

Cuando se lo dije, se puso eufórica. Le dio mucha alegría, lo que contrastaba con mi malestar interior. No quería que se me notase, pero casi al instante de decírselo ya me había arrepentido.

Quería mucho a mi mujer, y no me importaba hacer lo que para mí era un sacrificio con tal de tenerla contenta. Llevábamos muchos años juntos, y casi todo era como desde el primer día de casados. Bueno, no quiero engañar, no todo exactamente.

Existían ciertos aspectos en los cuales las cosas habían cambiado. Eso sucede en todos los matrimonios. Estamos hablando de la vida real, no de culebrones. No éramos tampoco unos chiquillos como para pasarnos el día retozando. No podría decir si mi sobrepeso, u obesidad según Marifrán, tenían algo que ver con mi falta de lujuria. Mi mujer me seguía atrayendo como el primer día. He de decir al respecto que el paso de los años, lejos de hacer mella en ella, la habían mejorado. Se cuidaba mucho, y su rostro aparentaba menos años de los cuarenta y siete que tenía. Sus pómulos altos, sus ojos pardos, apenas marcados con finísimas arrugas, y su porte y forma de vestir lograban que muchos hombres se fijasen en ella las veces que salíamos a tomar algo. Y no me refiero a los de nuestra edad tan sólo, muchos eran más jóvenes. No vestía con estridencias, pero tampoco gustaba de ir arreglada en exceso. Sabía qué ponerse en cada ocasión, y cómo lucirlo. Yo iba paseando orgulloso a su lado. Podían mirarla todo lo que quisieran, pero aquel monumento no era patrimonio de la humanidad. Era mío nada más.

Como decía antes, mi esposa me atraía físicamente, y la deseaba, pero me veía sin fuerzas para poder acostarme con ella tan a menudo como quisiera. Yo prefería auto-complacermelo cuando sentía la necesidad de tener sexo. Era más placentero, y sin tener que pasar por los preliminares, o el bochorno de un gatillazo. Ella tampoco me buscaba, supongo que por el tema de las mujeres cuando llegan a determinada edad, la temida menopausia, y yo no quería que se viese obligada a tener relaciones si realmente no le apetecía.

Habíamos entrado en una etapa de nuestras vidas muy apacible. Los chicos ya eran mayores, buenos estudiantes, y con suerte pronto estarían ganándose la vida por sí mismos.

Rosario estudiaba un Grado de Administración de Empresas, mientras que Federico optó por estudiar un Grado en Fisioterapia, ambos en Badajoz. Una y otra carrera tenían buenas salidas laborales, y confiaba en que Rosario se acabaría haciendo cargo de la empresa.

Tras años de sacrificios y lucha, el negocio iba muy bien, estaba consolidado en el sector y contaba con una gran clientela. Consideraba que ya podía tomar algo de relajo. A mí mujer y a mí nos tocaba vivir algo más tranquilos, tras la lucha de años atrás. Económicamente nos iba muy bien.

Con esto no quiero decir que de vez en cuando surgiera alguna desavenencia entre nosotros. ¿Quién no discute? Me reprochaba bastantes cosas, y tengo que reconocer que de algunas de ellas sí era culpable. Yo admito que soy un hombre de buen comer. Me considero un sibarita, y no escatimo a la hora de comprar comida. El caso es que los fines de semana me gustaba darme algún que otro capricho. Durante la semana había días en los que tenía que comer fuera, cosa que no me entusiasmaba. Si comía en casa, Marifrán intentaba tenerme preparados platos sanos que a mí me resultaban insípidos y no me saciaban.

—Las patatas mejor cocidas o hervidas que fritas. Tienen demasiadas grasas, y tú estás cada vez más gordo. ¿Es que no te ves? Cuídate, hombre. No paras de sudar al mínimo esfuerzo, no

puedes ni moverte sin ahogarte. Y tampoco dejas esos apestosos puros. Un día te dará algo.

—De algo hay que morir. Además, no tengo tu fuerza de voluntad, cariño...

—Porque no te pones. ¿Crees que a mí no me gustaría dejarme y comer lo que me diera la gana? A mí también me gustan los helados y el chocolate.

Sí, tenía razón. Solo que yo no tenía remedio. No podía renunciar a comerme un buen plato de callos. Y claro, si quería callos, me los tenía que cocinar yo. Ya sabes, «yo me lo guiso, yo me lo como». Me levantaba el sábado bien temprano por la mañana y me iba a la carnicería de Paco, a por las cosas que necesitaba. Los viernes por la noche dejaba los garbanzos en remojo. Me relajaba cocinar, y me hacía una olla para mí sólo, o si ese fin de semana venía Federico, nos hartábamos de callos los dos. Solía sobrar para la noche, y repetía. Me encantaba acompañarlos con un buen vino, un Ribera del Duero, y era el hombre más feliz del momento.

Lo que desencadenaba una agria discusión era el tema de los platos que se quedaban en el fregadero, y el uso de la olla. Al ser un plato con alto contenido en grasa, ésta se solidificaba y era bastante difícil desprenderla al fregar. El lavavajillas no hacía milagros, y yo mucho menos. Después de darme el atracón no me apetecía ponerme a lavar los cacharros, y claro, a mayor tiempo, por más que los dejara en remojo, más se agarraba el potingue. Por un lado, Marifrán tenía razón. Finalmente le tocaba lavar a ella, porque no tenía paciencia para ver el fregadero lleno de platos sucios. Y, por otro lado, yo no comprendía esa obsesión por dejarlo todo impoluto. ¿Qué más daba? Ya lo haría yo más tarde.

Mi esposa también me reprochaba mis ronquidos. Según ella, eran atronadores y no la dejaban descansar. Yo negaba roncar, pero claro, si estaba dormido, tampoco es que tuviera la certeza absoluta de que no lo hiciera. Ella acababa yéndose a dormir a la habitación de Rosario algunas noches, según decía, harta también de mis hediondas ventosidades. Tampoco podía hacer nada para evitar esta eventualidad, durmiente como me hallaba.

—¿Es que no hueles cuando entras al baño? Claro, teniendo en cuenta la calidad y cantidad de lo que comes... Desde luego, esos puros te han quitado el sentido del olfato, porque es imposible que no te des cuenta del mal olor que se queda cuando usas el baño. No hay lejía ni ambientador que acabe con esa pestilencia.

A parte de esos pequeños roces, no teníamos cosas graves que echarnos a la cara ni temas espinosos por los que discutir. Estábamos muy a gusto juntos. Nuestra rutina era muy placentera, y no teníamos necesidad de cambiar este modo de vida. Nos queríamos.

Las escaleras de ella.

Llevaba unos días con cosquilleos en el vientre. ¡No me pasaba eso desde que era muy joven! Me parecía increíble que tantos años después, con casi cuarenta y ocho años, volviera a sentir algo así. Era demasiado mayor como para andarme con chiquilladas de niña enamorada. Aquella época ya había pasado y no me pegaba estar así.

Y todo porque Raúl me había invitado a su casa a tomar algo. Más bien a casa de sus padres. Ellos iban a estar un par de días fuera, y Raúl tenía tres días libres.

La invitación no llevaba implícito que terminaríamos en la cama. Era yo la que había escrito el guion de la película en mi cabeza, donde además era la principal actriz y, si me apuras, la directora. Llevaba tiempo fantaseando con él. Su forma de ser había conseguido atraerme físicamente. Debía ser puro fuego en la cama.

—Si no tienes que hacer nada el miércoles, podríamos quedar en mi casa a tomar café y así te enseño las fotos del viaje que hice a Francia y te paso la guía turística que me traje con los mejores sitios para ver —me anunció días después de haberle comentado el viaje que Lorenzo me había propuesto a las tierras galas por nuestro aniversario.

—Vale, me das la dirección y ya me paso por allí —dije con un tono que procuré que sonara neutro, sin parecer muy entusiasmada.

No era así como me sentía. Pese a mis esfuerzos por parecer distante, mi mente no paraba de repasar mi armario buscando las prendas apropiadas para esa ocasión, aun cuando quedaban dos días para la cita. Pensaba a una velocidad superior a las respuestas que le daba. Era como si hubiera encendido el piloto automático para las réplicas, mientras que mi cerebro se ocupaba de la parte importante. ¿Qué ropa llevar? Habíamos quedado por la mañana, así que no debería ir demasiado arreglada. Además, no quería levantar sospechas, ni dar que hablar a mi vecina de al lado, siempre pendiente de dónde voy. Y que lo preguntaba, ojo. No se andaba con rodeos. Quería saberlo todo de todo el mundo, y seguramente habría noches en las que no podría pegar ojo por no saber dónde pensaba celebrar la Primera Comunión de su hija la vecina de enfrente, o por qué el dueño de la papelería del barrio no había abierto el martes por la tarde.

Quizás iba demasiado deprisa, pero la última vez que me había visto en esa situación (padres fuera de casa y a solas con un hombre), había acabado acostándome con esa persona y, mira por dónde, casándome con él. Tal vez todo estaba en mi cabeza, pero por si acaso debía ir preparada. ¿Y si terminábamos en la cama? No era porque Raúl me atrajera especialmente. Lo que estaba teniendo en cuenta eran varios puntos: el hombre no estaba nada mal y yo estaba muy necesitada. Eso terminaba en la cama fijo.

Logré sacar cita con mi peluquera un día antes del que había quedado con Raúl. Sólo quería retocarme un poco el tinte y cortar las puntas. Mientras esperaba a que me atendiera, ojeé las revistas que tenía allí, y no te puedo decir por qué, pero le acabé pidiendo uno de los cortes que lucía una famosa actriz. No sólo me conformé con el corte. Cambié de modo radical el color de mi pelo, y pasé a un rubio bastante claro. Salí muy contenta de allí. Ese cambio me hacía parecer mucho más joven. Fue una buena elección, pese a mi temor inicial cuando vi cayendo los mechones de mi melena al suelo. Además, era muy cómodo de mantener y de peinar. Me sentía

poderosa, guapa y fuerte. Preparada para todo lo que tuviera que venir con Raúl.

De camino a casa, paré en el supermercado. Necesitaba un par de cosas. Allí me encontré con Juani, la madre de una amiga de Rosario. Al principio pareció dudar antes de acercarse a mí y hablarme:

—¿Marifrán? Vaya, no estaba segura de que fueras tú. ¡Estás preciosa! Te sienta muy bien.

—Gracias. Acabo de venir de la peluquería. A ver con qué pelos me levanto mañana. Ya sabes que recién salida de la peluquería está todo perfecto.

Estuvimos charlando un rato más. Le pregunté por su hija y al cabo de un poco nos despedimos, no sin antes prometernos un café. Sí, de esos del tipo «a ver si quedamos, llámame», que se repiten cada vez que te encuentras con esa persona, y nunca se cumplen.

Llegué a casa entusiasmada, como se suele decir con un «subidón». Lorenzo llegó un poco después. A riesgo de parecer una cría, diré que me sentí expectante. Quería ver el impacto que le causaría mi nueva imagen. Terminé de retocarme en el espejo del baño de nuestra habitación y bajé las escaleras.

Lorenzo me vio bajar sin decir nada. Colgó la chaqueta en el perchero de la entrada y se desabrochó la camisa. Estábamos a finales de noviembre, y aunque no hacía demasiado frío, refrescaba bastante. Al orondo cuerpo de Lorenzo, como siempre, no le importaba que no estuviéramos en pleno verano, y seguía expeliendo sudor por cada poro de su piel. Entré en la cocina y ya estaba sentado a la mesa que usábamos cuando estábamos los dos solos, esperando el almuerzo, como si de un enorme bebé rollizo y colorado se tratase. Su estómago estaba acostumbrado a esos horarios y si no fuera porque ya tenía cierta edad, a veces era como si esperara que fuera a comenzar a llorar como un crío si no le servía pronto su ración.

Me parecía increíble que aún no me hubiera dicho nada acerca de mi nuevo peinado. O no se había fijado o le daba exactamente igual el aspecto que yo luciera. Encendí la vitrocerámica para calentarle la comida, y, mientras, abrí el frigorífico para sacar unos tomates, lechuga y una cebolla para hacer la ensalada. No pude aguantar más y le pregunté:

—¿Qué! ¿No dices nada de mi nuevo corte de pelo?

—Sí ya veo que te has hecho un peinado nuevo. ¿No es demasiado juvenil para ti? —me contestó—. No es que te sienta mal ni mucho menos, pero creo que eres demasiado mayor para llevar ese corte. Te lo has cortado mucho y el color es muy llamativo.

—¿Me estás llamando vieja? Mira, Lorenzo, te puede gustar más o menos, e incluso tener que acostumbrarte porque hasta yo me tengo que hacer a este cambio. Lo que no sabía es que hay que tener una edad para cada peinado. ¡Qué fallo ha tenido mi peluquera! En las revistas de moda debería estar especificado el tope máximo de edad para cada corte de pelo. —me sentía tan dolida que solté todo aquello de un tirón.

—Cariño, no te pongas así. Tú misma lo acabas de decir, que me tengo que acostumbrar a verte así. No te enfades, mujer. No te he llamado vieja ni mucho menos. Ya quisieran muchas niñas tener el cuerpo y la cara tan preciosa que tienes tú. Ven aquí, dame un beso.

Lo ignoré y seguí removiendo la comida. Sus palabras me habían desinflado como los globos sobrantes de una fiesta al día siguiente, esos que se salvan de los pinchazos, pero quedan chuchurridos. ¡Me había sentido tan divina! Esa imagen de mí misma sólo la había tenido yo, y puede que Juani en el supermercado sólo hubiera querido ser amable conmigo. O se había estado mofando. Ya podía oírla riéndose con las demás a mis espaldas. «Si la hubierais visto. Se cree una chiquilla, y más horterera no puede ser».

En fin, ya no tenía remedio. Lo hecho, hecho estaba. Sólo me quedaba dejar que el pelo

creciera y volver a mi color. O no. ¡Uf! Estaba hecha un lío. ¿Tenía que guiarme por aquel hombre sentado a la mesa de la cocina que engullía sin masticar apenas? No es que fuera un *influencer* de la moda precisamente.

La tarde transcurrió lenta y aburrida, como siempre. Intenté ver algo en la televisión. Al rato la apagué. No había nada que me interesara. Cogí el libro que estábamos leyendo aquel mes en el club de lectura, pero no lograba concentrarme. Estaba ansiosa. Al día siguiente vería a Raúl, y a pesar de que lo había visto tantas veces, el hecho de quedar en su casa añadía un toque misterioso que me excitaba. Al fin le daba a mi vida una pizca de emoción.

Sobre las diez de la noche me llamó Rosario al teléfono móvil. Di un respingo al oír los acordes de *The final countdown*, de *Europe*, que Federico me había puesto como tono de llamada.

—Mamá, ¿me estás escuchando? Que no puedo ir esta semana, que mi hermano sí va. Dale a él mi chaquetón azul marino, pero el que es ligero, no el gordo que me regalaste el año pasado. ¡Ah! Y que no se te olvide mandarme también las botas negras de media caña con hebillas plateadas.

—¿Por qué no vienes? La semana pasada tampoco viniste. Te echo de menos, cariño.

—Ya te lo he dicho. ¿Es que no me escuchas? Tengo que entregar un trabajo, y si no lo hago a tiempo no puedo hacer las prácticas. Y en febrero tengo los cuatrimestrales. No quiero que se me acumulen cosas —me dijo con tono cansino.

—Está bien, está bien. Le daré a tu hermano lo que me has pedido: el chaquetón y los botines —respondí algo decepcionada.

—¡No! No te he dicho los botines, te he dicho las botas de media caña. Mamá, ¿estás bien? Estás muy rara hoy. No te enteras de nada, hija. Parece que no me estés escuchando.

Tenía parte de razón. No podía evitar estar en las nubes. Volví a la tierra y procuré estar atenta a lo que me decía. No habló mucho más antes de colgar, para mi fortuna, porque me costaba concentrarme en su palabrería.

Le puse la cena a Lorenzo, cuyo apetito era espectacular pese a no haberse movido en toda la tarde, apoltronado en su sillón. Un par de tardes a la semana, dependiendo del volumen de trabajo en la empresa, no iba, quedándose en casa y delegando en el encargado. Tras la siesta, sólo se había levantado para ir al baño y para preparar el café para los dos, acompañado de una palmera de chocolate en su caso. No entendía cómo podía gozar de buena salud. Para mí era un misterio. Aunque por otro lado sospechaba que había exagerado su estado de salubridad. Yo no había llegado a ver los resultados de las pruebas que le habían hecho. No me podía creer que no tuviera al menos un poco de hipertensión o colesterol con todo lo que zampaba al cabo del día y lo poco que se movía. Claro que él pensaba que, de ver resultados adversos, yo le impondría una dieta estricta y le obligaría a hacer deporte. No erraba en parte. Me explico. Mi antiguo yo tal vez lo hubiera hecho. En otros tiempos me hubiera molestado y preocupado por su salud, pero llevaba un tiempo en el que, para mi horror, no me importaba en absoluto. Si no se quería cuidar, allá él. Yo no era su madre, y si ella misma no se preocupaba de tener controlado a su hijo, ¿por qué habría de hacerlo yo?

Yo apenas pude probar bocado, nerviosa como estaba por la cita del día siguiente. Me había creado muchas esperanzas. Mientras más pensaba en ello, más convencida estaba de hacer lo correcto, pese a que realmente y en honor a la verdad, no era precisamente una actitud intachable. Estaba a punto de ser infiel a mi marido, y por irónico que parezca, lo consideraba justificado.

Si me hubieran preguntado hace unos años acerca de este tema, habría puesto el grito en el cielo. ¿Qué mujer comete una infidelidad y luego puede ser tan hipócrita como para acostarse con su marido al llegar a casa después de haber sido amada por otro hombre? Tras haber recibido las

caricias y los besos, las cariñosas palabras del otro, sintiendo aún la calidez de aquellas otras manos masculinas, el rastro del amor que impregna la piel, ¿cómo podían llegar a sus hogares y seguir su aparentemente feliz vida matrimonial? No, no defendía la infidelidad, ni del hombre ni de la mujer, en ninguna circunstancia. Si ya no amabas a tu pareja, hacía menos daño un adiós que una humillación.

Y a menos de veinticuatro horas de ser yo la infractora de las normas maritales, allí estaba, buscando en mi mente los razonamientos adecuados que pudieran acallar mi conciencia. Como puedes imaginar, el culpable era Lorenzo, no yo. Todas las vueltas que daba me conducían a su actitud, a su forma de ser. Y un poco quizás a mi desesperación por salir de aquel hastío que me tenía enterrada en vida. Creo que yo merecía algo más después de haberme pasado la vida pendiente de mi familia, de satisfacer sus necesidades. ¿Y ahora qué? Estaba vacía. No, yo merecía seguir viviendo, mi desarrollo como persona no podía terminar a los cuarenta y siete años. Era joven, al menos en los tiempos en los que vivimos, en los que aún había mujeres que incluso tenían hijos a esa edad. Aún más, las jubiladas del Centro de Mayores viajaban más que yo en los viajes organizados para las personas de la tercera edad.

Todo esto que me dije a mí misma y más bastó para terminar de convencerme de que debía seguir viviendo y, ¿por qué no? Tener una aventura.

A la mañana siguiente, una vez que Lorenzo se marchó, subí a mi habitación a arreglarme. Disponía de más de dos horas para prepararme, y aunque ya había decidido lo que iba a ponerme, algo sencillo y casual, y me sobraba tiempo, estaba demasiado nerviosa. Decidí ir dando un paseo, pues no estaba tan lejos. Abrí la puerta de casa y al salir a la acera, casi me doy de bruces con la vecina de al lado, que me miraba fijamente.

—¡Vaya! Cualquiera te conoce con ese peinado —me dijo, obviando un educado saludo.

—Buenos días, Angelines —le repliqué con sorna, esperando que captara la indirecta de cómo comenzar una conversación de manera cortés.

—Buenos días, hija. ¿Cómo te ha dado por ponerte el pelo así? Te lo has cortado mucho, ¿no? Lo malo de los colores tan claros es que te tienes que decolorar el pelo y eso lo estropea mucho. A ver, que no es que te quede mal, pero que como no estoy acostumbrada a verte así, pues me he dicho «¡Anda, pero si es Marifrán!» —dijo sin apenas respirar.

Desde luego, era digno de admiración que pudiera soltar tantas palabras seguidas sin pararse a tomar aire. Debía tener una alta capacidad pulmonar. Hubiera triunfado como nadadora olímpica en lugar de vecina chismosa.

Como pude me zafé de Angelines, que ya había cambiado de tema y me estaba preguntando si sabía por qué la ropa de la vecina de tres casas más allá estaba tendida en la terraza desde hacía dos días, no fuera a ser que la mujer estuviera ingresada en el hospital porque la había visto en la farmacia el lunes y no tenía muy buen aspecto.

Caminé hasta la casa de Raúl, intentando disimular mi ansiedad. No quería que se me notara muy nerviosa. Era temprano aún, por lo que no aligeré mucho el paso. No me convenía llegar demasiado temprano y que pareciera que estaba desesperada. Me tenía que dar a valer.

Al fin llegué, y con mano temblorosa toqué en el portero electrónico del portal. Los diez segundos que Raúl tardó en abrir la puerta se me hicieron horas. No dejé de mirar nerviosa a uno y otro lado, temiendo ver aparecer a Lorenzo en cualquier momento, doblando la esquina, o a uno de mis hijos (pese a que estaban a dos horas de camino y era día de diario), o peor aún, a mi suegra. De la mirada de esta mujer, del escrutinio al que me sometía cada vez que me veía no podía escapar. No creo en videntes, pero sí creo en mi suegra y en su poder de adivinación. Una

vez me abrió el portal, subí a la segunda planta en ascensor. Raúl me esperaba en la puerta del piso, muy tranquilo y sonriente, haciéndome pasar al interior de la casa. Hubieron de pasar un par de minutos para que me acostumbrara a la oscuridad del interior. Pasamos a una salita donde ya estaban puestas las tazas sobre una mesa camilla. El aroma del café recién hecho impregnaba la estancia. Raúl sirvió el café, mientras que yo hacía unos esfuerzos terribles para dejar de temblar.

—Estás muy guapa, Marifrán. Acostumbrados a vernos con la ropa de deporte... Te sienta muy bien ese peinado —me dijo, sonriéndome, mientras me tendía las guías de viaje prometidas.

—Gracias. No está nada mal este piso —le respondí. Sinceramente, no se me ocurrió mejor cosa que decirle para romper el hielo.

—No, no está mal. Quizás con algunos cambios estaría mucho mejor. Mis padres son mayores y, claro, comenzar unas reformas a estas alturas, no siendo estrictamente necesarias, es demasiado para ellos. Bueno, y de la decoración no me hables. ¡Cualquiera le quita a mi madre sus pañitos de crochet! Los tiene por toda la casa. Y colchas de punto...Sí, no me mires así. Esto más bien parece un museo. Hay figuras de porcelana y ceniceros de todas las partes de España.

Me reí divertida. Esos comentarios me relajaron un poco. Hablamos durante un rato más sobre la gente del gimnasio, y rehusé tomar más café cuando Raúl me lo ofreció. No necesitaba más cafeína. Fue entonces cuando se levantó y me pidió que le acompañara para mostrarme el resto de la casa. Tras ver el salón, la cocina y el pequeño lavadero al que se accedía por ésta, seguimos por un estrecho pasillo hacia lo que, suponía, serían los dormitorios.

«Prepárate, Marifrán, que ahora te enseñaré el dormitorio», me dije. La cabeza comenzó a picarme, como siempre que me encontraba ante situaciones algo estresantes. Evité rascarme, pues eso me habría hecho flaco favor, además de hacerme quedar en ridículo. Respiré profundamente y lo seguí. Tras recorrer el pasillo, una vez pasada la habitación de sus padres, llegamos a su dormitorio. Era pequeño, con una cama de ciento cinco centímetros coronada por un antiguo cabecero, un armario oscuro de caoba, un escritorio y una silla del mismo color.

—Bueno, pues aquí tienes mi leonera. Era mi cuarto cuando vivía con mis padres, y como puedes ver, hay cosas que no cambian. He vuelto al nido, con lo que les costó echarme de él.

—Seguro que en el fondo están encantados de tenerte de nuevo aquí, acompañándolos —dije sin mucha convicción, porque no se me ocurría otra cosa que decir.

Raúl sonrió, torciendo la boca a un lado, en uno de sus característicos gestos. Se acercó más a mí. Apenas nos separaba medio metro. Me preparé mentalmente para lo que estaba por venir. Cerré los ojos unos segundos y parpadeé rápidamente en un fútil intento de relajarme.

—¿Sabes? Tras dejarlo con mi mujer no quería saber nada de citas ni de historias con nadie. Después de salir de una situación así, es necesario darse un tiempo para recuperarse. Es un error lanzarse inmediatamente a los brazos de alguien. Al menos para tener algo serio —me explicó Raúl, con un tono tan íntimo que me hizo estremecer. Tomó aire antes de continuar—. Y creo que ya estoy preparado. He conocido a alguien que me ha devuelto la ilusión.

—¡Vaya! No sé qué decir, Raúl —dije, sonrojándome.

—Sólo di que te alegras por mí —me contestó, cogiéndome las manos y acercándose aún más.

Me sentí muy halagada, a la vez que enternecida, por inspirar esos sentimientos en un hombre como aquel. En esos momentos me hubiera mencionado el nombre de Lorenzo y hubiera pensado en Lorenzo Lamas o en Lorenzo Caprile, pero no en mi marido. Raúl siguió hablando.

—Desde que comenzamos a hablar en el gimnasio el primer día supe que eras tú. A nadie más podría confiar cómo me siento. Tú tienes algo especial que hace que me sienta cómodo hablando de esto. Eres leal, sabes escuchar, y eres muy comprensiva —aquellas palabras me descolocaban

un poco. Hice un gran esfuerzo por centrarme en lo que me trataba de decir, pero justo en ese momento se calló.

—Gracias, aunque no te sigo. No sé a dónde quieres llegar —le insté a seguir hablando.

—Bien, allá voy. Como te he dicho, ha aparecido en mi vida una persona muy especial. Se llama Conchi.

Para mi pesar, no pude evitar abrir desmesuradamente los ojos. No sé si se llegó a dar cuenta de mi asombro. Era lo último que me esperaba. Me obligué a adoptar una expresión de alegría y lo abracé para poder ocultar de él mi rostro unos segundos y así recobrar la compostura. No todos los días el hombre con el que crees estar a punto de acostarte te dice que tiene novia, echando por tierra tus fantasías eróticas más atrevidas.

Me explicó que era profesora en un instituto de Cáceres, y que la había conocido en un pub, en una de sus escapadas de fin de semana en que no le tocaba estar con los niños. Estaban saliendo desde hacía un par de semanas.

—Cuando me casé, quería a mi mujer. Y la sigo queriendo, pero siempre supe que algo no iba como debía ir. Ella no es tonta, y también lo supo. Me engañé a mí mismo demasiado tiempo, y con ello le hice daño de manera inconsciente.

El problema, según me explicó, era decírselo a sus padres. Más bien a su madre. Adoraba a su exmujer, desde que empezaron a salir, y para ella, católica devota, el divorcio de su hijo supuso un duro golpe. Aquello era para ella algo contra natura, según me contó Raúl.

—Imagínate cómo se lo pudo tomar. «Un matrimonio es para toda la vida, lo que ha unido Dios no lo puede separar el hombre, hijo». Fue tan duro que durante mucho tiempo me sentí culpable a pesar de que mi relación con mi mujer no fue ni mucho menos mala tras el divorcio. Pocas personas pueden presumir de tener tan buena afinidad como nosotros. Hay muchísimas parejas que se llevan fatal, y siguen casados.

Me despedí de él una hora después y regresé a casa, con el ánimo por los suelos, tras el subidón de autoestima con el que había salido por la mañana.

Una vez en casa, lo primero que hice fue quitarme los zapatos. Me hacían un daño tremendo, y ya llevaba demasiado rato con ellos puestos. Quería estar cómoda. Me serví una copa de vino y subí las escaleras. Necesitaba darme un baño de espuma. Al llegar arriba oí un ruido que salía del pequeño cuarto que usábamos como despacho. Solté mi copa en una pequeña mesa redonda que había junto a las escaleras. Era temprano para que fuera Lorenzo, pero no podía ser otra persona. Yo había conectado la alarma antes de salir. Lo había hecho, ¿no? No me había fijado tampoco si el coche estaba en el garaje.

Me acerqué de puntillas a la puerta y pegué la oreja. Oí el rápido clic del ratón del ordenador. Suspiré aliviada. Mi marido había llegado antes del trabajo. Abrí la puerta al tiempo que lo vi dar un respingo, asustado. Comenzó a clicar nervioso con el ratón, cerrando la pantalla que yo, a través del reflejo de la ventana situada tras él, había tenido ocasión de ver.

—Hola, cariño. He salido hoy antes de...de la nave. Aquí me tienes, mirando el tiempo que... que vamos a tener este fin de semana... —dijo, tartamudeando. Como si yo fuera tonta y no hubiera visto el meneo salvaje de la tetona rubia siendo embestida por el descomunal miembro viril de un musculado adonis mulato.

Lorenzo me miraba expectante, mientras el sudor le chorreaba por la frente y los lados de la cabeza, haciendo que el pelo rizado de la nuca, el único que le quedaba, se le pegase en ridículos caracoles. Me limité a decirle que iba a darme un baño y que podía pedir una caldereta de cordero en el restaurante de la plaza Mayor para los dos, si le apetecía. Él sonrió aliviado. Me

dispuse a recoger mi copa de la mesita donde la había dejado, y Lorenzo salió tras de mí.

—Voy a llamar desde el teléfono fijo de abajo. El de aquí no tiene batería, lo acabo de poner a cargar —me explicó, mientras se dirigía a las escaleras. —Por cierto, he pensado que quizás deberíamos celebrar nuestro aniversario aquí, en familia, con los nuestros. Cariño, ya sé que te hace mucha ilusión, pero mira cómo están las cosas por Francia. Es muy peligroso. Hay atentados. Yo creo que deberíamos dejarlo para más adelante. De aquí a un año o dos las cosas se habrán calmado.

No podía creer lo que acababa de oír. Ese imbécil pretendía despojarme del viaje al que con tanta ilusión me había aferrado. Era un ser pusilánime y perezoso. Bastaron unos segundos para darme cuenta de que lo odiaba. Ya no soportaba esa mirada bovina y alelada, esa desgana y dejadez. Detestaba verlo respirar. Y entonces fue cuando lo deseé por primera vez...muerto.

No me paré a pensar fríamente, como debiera haberlo hecho. Cual hombre cargado de testosterona, actué movida por un impulso, y cuando Lorenzo se dio la vuelta para comenzar a bajar las escaleras, lo empujé con todas mis fuerzas para hacerlo caer rodando.

Lamentablemente, todas mis fuerzas eran insuficientes para siquiera hacerlo trastabillar. Se hubiera necesitado la fuerza de al menos cinco hombres para mover semejante mastodonte.

Lorenzo se giró hacia atrás, mirándome extrañado.

—Cariño, ¿qué...? —comenzó a preguntar.

—¡Lorenzo! Lo siento. ¿Estás bien? —dije apresuradamente, interrumpiéndolo.

—No te preocupes, estoy bien. ¿Qué te ha pasado?

—Bueno, no sé, el vino, supongo. No estoy acostumbrada a beber a estas horas y menos con el estómago vacío, y he tropezado con mis propios pies —sonreí débilmente.

—Ten cuidado, mi vida. Menos mal que aquí está tu fortachón para hacer de escudo.

Sí, un escudo de mil toneladas. Dejé que bajara las escaleras para que pidiera la dichosa caldereta de cordero de la que yo apenas tomaría un par de cucharadas. El estómago se me había cerrado. A pesar de haber actuado movida por un estímulo provocado por sus palabras, no me arrepentía de ello. En mi cabeza comenzaba a bullir la idea de ser viuda a toda costa, y ya había decidido que no pararía hasta lograrlo. Pondría todo mi empeño y mis fuerzas en deshacerme de él. No podía esperar a que un infarto fulminante o un cáncer de pulmón acudieran en mi ayuda. Era yo la que tenía que acelerar mi estado civil.

Lo que sí tenía que tener era paciencia para elaborar un detallado y cuidadoso plan. No debía cometer errores. En breve sería libre.

Las escaleras de él.

Ser empresario es muy estresante. Sobre todo, en ciertas épocas en las que aumenta el número de pedidos, o hay que hacer inventario. En mi mano estaba el conseguir que todo fuera bien. El funcionamiento diario se hallaba bajo mi responsabilidad. Tomar decisiones y dirigir a un equipo es algo para lo que hay que estar bien preparado, y la presión en el trabajo es constante. Y eso que no podía quejarme del equipo que me rodeaba. Tenía un excelente encargado, Pedro, que llevaba años en la empresa. Podía contar con él. Había demostrado su alta capacidad, pero el dueño seguía siendo yo y, por tanto, al que le correspondía la toma de las resoluciones más importantes.

Aun así, hay etapas en las que se puede respirar algo de tranquilidad, sobre todo los días posteriores al balance mensual, cuando todo ha cuadrado a la perfección. Pero con esto no quiero decir que uno se pueda relajar por completo. Simplemente, respiras algo más sosegadamente durante un par de días.

Un miércoles salí antes del trabajo. Me lo pude permitir, y me fui tan contento a casa. Lo que quedaba de ese día pensaba disfrutarlo tranquilamente junto a mi mujer. Últimamente estaba abatida y algo distante. No se acababa de acostumbrar a tener a los niños fuera. Los echaba de menos. Había estado siempre tan pendiente de ellos, que no conseguía hacerse al hueco que habían dejado tras su marcha a la universidad. Iluso de mí, había pensado que lo iba a llevar mucho mejor. Ya no tenía que acudir a las dichosas reuniones, primero en el colegio y después en el instituto, que tanto le agobiaban, ni tendría que estar pendiente de llevarlos a las actividades extraescolares... ¡Maldita sea! Ya eran unos jóvenes adultos, y ella tendría todo el tiempo del mundo para dedicarlo a otras cosas, a lo que siempre había querido hacer, fuera lo que fuese. No entendía nada. Continuamente se quejaba de carecer de tiempo para ella misma, y ahora que lo tenía, protestaba también. Si alguien me pudiera explicar eso, se lo agradecería eternamente.

Su actitud me confundía. Yo había oído hablar de la famosa crisis de los cuarenta, y de sus consecuencias. Marifrán ya tenía los cuarenta y siete cumplidos y pensaba que a ella no le afectaría, dada su alta autoestima y seguridad en sí misma. Había logrado sus objetivos físicos, estaba más guapa que nunca, y vivíamos bien. Nuestros hijos eran universitarios, y buenos chicos. Supongo que trataba de volver a ser una chiquilla y por eso apareció con aquel extraño peinado. ¿Para qué le diría nada? Se sintió dolida cuando hice alusión a él. Quizás fue culpa mía, por no hablarle con mayor consideración o qué sé yo, pero es que no la acababa de ver con aquel color y aquel corte. Quiero decir, bueno, que hay que asumir la edad, y no todos los estilos, por modernos que sean, van con todas las personas. Lejos de hacerle parecer más joven, aquel estilismo le hacía parecer ridícula. Ella, por supuesto, se dio cuenta de que no me gustaba lo que se había hecho al ver mi reacción. Traté de suavizarlo, aunque creo que fue inútil. Confiaba en que pronto se le pasaría.

El caso es que pensaba redimirme de mi metedura de pata aquel miércoles. Además, tenía que proponerle un pequeño cambio de planes, y estaba algo nervioso pensando en su reacción. Se acercaban nuestras bodas de plata, a principios de marzo del año siguiente, y yo le había prometido realizar un viaje a Francia, pues sabía la ilusión que le hacía conocer nuestro país vecino. Lo comenté en el trabajo con una de las dependientas, Ana, y ésta puso el grito en el cielo.

—Vosotros sabréis, pero no es momento de ir a Francia tal y como están las cosas... Yo por lo menos no iría —me dijo de manera tajante.

—Ya sé, por lo de los ataques terroristas. Y precisamente por eso, ahora estará todo más vigilado. Hay más seguridad y policías patrullando continuamente —le expliqué, en un intento de convencerme, además, a mí mismo, pues tras el último ataque tampoco yo creía que fuera buena idea viajar allí.

—Si sólo fuera eso. Tengo una prima viviendo en París, y me manda cada vídeo por WhatsApp de barrios de allí, que ponen la piel de gallina. Hay calles por las que no se aventura a caminar sola ni a plena luz del día —me aseguró Ana.

Sus palabras me intranquilizaron bastante. A veces, en televisión se encargan de exagerar las cosas hasta el punto de que cualquier noticia, sacada de contexto, se convierte en alarma social. Sin embargo, los motivos políticos podían llevar a lo contrario, a no dar importancia a otros asuntos. Yo no es que sea un paranoico, de esos que ven conspiraciones por todas partes y afirman que Marilyn Monroe fue asesinada porque sabía demasiado sobre Kennedy. No, yo me considero una persona normal que asume las noticias y no busca tres pies al gato. Pero soy consciente de que una publicidad negativa, a costa de los ataques terroristas, podría hacer perder muchos turistas a nuestros vecinos al otro lado de los Pirineos. Esos vídeos que tenía Ana en su teléfono móvil eran la prueba de que se ocultaba información. En esos momentos deseé más que nunca quedarme en casa y celebrar nuestro aniversario en cualquier buen restaurante. No era un buen momento para viajar.

Afortunadamente, aún no había hecho reserva alguna ni comprado los billetes de avión, pues quedaban cuatro meses. A punto había estado, aunque por falta de tiempo lo había ido relegando. Creía que era una señal que avisaba de lo nefasta que era aquella idea. ¿Cuántas veces no se oyen «pequeños milagros» de gente que ha escapado a la tragedia por los pelos? Aquellos que no subieron al avión que acababa de estrellarse porque perdieron el vuelo, o un cambio de planes de última hora que hizo que no se visitase aquella zona de Egipto que resultó atacada por los terroristas. No veía necesario tentar a la suerte por un capricho. Ya habría momentos mejores para visitar Francia, cuando las cosas se tranquilizaran. De hecho, pensaba cambiar el destino para un futuro viaje. La idea de un crucero no me atraía en absoluto, pese a que Marifrán lo había insinuado más de una vez, dándome a leer folletos de grandes travesías marítimas. Son carísimos, y no se come nada bien. Te cobran todos los servicios extra, y si un día atracas en un puerto, si quieres visitar esa ciudad, abonas la excursión aparte. Así que, tras sopesar las opciones, llegué a una conclusión: ¿Por qué no viajar por Andalucía? Podríamos empezar por conocer nuestro país. Una ruta por los Pueblos Blancos, la Costa de la Luz, y Córdoba, la cual me dijeron que era preciosa. En fin, empezar por la comunidad autónoma próxima, y en ocasiones posteriores conocer Asturias, el País Vasco... Pensaba que esta propuesta entusiasmaría a mi mujer. Y si no era así, como realmente presentía, a pesar de no querer reconocerlo, trataría de convencerla.

El caso es que llegué a casa bastante esperanzado, pero me la encontré vacía. Marifrán no estaba. Pensé que estaría en el gimnasio, con unas amigas o haciendo la compra para el almuerzo, y no me extrañé. Ella no me esperaba en casa a esa hora. No tardaría mucho en llegar, así que decidí cambiarme mientras tanto y tomar una copa de güisqui. Subí a mi habitación y me puse un pantalón de chándal y una vieja camiseta de publicidad de la empresa. Estaba muy cómodo así, sin camisetas asfixiantes. Hacía bastante calor aún a pesar de haber entrado el otoño. Encendí el ordenador, dispuesto a buscar una maravillosa ruta que encandilara a mi mujer y así poder convencerla de que era el mejor viaje que podríamos hacer.

Me encontraba radiante, y a ello ayudaba la copa que me había servido. Y sin pensarlo mucho, al abrir la página del buscador, en lugar de escribir «rutas por Andalucía», tecleé las palabras «sexo anal». No sé por qué lo hice. No suelo ver porno, no soy de esos que se pasan viendo películas o vídeos de ese contenido hasta altas horas de la madrugada. Pero reconozco que, de cuando en cuando, disfrutaba de alguna que otra película. Había entrado en los cincuenta, y me costaba bastante tener erecciones. Ello no era debido sólo a la edad, había más factores. Era consciente de ello. Un cambio en mis costumbres, haciendo hincapié en dieta, ejercicio y dejar de fumar, me ayudarían mucho a volver a disfrutar de exquisitas experiencias con mi esposa. Me lo proponía una y otra vez, tras cada fin de semana en que me volvía a atiborrar de callos y de morcilla de arroz frita con cebolla confitada, entre otras cosas. Si tan sólo fuera durante el fin de semana, pero reconocía que durante la semana tampoco me cuidaba lo suficiente. El sábado y el domingo eran el colofón a mis excesos.

Me prometía a mí mismo, además de prometérselo a Marifrán y a Rosario, que el lunes cambiaría mis hábitos, pero llegaba ese día y era incapaz de cumplir. Mi hija estaba bastante preocupada por mi salud. No era una chiquilla cariñosa en exceso. Las carantoñas y los besos y abrazos no eran su punto fuerte. Ella demostraba su amor de otra manera, preocupándose y regañándome cuando me veía hacer algo mal.

—¿Sabes la cantidad de grasas que lleva eso, papá? Tú no tienes sangre en las venas, tú tienes sebo. Cualquiera día te da algo. ¿Por qué no te cuidas? —me sermoneaba airada. Y con toda la razón del mundo.

—No te preocupes que a partir del lunes dejo el tabaco y empiezo a comer mejor —le prometía, compungido.

Lo que nadie comprendía era que mi estómago se había acostumbrado a comer esas cantidades y ese tipo de comida, y darle a probar menos cantidad u otro tipo de alimentos me producía un vacío tal en el estómago que me dolía. Sí, ya lo sé, habrá quien no me crea o que piense que exagero. Para nada. Me dolía de veras. Un dolor agudo y lacerante que sólo conseguía paliar ingiriendo comida.

Dejé a un lado mis pensamientos sobre mi estilo de vida y me sumergí en los vídeos que me eran ofertados desde la pantalla del ordenador. Necesitaba despejarme con algo que no requiriera esfuerzos intelectuales. Sólo quería relajarme.

Me resulta descomunal la cantidad de imágenes y vídeos con este tipo de contenidos que circulan por la red. En muchas de las páginas, y a pesar de haber acotado la búsqueda, tenía infinidad de opciones para elegir. Tantas, que me era imposible decidirme por una en concreto. A mí me gusta más lo natural. Me atraían las películas que disfruté en mi juventud, las que alquilaba a escondidas de mi madre en el videoclub. En las actuales, las actrices no eran naturales. Parecían muñecas de plástico, demasiado perfectas. Todas destilando gran cantidad de silicona y arreglos, más preocupadas por salir perfectas mientras miraban con mirada lasciva a la cámara, procurando ofrecer la mejor pose que impida adivinar un gramo de grasa o celulitis. Los actores, por su parte, mostraban en pantalla sus inmensos aparatos viriles, orgullosos de portar semejantes falos que nunca encogían ni se replegaban como los caracoles en sus conchas. Dignos todos de admiración.

No, yo huía de esas falsedades y las veces que acudía al ordenador en busca de un poco de relajamiento intentaba encontrar naturalidad. A ver, no le hacía ascos a una tetona, pero siempre y cuando fueran un par de tetas de verdad. ¿Qué más me daba que le colgaran debido a la fuerza de la gravedad? Cuando se movían frenéticas, sin ton ni son, me excitaba más y más. Y si era una mujer madura y rellena, me hallaba ante la escena perfecta. Bueno, y si eran dos mujeres, ya ni te cuento. Pero ya no se hacen películas como las de antes. También influye el que estemos tan saturados de imágenes que apenas le damos importancia al erotismo, a los preliminares. Joder, recuerdo cómo me excitaba una chica con una camiseta mojada, sin sujetador, dejando transparentarse unos pezones erizados de frío. ¡Cuántas americanadas no me habré tragado para verlas cuando era apenas un adolescente! Cuando echaba mano de mi manubrio no tenía más que recordar esa escena. Mi imaginación se encargaba del resto.

Ensimismado viendo las sacudidas a las que era sometida la rubia de la pantalla, no me di cuenta de que se abría la puerta del despacho dando paso a Marifrán. Me llevé un buen sobresalto, y saqué al momento la mano de mi entrepierna mientras que con la otra clicaba sin parar, sin haberme despedido siquiera de aquella hermosa beldad, cerrando todas las pantallas.

Respiré aliviado cuando vi que no comentaba nada. Había tenido suerte, y había sido bastante rápido cerrando la pantalla. No me hacía gracia que me pillara viendo aquello, y no por temor a grandes represalias. La mayoría de las mujeres se imaginan que los hombres vemos este tipo de cosas. Antes lo teníamos más complicado. Una revista, una película que alquilabas a escondidas de tus padres, y para la que tenías que esperar a cumplir años, y, lo más importante, irte a buscarla a un videoclub de otro barrio en el que no te conocieran, ni a tu familia. Yo tenía un VHS en mi habitación, y un pequeño televisor, pero vivía atemorizado porque mi madre entrara de repente con cualquier excusa, sin esperar a que yo le diera permiso. Así que solía ver las películas por las noches, de madrugada y con el volumen al mínimo.

Estaba sudando, no tanto por los nervios al entrar mi mujer, sino por mis esfuerzos mientras tocaba la flauta. Le eché valor y salí tras ella. Tenía que hablarle sobre el viaje a Francia, y era mejor hacerlo de una vez y no alargar mi agonía. A veces temía los momentos previos a algo que

tenía que hacer, y cuando acababa enfrentándome no me quedaba más remedio que admitir que me había preocupado en demasía. Si se lo decía con calma, y le proponía un plan alternativo, no tenía por qué enfadarse. Era una mujer bastante comprensiva, y tenía que aceptar que no era una buena idea en esos momentos.

Me dijo que pidiéramos una caldereta de cordero en el restaurante de siempre, por lo que tendría que bajar a por el teléfono y pedirla desde la cocina o el salón. Así que de camino a las escaleras le solté de sopetón lo que pensaba acerca del viaje a Francia. Traté de sonar razonable, y empleé el mismo tono de voz que usaba con los clientes que pretendían obtener una rebaja en los suministros cuando el pedido no era una gran cantidad. Era mi tono de «sé que lo necesitas, pero es imposible con estas circunstancias». Comprensivo a la par que firme en mi negativa, no sé si me explico. Por mi trabajo estaba más que acostumbrado a tener que hacer frente a situaciones en las que son necesarias una buena dosis de diplomacia.

De todas formas, se lo solté de corrido y me volví hacia las escaleras, aspirando el aroma de la deliciosa caldereta que disfrutaríamos en unos cuarenta y cinco minutos. Ya casi podía saborearla. Siempre la encargábamos en el «Bar español», de los mejores de Plasencia.

Apenas había bajado el primer escalón, cuando noté un empujón en la espalda. Me volví, asombrado, y me encontré ante la preocupada cara de Marifrán. La pobre había trastabillado y se había dado contra mí. La tranquilicé, y le dije que no temiera, que no había pasado nada. Ni siquiera me había movido del sitio.

En fin, que alguna ventaja ha de tener el estar un poco pasado de peso. Aun así, sabía que debía perder kilos. No quería que mi familia lo pasase mal por mi salud. Y Marifrán no merecía estar intranquila por mi causa.

El veneno de ella.

A medida que pasaron los días, lejos de desistir continuaba en mi empeño. No fue un arrebato lo que me dio. Años atrás, la intención que tuve al empujarle por las escaleras me hubiera asustado. Debería haberme hecho sentir culpable y arrepentida. No estábamos hablando de un tortazo en la cara, era algo mucho más grave.

Recuerdo a mi hermana llorar cada vez que moría una de las numerosas mascotas que tuvimos en nuestra infancia. Por nuestra casa pasaron hámsteres, tortugas, peces de colores y canarios. Menos perros y gatos, cuidamos de todo tipo de animales. Cada vez que encontrábamos a uno sin vida, era un drama en casa. Mi madre juraba una y otra vez que no entraba ningún animal más, pero era inútil. Al poco, una nueva criatura de futuro incierto ocupaba su lugar en el cuarto que ambas compartíamos.

Yo no comprendía por qué pasaba tan mal rato. Trataba de consolarla con torpes palabras, pero tampoco es que lograra entender su estado. ¿Estaría ya condicionada a pensar como lo hacía en esos momentos? Nunca dañé una sola de las mascotas de mi hermana, aunque tampoco es que me molestara en cuidar de ellas. Quiero decir con esto que, si ella olvidaba darles de comer, tampoco es que estuviera pendiente de darles yo o recordárselo. Me eran indiferentes.

No me consideraba mala persona. Jamás he deseado el mal a nadie. No, definitivamente no lo era. Quería a mis hijos con locura, no era una mala madre. Y a Lorenzo también lo quise, y mucho, pero más me quería a mí misma. En esos momentos mi marido se había convertido en un estorbo. Yo tenía derecho a vivir otra clase de vida, sin él. Y no tenía por qué renunciar a todo lo que poseíamos. Aquello había ayudado a levantarlo yo. También aporté el dinero que gané cuando trabajaba, y luego fui la encargada de llevar la casa adelante, de cuidar de los niños y de él. Nunca le faltó un buen plato de comida, ni su ropa limpia y dispuesta. ¿Por qué tenía que sacrificarme a perder parte de ese patrimonio? Yo le apoyé con mi esfuerzo a salir adelante, y un divorcio me privaría de muchas cosas a las que no estaba dispuesta a renunciar. Para empezar, nuestro régimen económico era de separación de bienes. Lo habíamos decidido así porque Lorenzo había adquirido la ferretería que fuera de su padre, pagando a su madre y hermano la cantidad que les correspondía de acuerdo con la proporción de lo heredado. Dentro de sus planes estaba el ampliarla y convertirla en una empresa de suministros con el tiempo, cosa que había logrado con los años. El abogado había aconsejado que no rigiéramos nuestro matrimonio por un régimen de sociedad de gananciales, pues en caso de quiebra las deudas nos alcanzarían a los dos. Era preferible hacerlo así por si las cosas no iban como era de desear. Yo en ese momento no opuse reparo alguno. Estaba enamorada, y confiaba plenamente en el que se iba a convertir en mi esposo. ¿Cómo podía pensar en separaciones o divorcios si nos queríamos con locura? Si era mejor mantener ese régimen matrimonial, pues adelante. ¿Acaso no íbamos a estar unidos para siempre?

Una pensión compensatoria no me satisfaría, pues me consideraba merecedora de mucho más. Tendría que renunciar a muchas cosas a las que no estaba dispuesta. No lo consideraba justo después de una vida dedicada a todos ellos. ¿Dónde iba a ir? Ni siquiera había tenido la oportunidad de realizarme como mujer independiente. Hacía años que no trabajaba, y por mucho

que me negase a aceptarlo, debía reconocer que ya era tarde para buscar una vida profesional, fuera de la casa. ¿Qué experiencia laboral tenía? Sabía cocinar, limpiar, cuidar de los niños, planchar, lavar...Sí, muchas cosas, pero ninguna útil salvo que me dedicara al servicio doméstico. Un par de años como administrativa y mi título habían quedado obsoletos en un mundo en el que en parte seguía siendo joven para muchas cosas, pero mayor para otras. Nadie me contrataría habiendo gente mejor preparada y con idiomas. Todo eso hacía que me sintiera frustrada, una sensación que me atormentaba.

Cuando él desapareciera de la faz de la Tierra, yo habría cumplido con mis votos matrimoniales: «Hasta que la muerte nos separe». Sólo me quedaba hacer que nos separara pronto.

Ahora venía la parte complicada. ¿Cómo hacerlo? Debía andarme con mucho cuidado para salir impune y no levantar la menor sospecha. Sólo se me ocurría una de las ideas más viejas, casi tanto como podía serlo el mismo hombre: el veneno. Sabía por un artículo que había leído que era el método más usado por las mujeres. Suponía por qué. Las mujeres debemos usar otras artimañas que no precisen del uso de la fuerza física, que por lo general es menor que la que pueda tener un hombre y, por otro lado, ellos se mueven por impulsos y por eso son fáciles de capturar. No razonan ni piensan las consecuencias de los actos como podemos hacerlo nosotras. Sí, seremos más sentimentales y lloraremos más, pero cuidadito como se nos atravesase alguien por el camino. Tenemos una capacidad de raciocinio y una frialdad que son necesarias para mantener la calma y salirnos con la nuestra. Bueno, así es como me veía yo al menos en esos momentos. Una mujer calculadora e inteligente.

Debía tener paciencia. Las cosas hay que planificarlas sin dejar un detalle al azar. Por eso me decanté por veneno o barbitúricos. Quería emplear un método que le provocara una muerte rápida que, por otro lado, pudiera pasar por natural. Necesitaba documentarme bien antes de actuar.

Si conseguía pasar la muerte de Lorenzo por un infarto, lograría evitar la autopsia. Tenía entendido que, si no se sospechaba que el fallecimiento lo fuera por causas criminales, la autopsia clínica no tenía tampoco por qué realizarse. Contaba con una gran ventaja: los antecedentes de Lorenzo. Su padre había muerto de un infarto, y por otro lado Lorenzo cumplía todos los requisitos necesarios para que su corazón se cansara de latir, rodeado de grasas saturadas como se hallaba. Todo ello regado con la vida sedentaria que llevaba y los apestosos puros que se fumaba.

Su currículum de la salud lo convertía en el candidato idóneo para ocupar un puesto en el cementerio, bajo tierra. Me disculpé a mí misma pensando en que lo único que hacía era acelerar el proceso que llevaría, con o sin mi ayuda, a un resultado.

Me decanté por mezclar sedantes con alcohol. Hacía años que me los recetaban ante mi dificultad para conciliar el sueño. Había leído en el prospecto que si se mezclaban con bebidas alcohólicas aumentaban el riesgo de infarto. Si finalmente al fallecer le hacían una necropsia y descubrían que había ingerido esas pastillas, podría argumentar que él mismo me había pedido unos sedantes para conciliar el sueño, agobiado por el trabajo. Tendría las espaldas cubiertas, y nadie podría sospechar de mí. Jamás discutíamos a voz en grito, y nuestros propios hijos, la familia, amigos y vecinos así lo atestiguarían. No existían terceras personas por parte de ninguno, al menos así lo pensaba. No quedaba ningún cabo suelto.

Cada vez me entusiasmaba más la idea, y ansiaba que llegara el puente de la Constitución y la Inmaculada para poder llevarlo a cabo. Era el mejor momento, pues si los chicos venían a casa me servirían como coartada. Su testimonio sería clave. Sus padres se llevaban bien, y se querían muchísimo. «No, mi madre adoraba a mi padre, y estaba muy preocupada por su salud. Siempre le

regañaba por no cuidarse y no dejar de comer grasas».

Antes de nada, tendría que comprobar que me quedaban suficientes píldoras, y que éstas eran tan potentes como para que surtiera el efecto deseado. Consternada, comprobé que apenas me quedaban dos. En los últimos tiempos había alternado temporadas en las que podía dormir a pierna suelta tomando un simple vaso de leche caliente, con otras en las que necesitaba tomar un somnífero para poder descansar, e incluso dos. No me quedaba más remedio que sacar cita con el médico lo antes posible, antes de que llegara la fecha que me había propuesto para el comienzo de mi nueva etapa.

Hacía días que no veía ni hablaba con Raúl, desde el encuentro que tuvimos en su casa. Me sentía incómoda, y no sabía cómo reaccionaría cuando lo viera. Pero tampoco me podía esconder eternamente. Me gustaba ir al gimnasio, lo necesitaba. Sí, había más recintos, pero no tenía por qué renunciar a aquel espacio que tanto me gustaba y al que tanto tiempo llevaba acudiendo. Me sentía a gusto allí.

Bueno, al menos él no se podía imaginar las esperanzas que mi mente había proyectado sobre una aventura amorosa en la que ambos éramos los protagonistas.

¡Dios mío! En más de una ocasión me había dormido imaginándonos mientras vivíamos tórridas escenas de amor: nuestros cuerpos sudorosos después de haber compartido momentos íntimos, gozando el uno del otro, haciendo con él lo que nunca permití siquiera insinuar a mi marido. Me había llegado a despertar completamente excitada a la par que dolorida al ver que no era Raúl el que estaba tendido a mi lado para hacer realidad esos sueños. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara ahora, tras el chasco que me llevé?

De acuerdo, él ni siquiera había llegado a figurarse lo que había despertado en mí. Su comportamiento conmigo, su forma de tratarme y halagarme me había hecho crear un mundo que sólo existía en mi cabeza. Era yo la que tenía el problema, la que no sabía dónde esconderse cuando lo viera después de lo que habíamos hecho juntos en el único apartamento del edificio quimera, situado en la calle de mi mente.

Deseché esas ideas y me centré en lo que realmente importaba en esos momentos. Ya había solucionado el primer paso de mi plan, sacando cita con mi psiquiatra, al que me había derivado mi médico de cabecera años atrás, pues asociaba mis problemas para conciliar el sueño con una depresión ante la marcha del hogar de mis hijos, algo muy normal, según me dijo en su momento.

—La gente suele pensar que al psiquiatra sólo van los que tienen problemas graves de salud mental, y no es así. A veces necesitamos que nos oigan, que nos apoyen, que nos ayuden personas ajenas al entorno familiar. Aportan un punto de vista objetivo que es necesario. Y lo necesitas, Marifrán. La marcha de tus hijos, la cercanía de la menopausia...son demasiadas cosas, y la caída de hormonas afecta más de lo que te imaginas. —me dijo, en un intento de hacer cambiar la expresión alarmada de mi rostro —Hay un equipo muy bueno en «Luis de Toro», el Centro de Especialidades que está en la avenida de la Salle. Allí sabrán ayudarte. Ya verás cómo va a ir todo estupendamente.

No se había equivocado en absoluto. Me tocó en suerte un joven doctor amable y atento, que me oía las veces que abría mi alma, lo cual no solía ocurrir siempre. Había ocasiones en las que yo permanecía en silencio, incapaz de pronunciar palabra. Me negaba a hablarle de ciertos temas que eran demasiado íntimos. Eran míos y punto. Y me avergonzaba que alguien más los supiera. Me imaginaba al psiquiatra comentando con su esposa o con su grupo de amigos, mientras tomaban unas copas, las inquietudes de una cuarentona, muy cercana a los cincuenta, de clase media-alta y aburrida.

«Ahora que parece tenerlo todo, se ha dado cuenta de que realmente le falta lo esencial: saber quién es de forma individual. Es madre, esposa, compañera...pero ahora que los hijos se han ido, quiere saber quién es y qué quiere. Y para colmo de sus males, el marido no se acuesta con ella. Prefiere hacerlo de manera virtual» le diría a su atenta reunión, ávida de chismes.

No, los detalles más morbosos de mi vida no iban a ser compartidos en público. Por mucho secreto y deber profesional que conllevara esa profesión, no podía evitar pensar que no era realmente así. Bajo las promesas de «que esto no salga de aquí» y «no digo nombres» en sus reuniones, mi caso sería espolvoreado por ahí. Ciertamente, no sabrían que era yo, la mujer que espera tras ellos en la cola del banco o que se sienta a su lado en la peluquería, pero mi historia circularía. O no, lo mismo era mi imaginación divirtiéndose a mi costa. Seguro que habría historias mucho más interesantes que la mía. Y, por otro lado, ese hombre se pasaba todo el día oyendo a pacientes. Sería más lógico pensar que cuando llegara a casa quisiera desconectar, y no seguir recordando cada detalle que le había sido revelado por ellos.

El caso es que necesitaba ver al doctor si quería conseguir las dichas pastillas. Para ello debía alegar insomnio, cosa que realmente era cierta. Hacía días que no lo lograba conciliar el sueño. Cuando se fue Lorenzo al trabajo, me levanté y me arreglé. La consulta estaba cerca, apenas eran doce minutos andando. Sólo pude tomarme una taza de café, no me apetecía comer nada. Salí y cerré la verja, teniendo mucho cuidado de no hacer ruido, pues oía a Angelines trajinar en su casa, en el patio delantero.

Encontrarte con ella era perder al menos veinte minutos de tiempo, oyendo historias y cotilleos que no me interesaban. Si no tenía nada que contar, lo cual era muy difícil, intentaba sonsacarte a ti algo. Que si dónde vas, que hace días que no te ve, que cómo están los chicos, cómo le va el negocio a Lorenzo con la crisis que nos está cayendo...Tan ocupada como decía estar siempre, y sin embargo tenía tiempo para llevar su vida y la de todos los demás. Era una persona que no comprendía las indirectas que solía argüir para deshacerme de su presencia. Bueno, ni las indirectas ni las directas, porque más claro no se lo podía decir.

Atravesé la calle Cardenal Siliceo y enfilé hacia la alegre avenida Juan Carlos I, donde se halla la Torre Lucía, la única torre defensiva que queda en pie en la muralla. Me gustaba mucho pasear por allí, admirando las construcciones que han aguantado en pie durante siglos, pese a que no se contaba con los adelantos y materiales que se emplean en la actualidad. Me parecía digno de admiración. Pensaba sobre todo en las personas que lo hicieron posible, los que con sus manos levantaron tantos castillos y edificaciones que han perdurado a través de los siglos, superando sin apenas daños las catástrofes naturales y las guerras.

Ensimismada, me sobresalté al oír el sonido de mi teléfono. Me pareció que pasaba una eternidad hasta dar con él, en el fondo de mi bolso. Miré la pantalla y no pude evitar mirar a mi alrededor, como si me estuvieran observando. Era Raúl.

Me debatí durante unos instantes entre contestar o no. Finalmente, deslicé mi dedo por la pantalla hacia la tecla verde. Era una tontería y tarde o temprano tendría que hablar con él. No hacerlo no haría más que dejarme en evidencia.

—¿Sí? —respondí, como si no supiera de sobras quién era.

—¡Hola, chica! ¿Cómo estás? Te escribí ayer un mensaje, y como no me has contestado, he decidido llamarte. ¿Estás bien? Hace días que no te veo.

—Hola, Raúl. ¿Qué tal? Vi tu mensaje, pero iba a contestarte más tarde y al final lo olvidé. Lo siento —improvisé, en un intento de parecer casual y no afectada por mi ansiedad, como de veras me hallaba. —He estado un poco acatarrada, por eso no he ido al gimnasio. Precisamente me

pillas de camino al médico. Espero poder ir ya el martes, porque el festivo del sábado por el día de la Inmaculada, lo pasan al lunes.

El martes, realmente, esperaba no ir. Para entonces ya sería una afligida viuda, y debería pasar un tiempo prudencial antes de dejarme ver de nuevo por sitios públicos y de ocio. ¿Sería suficiente con un mes de enclaustramiento? Ya no era como antes, cuando la mujer que se quedaba sin marido debía hacer vida monacal durante años. Los tiempos habían cambiado y ya ni el luto era preceptivo en ese estado civil, cosa que agradecía, pues el negro no me sentaba muy bien, salvo que fuera acompañado por festivos complementos y un maquillaje favorecedor.

Debía volver a la relación que había tenido con Raúl, me costase lo que me costase, pues no había por qué perder a un buen y fiel amigo tan sólo por un malentendido. Ante todo, habíamos sido amigos, habíamos compartido muchas confidencias, y el mero hecho de que mi descomunal imaginación me hubiera jugado una mala pasada no era óbice para que nuestra amistad siguiera su rumbo.

Me despedí de él con mucho más ánimo del que había tenido días atrás. Una alegría que debía transmutar en aflicción si quería que mi médico me recetara los ansiados medicamentos que tanto necesitaba.

Apenas una hora después. Ya estaba en casa con los somníferos. De camino a casa había parado en la farmacia, donde los adquirí sin dificultad gracias a la receta. La parte más fácil de mi plan ya estaba hecha. Ahora sólo quedaba elegir el momento idóneo para poder terminarlo. A esas alturas era capaz. Me sentí extraña cuando me percaté de que por mi parte lo haría en esos mismos momentos, en cuanto Lorenzo llegara a casa. Tuve que respirar hondo y obligarme a esperar. La impaciencia no era una buena compañera, pues mis ansias podían adelantar tanto las cosas que todo se vendría abajo. No, debía calmarme y actuar de acuerdo con lo que yo misma había decidido. Era difícil mantener la calma, no tener a nadie con quien compartir esa angustia. Pero era necesario que fuera así.

El miércoles por la tarde llegaron mis hijos de Badajoz, en el tren. ¡Me dio tanta alegría verlos! A Federico lo había visto el fin de semana anterior, pero a Rosario no la veía desde hacía varios fines de semana. No me cansaba de abrazarlos ni besarlos, pese a la resistencia de mi hija, a la que parecían incordiar mis muestras de cariño.

—Mamá, de verdad que no sé qué harás cuando me vaya el año que viene a Italia —me dijo Rosario mientras intentaba zafarse de mí.

—¿A Italia? ¿Qué se te ha perdido allí? —le respondí, confusa.

—¡Como si no lo supieras! Ya te dije que me voy de Erasmus el año que viene. ¿Es que no te quedó claro lo que es? Que me voy nueve meses con una beca, y la ayuda de papá, claro, porque con lo que dan no me llega...

—¿Nueve meses? —pregunté aturdida.

—Sí, ya vendré en Navidad y luego hasta el verano.

—E iré yo a verte —repliqué.

—Sí, lo que me faltaba era teneros a papá y a ti allí cada dos por tres. Mamá, que voy a estudiar, no a hacer turismo.

No se me había pasado por la cabeza el no mencionar a Lorenzo. De todas formas, pasó desapercibido e igualmente hubiera salido airosa. «No, no contaba con que tu padre fuera porque seguramente tendría que trabajar», habría dicho. Y teniendo en cuenta que había vetado nuestro viaje a Francia preocupado por los atentados terroristas, dudaba mucho que viera bien que nuestra hija estuviera fuera durante nueve meses. De cualquier modo, para entonces poco podría decir,

pues llevaría casi un año enterrado.

Decidí echarle el medicamento el sábado. Era el día en que se relajaba más y se tomaba su buena copa de güisqui. Los chicos saldrían después de cenar, como solían hacer cuando estaban en casa. Nos quedaríamos los dos a solas y a provecharía para echar el contenido de las píldoras en la copa. Después tendría que lavar a fondo su copa y la mía, pues yo también me permitía tomar algo los sábados por la noche. Confiaba en que durante la noche hicieran efecto las píldoras. Tenía que abrir las cápsulas con mucho cuidado, verter el contenido y tener la esperanza de que se disolviera y no diera un extraño sabor. Las cápsulas vacías las tiraría en la chimenea, que ya estábamos encendiendo, cuando no se diera cuenta. Quedaría todo atado.

El sábado cenamos temprano. Rosario y Federico habían quedado con sus amigos, y pese a que los pubs y discotecas abrían tarde, tenían que arreglarse.

Resultaba curioso que Federico tardara en vestirse y prepararse prácticamente el mismo tiempo que su hermana. Y eso que ella debía maquillarse y peinarse. Él también tenía que decidir qué ponerse, ducharse y arreglarse, de tal modo que el cabello le quedase informal pese a haber estado bastante tiempo frente al espejo retocándose el pelo mechón a mechón.

Al fin salieron, como siempre sin decir a qué hora regresarían. No me preocupaba mucho, porque ninguno de los dos salía sin su teléfono móvil, que se había convertido en una extremidad más de la mano, junto con los dedos. Aunque, por otro lado, llevar el teléfono no era sinónimo de responder a las llamadas de su angustiada madre preocupada por la hora de llegada.

Ya tenían una edad y debía acostumbrarme. Nunca habían hecho locuras ni me habían llamado la atención por ellos. ¿Bebían? Seguramente. Yo también lo hice en mi época, pero ellos hasta ahora no habían llegado borrachos a casa. Tampoco cogían el coche, y dudaba mucho que se subieran en el de alguien y mucho menos si había consumido bebidas alcohólicas o drogas.

Eso no les privaba de mis pesadas charlas recordándoles que debían ser responsables. No podía evitarlo. Mientras daba la charla de turno evocaba las que nos dirigían mis padres, sobre todo mi madre, a mi hermana y a mí. ¡Y pensar que en aquella época mi madre me parecía una pelmaza! Tenía que asumirlo, ahora la plasta era yo.

Me serví un gin-tonic con hielo y unas rodajas de limón que había puesto a enfriar en la nevera, y me ofrecí a servirle una copa de güisqui a Lorenzo. Saqué las bebidas del mueble-bar del salón y me las llevé a la cocina, con la excusa de servir las en las copas con hielo.

—Tráete la hielera aquí, así no tienes que dar tantos viajes, cariño. —me dijo, solícito.

—No pasa nada, no me molesta. Lo prepararé allí y ya me traigo la bandeja con todas las cosas —respondí, intentando sonar razonable pese a los nervios que me hacían temblar.

Había tomado la precaución de sacar el contenido de las píldoras y envolverlo en una servilleta. Las cápsulas vacías se hallaban en el bolsillo de mi bata, preparadas para ser echadas a la chimenea en cuanto tuviera ocasión.

No sabía qué cantidad sería necesaria para que Lorenzo acusara los síntomas que le llevaran a una muerte cierta, por lo que para asegurarme vacié en su copa el contenido de diez cápsulas. Afortunadamente para mí, se disolvieron sin problemas tras removerlo con mucho cuidado. No debían quedar posos sospechosos que le hicieran desechar su bebida, aunque aún quedaba la prueba de fuego, que era la del sabor.

Tuve una inspiración y acompañé las bebidas de un platito con frutos secos y otro con gominolas, tal y como solía hacerse en los *pubs*. Las chucherías solía guardarlas en uno de los armaritos de la cocina, junto a las chocolatinas, para cuando nos visitaba nuestra ahijada de cinco años, hija de un primo de Lorenzo.

Me presenté en el salón con la bandeja, que deposité en la mesa de centro. Lorenzo me dio las gracias con una sonrisa, y se encendió uno de sus puros antes de dar el primer sorbo a su bebida, en tanto yo lo miraba impaciente.

Al fin dio un breve trago, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa, Loren? —le pregunté, disimulando mi ansiedad, mientras intentaba concentrarme en una revista de moda.

—No sé. Me sabe un poco amargo el güisqui. ¿Cuál me has puesto?

—El de siempre, claro. Pero no me extraña que te sepa mal si te lo tomas acompañado de esos puros. Habrás perdido el gusto y el olfato. No sé qué placer le encuentras a esos tubos apestosos.

—Me deja un regusto raro, pero tampoco es que esté malo. Será otra vez la dichosa acidez, que se me sube a la garganta. ¡Bah! Los frutos secos me lo quitarán, no te preocupes. También me lo quitaría un trozo de tarta al güisqui —sonrió maliciosamente.

—Está bien, iré a ver si queda en el congelador. No tienes remedio —dije, al tiempo que me levantaba. Me convenía disimular el sabor de las dichas pastillas. Volví de la cocina con un enorme trozo de tarta servido en un plato llano y se le puse en las manos, con la esperanza de que comenzara pronto a comer y se le pasara el amargor.

Siguió bebiendo, fumando y comiendo tarta y frutos secos, todo a la vez, bajo mi maravillada y atenta mirada. Desde luego tenía mérito el poder mover la mandíbula de esa manera.

Se bebió hasta el último sorbo de su copa, mientras que yo aún no había podido terminar con la mitad de la mía. Al levantarse se tambaleó un poco.

—Cielo, me voy a la cama. Estoy muy cansado —dijo con la lengua pastosa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, creo. Es sólo que...no sé, creo que he bebido demasiado rápido y no me ha sentado bien. He fumado de más también. Voy a echarme arriba. Deja eso, mañana te ayudo a quitarlo —me dijo al ver que empezaba a recoger.

—Esto lo quito en un momento. Sabes que no me gusta dejar las cosas sin recoger. Enseguida subo.

Terminé de quitar las cosas y tiré los envoltorios vacíos de las píldoras a la chimenea. Esperé a que se quemaran del todo y no quedara rastro de ellos. Luego lavé las copas a conciencia y subí. Entré sin hacer apenas ruido en el baño de nuestro dormitorio y me quité la bata. Me cepillé los dientes y me acosté.

Oía su respiración fatigosa, más que de costumbre. Había momentos en los que creía que había dejado de respirar. Al ronquido en ascendente solía seguir un resoplido, pero algunas veces el bufido posterior no se dejaba oír, lo que me hacía pensar que el momento había llegado y que Lorenzo había fallecido. Cuando ocurría, lo sacudía un poco para ver su reacción, y desencantada comprobaba que seguía respirando.

Agotada tras varios días de angustia, caí rendida y me dormí. Me desperté sobresaltada cuando me dio la luz del sol en la cara.

El veneno de él.

El sábado por la noche apenas pude descansar. Tenía un dolor de estómago terrible, como si me hubieran puesto un peso encima. No importaba de qué lado me pusiera, aquellas molestias no se iban. No era la primera vez que me dolía el estómago después de una buena comilona, o cuando había bebido más de la cuenta, pero se me solía pasar tras tomar un antiácido. Había estado deseando que llegaran esos días de fiesta para poder descansar en casa y disfrutar de mis hijos, y mis planes se iban a ver truncados por culpa de aquellas molestias.

Me levanté temprano, cuando me percaté de que era inútil seguir acostado. Al ponerme en pie me tambaleé mareado, y tuve que apoyarme un rato en la pared, hasta que se me pasó. No quise despertar a Marifrán. La pobre parecía muy cansada, y bastante se quejaba de mis ronquidos como para preocuparla con mi indisposición. Como pude alcancé el baño, aquejado por unas fuertes náuseas. Llegué justo a tiempo de soltar un torrente de vómito oscuro, tras una tremenda arcada que me dejó el hígado como si una mano desde dentro me lo hubiera retorcido. Un sudor frío y desagradable me corría por la espalda, y me dieron escalofríos.

Cuando terminé de vaciar mi maltrecho estómago me sentí mucho mejor. El vahído desapareció y me fui recuperando. Me enjuagué la boca y bajé a la cocina. Aún tenía molestias en el vientre, y decidí llamar a mi madre para que me aconsejara qué podía tomar. Nadie como ella para saber qué remedio era el más indicado para cada situación.

Media hora después, llamaba a la puerta. Venía cargada con un termo de manzanilla con miel y limón, y una fiambarrera con sopa de pollo que había hecho el día anterior.

—Lorenzo, hijo, te tengo dicho que es muy importante la comida. No puedes tomar cualquier cosa. Por más que un bote de cartón, de esos que tanto le gusta comprar a tu mujer, diga que es sopa casera de pollo, no te lo creas porque no es así. ¿Vas a comparar mi sopa hecha con un buen pollo, sus zanahorias y sus puerros con esa porquería? ¡Vamos, hombre! Ayer estuvo tu hermano en la casa con Cecilia y los niños. ¡Qué te digan ellos lo rica que está la sopa!

—Eso fue una vez, mamá. A Marifrán le gusta cocinar, y lo hace muy sano. Soy yo el que no paso por el aro... —le dije a mi madre, tratando de exculpar a mi mujer.

No quería que de nuevo saltaran chispas entre ambas, y mucho menos acercándose la Navidad. Me tocaba para esa fecha apaciguar los ánimos entre las dos, pues ambas tenían mucho carácter y querían imponer sus menús y recetas.

Mi madre me sirvió la manzanilla, y se preparó un café y unas tostadas para ella, ante mi lastimera mirada. Admiraba su figura. No entendía cómo podía estar tan delgada con todo lo que comía. Estaba claro que yo había heredado el lento metabolismo de mi padre. A los dos nos pasó lo mismo. Tras una juventud en la que las calorías se consumían a la par que entraban en nuestro cuerpo, habíamos pasado a engordar en un breve espacio de tiempo de una manera alarmante.

Mi madre había desayunado antes de salir de casa, y se estaba preparando un nuevo desayuno. El olor de las tostadas untadas con mantequilla Lorenzana me hizo salivar. Intenté convencerla de que ya me hallaba mucho mejor, pero no hubo manera. Me dijo que debía estar a dieta blanda hasta que expulsara todo lo que llevaba dentro.

—No te puedes confiar. Te puede sentar mal, y si vuelves a vomitar lo que tenemos que hacer

es ir al médico —dijo mi madre.

—¡No! —la voz de mi esposa nos sobresaltó a los dos. Estaba en la puerta de la cocina, apoyada en el marco, con los ojos tan abiertos que parecía que de un momento a otro se le iban a salir de sus órbitas.

—Cariño, ¿qué ocurre? —le pregunté, extrañado al verla así.

—No es necesario que vayas al médico por una simple indigestión. No merece la pena que esperemos durante horas a que te atiendan en urgencias, y todo para mandarte lo que ya sabemos: dieta blanda y reposo —dijo Marifrán.

Me preocupé al verla tan pálida y desarreglada. Estaba despeinada, y bajo sus ojos lucían oscuras manchas. Temí que estuviera enferma también.

—Tienes muy mala cara. No me digas que esto es un virus. ¿Has vomitado? —le pregunté, preocupado.

—No, es que has estado dando muchas vueltas esta noche y no he podido dormir bien. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, vomité y sentí un gran alivio. Ya estoy muchísimo mejor, de verdad.

Marifrán asintió. La pobre estaba intranquila al verme así. Musitó unas disculpas y subió a la habitación para cambiarse, no sin antes darme un beso y preguntar a mi madre si se quedaba a comer.

—¿Qué se ha hecho en el pelo? Desde luego, una señora casada y con la edad que tiene no debería ir así. Se creará que va muy *guapina* ella —comentó mi madre apenas había salido mi mujer de la cocina.

Me llevé el dedo a los labios, indicándole que guardara silencio. Dos de las mujeres que más quería en mi vida parecían disputarse mi amor. La que me dio la vida, y la que me dio a mis hijos y su amor. Difícil elección. No podría decantarme por ninguna de las dos, pues a las dos las amaba con locura, por lo que siempre optaba por mediar en cualquier disputa. No me gustaba tomar partido por una mientras que la otra me miraba dolida, pero había veces en las que no me quedaba más remedio. No siempre podía haber empate, y tenía que dar la razón, con suavidad, a una de las dos. La mayoría de las veces salía ganando mi madre. A ella la veía menos, y si se enfadaba me arriesgaba a que no pasara por casa durante semanas.

Dejé a mi madre trajinando en la cocina, rebuscando en los armarios. Había decidido preparar el almuerzo y no había nada que hacer contra ello. Decidió que la sopa de pollo fuera para mí mientras que improvisaría algo para los demás. Yo me figuraba en qué consistiría el menú, y sólo de pensarlo se me hacía la boca agua. Lo más seguro era que preparase una sartenada de patatas y pimientos fritos. Quizás hiciese una sopa de cebolla de primero. Hiciera lo que hiciese y conociéndola, estaría delicioso. La despensa estaba llena, ya que no hacía mucho que habíamos ido a la compra, y en el congelador había solomillos que pensábamos hacer el lunes, pero mi madre siempre se ha apañado con pocos ingredientes para hacer verdaderas obras de arte culinario. Platos contundentes y sencillos a la vez que de un sabor extraordinario. Eso sí, siempre ingredientes de gran calidad, comprados día a día en el mercado, nada de grandes superficies.

Pasé por las habitaciones de los chicos, y ambos tenían las puertas cerradas. Seguramente hacía un rato que se habían acostado. Sonreí, feliz de tenerlos en casa, y entré en mi habitación, para coger una muda limpia y ducharme.

Marifrán estaba tendida en la cama sin hacer, llorosa y con el pelo corto revuelto. La llamé suave, dos veces, y viendo que no me contestaba, me acerqué y la sacudí un poco.

Dio un respingo, asustada, y al fin fijó la vista en mí.

—Creo que estás enferma, cielo. Tienes muy mala cara. Voy a llevarte al médico —le dije, mientras le acariciaba el pelo.

—¡Déjame! No necesito ir a ninguna parte. Sólo quiero estar un rato a solas. Dúchate y ve con tu madre, ya bajaré yo.

No le dije nada más y la dejé allí sola. Cuando se ponía así, era mejor no incordiarla y olvidarse del asunto. Me di una larga ducha con agua templada que me sirvió para despejarme del todo y sentirme mucho mejor, lejos del malestar de apenas unas horas antes. El dolor de estómago casi había remitido del todo, dejando tan solo un leve resquemor que, estaba seguro, se me pasaría en cuanto comiera algo caliente. La cabeza, sin embargo, la notaba muy pesada. Lo achaqué a no haber descansado bien, y pensé que un paseo me vendría bien. Me despedí de mi madre y de mis hijos, que ya se habían levantado y salí.

El aire olía a humedad, y estaba muy nublado. Me alegré de que hubiera refrescado, ya estaba bien de pasar tanto calor, y sobre todo si pensaba salir a andar. Estaba seguro de que me sentiría mucho mejor tras caminar un rato, pero hubiera preferido que Marifrán me acompañase. Hacía mucho que no salíamos los dos solos a pasear, cogidos del brazo, como hacíamos antes. Me tenía muy preocupado. Estaba muy extraña últimamente, y yo, a pesar de mi amor por ella, me sentía incapaz de ayudarla por la sencilla razón de que no sabía cómo hacerlo. Todo le sentaba mal, por más tacto que tuviera con ella. ¡Mierda! Yo también echaba de menos a los niños, y al igual que ella, temía al futuro. Tenía miedo de lo rápido que había pasado el tiempo, y de haberme encontrado, casi de repente, en la cincuentena. No iba a volver a tener veinte años, ni treinta ni cuarenta. Jamás. ¿Hubiera vuelto a aquellos años en los que no sabía si saldríamos adelante con el negocio? Pues tampoco lo sé. La calidad de vida que teníamos en esos momentos había costado lo suyo: muchos sacrificios y noches sin pegar ojo estando a un tris de mandarlo todo a tomar viento. Y a ellos, a mis hijos y mi mujer, los había tenido al margen de mis preocupaciones para que no sufrieran. Yo era el cabeza de familia, dependían de mí y no podía fallarles. Cuando Fede había necesitado aparato para los dientes, lo tuvo, sin que mi cara reflejara en ningún momento que aquellos meses todo iba bastante flojo, y teníamos que hacer frente al pago de la casa. Cuando Rosario quiso una bicicleta nueva, la tuvo, aunque no se conformaba con una cualquiera y yo estaba pendiente de unos pagos. Las cosas mejoraron, y yo les seguía dando todo.

Anduve por la calle Rey, admirando sus escaparates. Es una calle estrecha, pero siempre me ha relajado pasear por allí. Echaba tanto de menos los paseos por el casco antiguo con Marifrán. Ambos apreciábamos cada rincón, cada detalle de la arquitectura de tan mágica ciudad. Teníamos una especie de juego en el que imaginábamos quiénes habían ocupado aquellas casas siglos atrás y cómo había sido su existencia.

Aquel día no había tanto trasiego de gente por la calle. Algún que otro turista tomaba fotos de los edificios, admirándolos. Era domingo y estaba todo cerrado. Salí a la Plaza Mayor y entré en una cafetería donde me tomé un café con leche, que me sentó muy bien. No quise arriesgarme con una tostada, para no tentar demasiado a la suerte, aun cuando no sentía apenas molestias. Para mí fue un esfuerzo mayúsculo, pues me rodeaba gente disfrutando de su desayuno, y el embriagador aroma del pan caliente atravesaba mis fosas nasales, tentándome. Consideré pedir cita con mi médico. Recientemente me había hecho un chequeo, pero no quería arriesgarme. Tal vez tuviera una úlcera de estómago, y si era así, cuanto antes se detectara, tanto mejor. Debía empezar a cuidarme, de eso no me cabía duda, y esa vez iría en serio.

«Lo de esta noche ha sido un aviso. Es hora de poner remedio. Bueno, a partir del lunes», me dije. Pagué y regresé a casa.

Cuando llegué, mi madre seguía en la cocina, disponiendo el almuerzo. Marifrán estaba en la sala de estar, tomando una de sus tisanas saludables. Las tenía de todo tipo: para relajarse, para ir al baño, para dormir bien, para desintoxicarse de los excesos... Estuve a punto de comentarle mis buenos y saludables propósitos, pero desistí. Mejor le daba una sorpresa. De todas formas, si se lo decía no me iba a creer, pues no sería la primera vez que se lo había prometido. Le di un beso en la nuca y me senté a ver el canal de deportes.

Mi madre se fue después de comer. No consintió en que la lleváramos a casa y cogió un taxi. Habíamos estado un poco tensos mientras comíamos, y a ello no había ayudado el humor sombrío de mi mujer. Mi madre fue educada bajo preceptos distintos a los nuestros, pero es que antes la vida era así. Hoy día puede causar asombro ciertas reacciones ante determinados hechos que forman parte de nuestra actualidad. A muchas personas de la época de mi madre les resulta chocante que las mujeres desempeñen ciertas actividades que, tradicionalmente, han sido ejercitadas por hombres, y lo mismo ocurre en el caso contrario.

El caso es que mi madre pensaba que los chicos habían escogido las carreras de forma incoherente.

—No comprendo cómo el niño estudia Enfermería y la niña para llevar una empresa. ¿No debería ser al contrario? Yo es que esas cosas no las comprendo. —dijo mi madre cuando estábamos sentados a la mesa.

—Abuela, no estoy estudiando Enfermería. Estudio para Fisioterapeuta —contestó Federico pacientemente.

—¡Ah! Entonces no es lo que me dijo tu madre. Eso es para trabajar en un laboratorio —suspiró aliviada.

Mi hijo sonrió, y justo cuando iba a replicar, mi mujer lo cortó y habló ella:

—No, Encarna. Un fisioterapeuta, para que usted lo entienda, ayuda a las personas a curar dolores musculares, de huesos...

—¿Cómo los médicos? —preguntó mi madre.

—¡No! No es un médico. A ver, ¿no recuerda usted cuando se hizo daño en la espalda y el médico la mandó a una especialista? Era una fisioterapeuta, la chica aquella a la que la llevamos que le dio varias sesiones de masaje en la espalda y le mandó los ejercicios.

Mi madre asintió, un tanto desilusionada. No dijo nada más, pero yo sabía que no estaba muy convencida de la elección profesional que había escogido mi hijo. Tampoco lo estaba con la carrera que estudiaba Rosario.

En un mundo correcto, «como debía ser», según mi madre, mi hija debía haberse decantado por estudiar Magisterio o Enfermería, mientras que Fede era el que debía estudiar un grado en Administración de Empresas para así hacerse cargo del negocio familiar. No concebía que una mujer se hiciera con la dirección de una empresa, y más cuando el objeto de la misma era la venta de herramientas, generadores, equipamientos de taller y recambios entre otras cosas.

Antes de irse nos dijo que pronto debíamos reunirnos para ver lo que íbamos a hacer por Navidad.

—Yo creo que deberíamos reunirnos todos aquí. Esta casa es más grande y aquí estaremos más cómodos. Yo traeré carne mechada, perdices estofadas, una buena ensalada de *zorongollo*^[2] y el postre. ¿Os parece bien *perrunillas*^[3]? —lo dijo todo de una sentada, y antes de que le respondiera, siguió —Vendrá tu hermano y su mujer, con los niños, y ellos traerán vino y algún postre más. Ya les dije que nos juntaríamos aquí.

—¡Vaya! Gracias por avisarnos, aunque seamos los últimos en enterarnos de que la Navidad se celebra en nuestra propia casa. —dijo mi mujer—. Avisaré a mis padres para que se vengan aquí.

Yo sabía que estaba molesta. No le eran especialmente simpáticos Luis, mi hermano, y Cecilia, su mujer. Acusaba a Luis de ser un sabiondo con quien, según decía, era imposible mantener una conversación razonable. Decía que siempre quería tener la razón, y que quería hacer lo negro blanco y viceversa.

—Se cree que lo sabe todo. Nunca da su brazo a torcer, y se pone a darme lecciones a mí, como si yo fuera tonta. Todo lo que dice saber se lo dicen los clientes cuando suben al taxi o sus compañeros mientras charlan en la parada. Si te fijas, no tiene ideas propias. Le pasa con todo. Pregúntale de qué partido político es, a ver qué te dice. Porque si hoy es de izquierdas, mañana te viene con que es de derechas o echa pestes de los sindicatos. Cambia de ideas como de clientes en el taxi —se quejaba mi esposa.

Y no le faltaba razón. Mi hermano tenía mucha verborrea, no lo podía negar, pero todo lo que hablaba era una lección memorizada, unas consignas repetitivas y cambiantes según con quién hubiera estado charlando.

«Bueno, es sólo una noche, y seguro que para entonces ya estará Marifrán de mejor humor. La ayudaré a prepararlo todo. Al fin y al cabo, respecto a la comida nos toca lo más sencillo: los entrantes. Y conociendo a mis suegros, traerán un buen jamón», recuerdo que pensé.

Había que ser optimista.

Los sicarios de ella.

Cuando me desperté aquella mañana, la siguiente a la noche en que había vertido el contenido de las mortíferas cápsulas en la bebida de Lorenzo, tuve una sensación extraña. Abrí los ojos de golpe, y al contrario que la mayoría de los días en los que me costaba despertarme del todo, me había espabilado de manera súbita, pese a no haber descansado bien.

Tanteé con mi brazo izquierdo al otro lado de la cama, el lugar que ocupaba mi esposo durante el descanso, mirando hacia arriba, temerosa, pero expectante a la vez. Nunca había visto un cadáver de cerca. En los entierros de mis familiares, abuelos y tíos, sólo había visto el féretro ya cerrado durante la celebración de la misa. Estiré lentamente el brazo y toqué sábanas. Nada más. Extrañada, miré de reojo. No alcanzaba a ver nada, así que me di la vuelta para comprobar que realmente no había nadie a mi lado. Ni vivo ni muerto. Nadie.

«Puede que se haya caído al suelo», pensé. Podría ser, aunque un golpe tan tremendo lo hubiera oído sin ninguna duda. Y no sólo yo, teniendo en cuenta que los chicos estaban en casa. Bueno, quizás no habían llegado cuando se cayó. Me levanté y di la vuelta a la cama. Y lo mismo: no estaba tirado en el suelo tampoco. Entré en el baño de nuestro dormitorio y vi los restos de lo que parecía ser vómito, secos y pegados a la tapa del inodoro. Había salpicaduras por todas partes. Estaba asqueada. No iba a dejar de darme tormento hasta el último momento.

Abrí la puerta de la habitación para ver si oía algo y fue cuando me llegó el intenso aroma del café recién hecho. Bajé las escaleras y, asombrada, oí la voz de Encarna, mi suegra. ¿Qué hacía esa mujer allí a esas horas? Hablaban de ir al médico a llevar a Lorenzo, así que entré de sopetón y grité que no, que no era necesario. Al instante me arrepentí de haber sonado tan ansiosa, por lo que me apresuré a justificar mi negativa.

Mi plan no había funcionado. Allí seguía, vivo y coleando. Y encima había llamado a su madre para que se ocupara de él, como si fuera una enorme criatura grasienta que no pudiera prescindir de los cuidados maternos. Aquello no pintaba nada bien.

Supuse que al haber vomitado había eliminado todo rastro de los barbitúricos ingeridos la noche anterior. Una visita al médico, con la correspondiente analítica, descubriría los restos en la sangre, por lo que me convenía que terminara de recuperarse para evitar ser descubierta. Maldije una y otra vez mi suerte. Había fallado y lo achaqué al enorme peso de Lorenzo. No había calculado la dosis adecuada que le provocara un fallo orgánico. No había sido una cantidad suficiente. Ese hombre necesitaba la misma medida que tumbara a un caballo por lo menos. Farfullé unas disculpas y me subí al dormitorio, completamente descorazonada. No pude evitar echarme a llorar. Había pasado muchos días viviendo en tensión, y cuando ya me había preparado para lo que me quedaba por delante, resultaba que todos mis esfuerzos habían sido inútiles.

El resto del día lo pasé enfurruñada. La anhelada presencia de mis hijos no disipaba el resquemor que me producía la presencia de mi suegra, que se adueñó una vez más de mi familia, de mi cocina, de mi domingo. Y de mi Navidad. Soltó la bomba de que aquel año se celebraría la Nochebuena en casa, y con la asistencia de mis cuñados, para rematar la faena.

Al fin se fue, y subí a mi habitación exhausta. Pese a no haber hecho ningún esfuerzo físico, me sentía agotada. La cabeza me palpitaba, y mis mandíbulas parecían haberse quedado encajadas,

como unas bisagras oxidadas. El más potente de los analgésicos no podría remediar el dolor que sentía.

Tendría que demorar mi intento de quedarme viuda. Iba a estar muy ocupada con los preparativos y las compras navideñas. Aunque Encarna se hubiera ofrecido a traer los platos fuertes, yo era la encargada de los entrantes, que venía a ser aún más complicado.

Limpiar y adornar la casa era lo primordial. Después tendría que ocuparme de realizar una lista con las cosas que necesitaba, entre alimentos y bebidas, además de otra lista con los regalos para toda la familia.

No iba a tener tiempo por el momento para pensar en cómo acabar con la vida de Lorenzo.

Una semana antes de la Nochebuena me dispuse a comprar las cosas que necesitaba para la cena de aquel día. No me gustaba comprar con demasiada antelación, pero tampoco podía dejarlo para el último momento. Sería demasiado arriesgado y podría quedarme sin la mitad de las cosas que necesitaba. Los precios tendían a subir, aunque eso no era problema para mí. Me gustaba ir al hipermercado porque allí estaba todo lo que necesitaba, sin necesidad de dar muchos rodeos. Mi marca predilecta de salmón ahumado sólo la tenían allí, al igual que la mojama de atún y las huevas de esturión. El queso curado de oveja y la torta del Casar tampoco podían faltar en mi mesa. Estos dos últimos productos los podía encontrar en las chacinerías de Plasencia, pero resultaba más cómodo traerlo todo del mismo sitio.

Cuando me levanté, Lorenzo ya se había ido al polígono industrial. Desayuné tranquilamente y me arreglé. La calma había vuelto a mi vida de forma aparente, pues por dentro seguía siendo una olla a presión que podía explotar en cualquier momento, en cuanto alguien osara levantar la tapa antes de tiempo sin dejar salir el vapor previamente. Ocupada como estaba no me había dado tregua para pensar en mi situación. Opté por dejarlo así, y ya se vería cuando pasaran las fiestas. No me convenía precipitar las cosas. Si no actuaba con frialdad y paciencia, podría volver a fallar, y no estaba dispuesta a ello.

Subí a mi coche y cuando daba marcha atrás comenzó a sonar mi teléfono, el cual acababa de conectar al *bluetooth*. Respondí desde el mando del coche. Era Lorenzo.

—Hola, cariño. ¿Estás ya en la tienda? —me saludó, con un tono de voz tan melifluido que un escalofrío me recorrió la espalda. Tanta dulzura no presagiaba nada bueno.

—Estoy saliendo del garaje. Voy ya para allá. ¿Por qué? ¿Qué necesitas? —dije.

—Pásate por casa de mi madre. Me ha llamado porque necesita ir a comprar también para hacer la cena y no puede cargar sola con todo. Te está esperando allí.

¡Lo sabía! Su tono no me había engañado. Él era perfectamente consciente de mi relación con su madre. Por más que intentara hacerme ver lo encantadora que era, no colaba. Encarna era una mujer amargada, o por lo menos lo era conmigo. Su actitud hacia mí era displicente. Nunca me había considerado digna de su hijo. No sé qué pájaros ni que aires de grandeza ocupaban su cabeza, pero desde luego nunca me había tenido la más mínima estima.

Cuando llegué a su calle, ya estaba esperando en la puerta de la casa mata donde vivía, en la calle Ancha, charlando amigablemente con su vecina. Su expresión se tornó avinagrada cuando me vio. Detuve el coche a su altura y bajé la ventanilla para saludar.

Se despidió de la mujer y se subió al coche sin apenas mirarme, como si yo no fuera más que una taxista.

—Si llego a saber que vas a tardar tanto, me hubiera ido en taxi. Con todas las cosas que tengo que hacer —me dijo a modo de saludo.

—Buenos días, Encarna. Ha sido llamar su hijo y salir de mi casa —traté de sonar tranquila,

sin dejar entrever el enfado que se iba adueñando de mí. Debía permanecer sosegada, porque aún me quedaba rato de estar con ella— ¿Dónde quiere usted que la lleve?

—A mí me gusta más comprar en las tiendas del barrio, pero era mucho peso para mí. Ya ves que yo siempre voy sola, cargada como una mula. Algunas veces ha venido Cecilia, pero la pobre tiene mucha tarea con los niños y no quiero molestarla. Pero esta vez tengo que comprar para hacer la comida de todos vosotros, y con todo ese peso yo no puedo tirar.

Cecilia y Luis, mis cuñados, vivían cerca de Encarna, junto a sus hijos, un niño y una niña de nueve y siete años respectivamente. Luis era taxista, mientras que Cecilia iba un par de días a la semana a limpiar la casa de un matrimonio sin hijos. A mi suegra siempre le había caído en gracia mi cuñada. Sus motivos tendría, pero algo me decía que la actitud zalamera de la mujer de su hijo era la clave para tanto afecto.

Le daba mucha coba, y solía llamarla por teléfono a menudo. A cambio obtenía niñera cuando lo necesitaba, además de cocinera, claro. Me constaba que las más de las veces que se pasaba por su casa de «visita» no se iba con las manos vacías.

Mi suegra no tenía competencia cuando de calderetas de cordero se trataba. Ni yo misma me podía resistir las veces que nos había llamado para comer en su casa. Los días anteriores procuraba no pasarme mucho con la comida para poder disfrutar de un buen plato e incluso repetir, acompañado de un buen vino. Ni siquiera renunciaba al pan para acompañar el delicioso guiso.

Aparqué y bajamos del coche, ante las protestas de mi suegra por el trato tan impersonal que daban en aquellos sitios, cuyas ganancias iban a parar a las arcas de los ricos, quedando unas mijajas para los trabajadores. En mi fuero interno sabía que no le faltaba razón en muchas de las cosas que decía. Me podía mi orgullo, y no daba mi brazo a torcer.

—Mire, Encarna, yo vengo aquí a comprar, no a hacer amigos. El ir a una tienda del barrio ya me obliga a comprarle siempre a esa persona, y si no tiene lo que necesito, luego me da cosa buscar en otra parte. —le dije, cortando de raíz la pesada conversación.

Cogimos un carro de la compra cada una y nos dispusimos a coger lo que necesitábamos. La pobre mujer parecía perdida en aquellos pasillos repletos de productos que desconocía. Estantes que ofertaban mil y una marcas de cada producto, llamando cual sirenas a marineros, con sus envases de colores y sus ofertas, prometiendo sabores únicos a precios inmejorables.

—¡Tomate frito sin azúcares añadidos! Pero si el tomate no necesita azúcar a no ser que sea un poco ácido. Yo los pelo, quito las simientes, los hiervo y añado una cebolla frita, picada. No se tarda nada y está mucho más bueno. Y qué me dices de esas sopas que vienen en cartones o en sobres con polvos. Mis hijos nunca han comido porquerías de esas. Eso sois las madres modernas de hoy, que no quieren cocinar. —Mi suegra no se cansaba de parlotear, mientras que yo, haciendo caso omiso y, no lo niego, con el ánimo de molestarla, iba añadiendo artículos de los que iba despotricando.

Cansada de tanta charla, seguí el pasillo adelante tras avisarle que iba a coger algo que necesitaba. Ensimismada en la nevera de los yogures, buscando aquel que me permitía ir al baño con regularidad (quizás llevada por un efecto placebo), no me percaté del hombre que tenía delante y le di un leve empujón con mi carro al suyo, que estaba de costado. Murmuré unas disculpas apresuradas sin mirarlo, y me dispuse a seguir mi camino.

—¡Señora, los papeles del seguro! —me espetó el hombre, cuando yo ya iba unos pasos delante. Me giré, asombrada, y me topé con un sonriente Raúl, que me saludó muy efusivo.

—¿Qué tal? ¿De compras? —le pregunté, feliz de verle. Hacía mucho tiempo que no lo veía y

me alegré sinceramente de haberme encontrado con él. Los buenos ratos y charlas que habíamos compartido en el gimnasio y los cafés primaban sobre las falsas esperanzas románticas que me había hecho la ocasión en la que me había invitado a su casa.

Estuvimos charlando durante un buen rato, y me excusé de no haberlo llamado, achacándolo a un problema de salud, sin dar mayores explicaciones. Nos despedimos con unos sonoros besos y prometí llamarlo una vez pasaran las fiestas navideñas. Promesa que cumpliría sin dudar, pues lo había echado de menos todo ese tiempo. Necesitaba de la compañía y la charla banal de aquel hombre.

Cuando me di la vuelta, mi suegra se dirigía hacia mí con la mirada endurecida y una delgada línea apretada en el lugar donde normalmente tenía los labios. Me miró muy seria, y dijo:

—Creía que tenías prisa. Vamos, que necesito comprar unas cosas y no sé dónde están.

Para esos momentos mi humor ya no era tan sombrío, después de haberme encontrado a mi amigo, por lo que sus palabras, secas como la hierba en verano, no me afectaron. Aun así, sentí sus escrutadores ojos observándome, como los de un halcón acechando a su presa.

Al fin terminamos la compra y la dejé en su casa, después de descargar todo y con un gesto afirmativo como señal, supongo, de agradecimiento, se despidió de mí.

De camino a casa recuerdo que decidí, mientras esperaba el cambio del semáforo, que mi siguiente paso, con respecto a Lorenzo, lo daría después de la Navidad. No quería empañar las Fiestas de mis hijos con la muerte de su padre y que, año tras año, en lugar de juntarnos en familia para festejar la Navidad, fuera la tristeza la protagonista. No quería que nos acompañara en esas fechas tan señaladas el recuerdo de aquel a quien yo pretendía borrar de nuestras vidas.

Daba por hecho que nunca olvidarían a su padre, pero me negaba a que fuera la estrella en Navidad, y acabar con su vida en esos momentos lo reforzaría. No. Él tendría una fecha marcada en el calendario para llorarle, y no debía estar relacionada con nuestra celebración familiar.

Es más, les daría las mejores fiestas navideñas que hubieran tenido nunca. Eso que se llevaría Lorenzo. Y yo sería la abnegada madre y esposa que, sin saber que sería la última vez que juntaría a mis seres queridos en casa, tanto bien hizo por su amada familia. Sí, perfecto.

Al fin pasaron esos días de ajeteo, y para mi asombro no fue tan mal. A veces te creas unas expectativas, lo mismo buenas que malas, y te llevas una sorpresa. Había temido el día de Nochebuena, la dichosa reunión con mis prepotentes cuñados, sus revoltosos hijos y mi irritante suegra, por un lado, y mis padres, mis hijos y mi marido por otro. Era demasiada gente diferente, con diversos caracteres y opiniones. Había ocasiones en que reunirlos a todos para un simple café resultaba una tarde tirante. Mi padre chocaba mucho con Luis, no tenían nada que ver. Sin embargo, aquella noche la cosa no había ido mal. El ambiente no era festivo en exceso, de acuerdo, pero no era tenso como en ocasiones anteriores.

Una mañana, cuando recogía los adornos navideños, llamaron a la puerta de casa: era mi vecina Angelines. La invité a pasar, por cortesía, pese a no tener ganas ni tiempo. Su nerviosismo y aspavientos delataban unas ganas tremendas de contarme algún chisme de los suyos. Le pedí que me siguiera a la cocina, donde serví para ambas dos tazas de humeante café.

—¡Ay, hija! ¡Qué mal rato más grande acabo de pasar! —comenzó a decir—. Es que no estamos seguros en ninguna parte. ¡Nadie! ¡Pobre mujer!

—¿Qué ha pasado? —pregunté, reconozco que picada ya por la curiosidad. Angelines solía dar muchos rodeos antes de ir al asunto, en un intento de ganarse a la audiencia. Incluso parecía disfrutar cuando la historia que iba a contar era truculenta, y si no lo era lo suficiente, acababa adornándola.

—¿Es que no te has enterado? Han atracado a la madre de Begoña, la que vive en la esquina. Venía la mujer del banco, que acababa de cobrar su pensión, y le han dado un porrazo enorme. Está muy grave, ingresada en el Hospital, en el Virgen del Puerto. ¡A plena luz del día! Se ve que la siguieron y entraron detrás de ella en su casa.

—¡No me digas! ¡Pobre mujer! —exclamé, pese a que no tenía ni idea de quién era Begoña ni mucho menos su madre. No tenía apenas relación con los vecinos, sólo Angelines y porque la mujer se tomaba muchas molestias en forjar una amistad que, realmente, a mí me traía sin cuidado.

Siguió charlando un rato más sobre aquel asunto, elaborando sus propias teorías acerca de la autoría de aquellos hechos, culpando a unos jóvenes del barrio de San Lázaro, pese a que no había pruebas suficientes.

Por fin se fue, y traté de recuperar el tiempo que había perdido con su incesante parloteo. Aún tenía que terminar de guardar las cosas y preparar la comida para cuando llegara Lorenzo. Los chicos se habían ido ya a la universidad y la rutina había vuelto. Esta vez no me había sentado tan mal la vuelta a la normalidad, tal vez porque tenía un aliciente. Primero debía centrarme y volver a mis costumbres, y ya después se vería.

Mientras llevaba la caja con los adornos al sótano, no pude evitar recordar lo que me acababa de contar Angelines. Un atraco con un resultado aciago. Aquella mujer difícilmente saldría adelante. Era poco probable que sobreviviera dada la gravedad de su estado y sus muchos años. Y todo por un puñado de euros. Desde luego, nadie estaba a salvo, por pocos crímenes que se dieran en la zona.

Y... ¡un momento! Aquello le podía pasar a cualquiera. En efecto, nadie estaba a salvo. Mis labios acabaron por darle forma al pensamiento que se abría paso en mi mente. «¡Podía ocurrirle a Lorenzo!», susurré, pese a estar completamente sola. Aunque, dada mi mala fortuna de los últimos tiempos, si tenía que esperar a que le pasara, seguro que no sucedería en la vida. Si quería que aquello se hiciera realidad, no me quedaba más remedio que actuar.

A la mañana siguiente me encaminé al Barrio de San Lázaro, dispuesta a buscar a quien me hiciera un pequeño «favor remunerado», claro. En las calles aledañas estaba segura de encontrar a alguien que, por unos cientos de euros, acabase con la vida de mi marido.

No fue fácil. Una vez allí, me quedé de pie en mitad de una de las calles, sin saber qué hacer ni dónde dirigirme, sintiéndome observada por varias mujeres que no parecían tener otra cosa que hacer. Al cabo se me acercó una joven muy delgada y demacrada, que me preguntó si quería «pillar» algo. No tenía ni idea de qué me estaba hablando, así que me limité a negar con la cabeza y eché a andar sin rumbo fijo. Me arrepentí de la que, hasta hacía unos minutos, me había parecido una brillante y fácil idea. Debía haberme informado mejor antes de presentarme en aquel lugar a ciegas. Pero ¿cómo hacerlo entonces? Era la primera vez que trataba de buscar ayuda para acabar con la vida de alguien, y andaba muy perdida. Vamos, que en las guías telefónicas no vienen los teléfonos de contacto de agencias que se dediquen a asesinar gente molesta previo pago. Si así fuera, facilitarían mucho las cosas. No tenía la más remota idea de cómo lo haría la gente para dar con sicarios que les resolvieran sus situaciones.

Decidí darme la vuelta y regresar a casa. Tendría que pensar en otro modo de deshacerme de Lorenzo.

Apenas había recorrido unos metros cuando me salieron al paso dos jóvenes de unos veinte años. Apreté el bolso contra con fuerza, y sopesé mis opciones, que no eran muchas. Me quedaba darme la vuelta o seguir de frente acelerando el paso. Comencé a temblar. Iban a asaltarme, y lo peor no era que se llevasen el dinero, la cadena de oro o el anillo de bodas. Podían darme una

paliza o un navajazo o qué sé yo para quitarme lo que llevaba encima.

—¿Qué busca por aquí? ¿Se ha perdido? —me preguntó uno de aquellos jóvenes, mirándome con sus oscuros ojos penetrantes, entrecerrados. A pesar de refrescar, llevaba manga corta. Era bastante delgado, pero pude apreciar unos brazos fuertes y fibrosos, de venas marcadas.

—No, no. Estoy esperando a mi marido —acerté a decir, nerviosa.

—Si quiere la acompañamos mientras espera. Ya te dije que ésta no había venido a «pillar». No tiene pinta. —aseveró el otro chico, dirigiéndose a su compañero. A diferencia del otro, éste era más robusto y alto, de cabellos oxigenados y cejas oscuras.

—No hace falta, gracias. Creo que ya está allí. Sí, es él. —dije, y me dispuse a seguir mi camino. Una mano me retuvo, paralizándome por el miedo al instante.

—Allí no hay nadie. —El joven moreno me miraba a los ojos, serio. Era el que parecía llevar la voz cantante —¿Qué quiere? ¿Es una periodista de un programa de investigación de la tele? Aquí no nos gustan los chismosos, ¿verdad, Telele?

Tragué saliva. Aquello no pintaba nada bien. Hubiera preferido que se llevaran mi bolso. Traté de negar con la cabeza, con los ojos desorbitados por el miedo. Me soltó el brazo, y me volvió a preguntar qué es lo que hacía allí, mientras me estudiaba atentamente en busca de alguna cámara. Temblando, abrí mi bolso y le enseñé su contenido, negando relación alguna con los medios de comunicación. Se miraron y asintieron. Parecían convencidos, pero aún recelaban. Armándome de valor, y tras cerciorarme de que nadie nos prestaba atención, les dije que buscaba alguien que me pudiera hacer un encargo especial.

—¿Qué tipo de encargo? —me interrogó el cabecilla de aquel extraño dúo.

—Quiero deshacerme de una persona —logré decir en voz baja.

Ambos muchachos se miraron antes de soltar una carcajada burlona. Temí que atrajeran la curiosidad de los viandantes y les pedí que parasen. No comprendía qué les había divertido tanto, pues no dudaba que con aquella pinta eran los candidatos idóneos para el puesto que ofertaba.

Cesaron sus risas, y me explicaron que mi actitud temerosa era lo que les había parecido tan gracioso. Me preguntaron acerca de cuánto dinero estaba dispuesta a ofrecer, y les respondí que les daría seis mil euros, pero que sólo podrían cobrarlos una vez falleciera mi marido.

—Tendrías que adelantarnos algo antes, como comprenderás —expuso el llamado Telele —No vamos a correr el riesgo de quedarnos sin cobrar por nuestro trabajo.

—Por supuesto. Os adelantaré lo que me digáis, siempre que no sea una cantidad demasiado grande.

—Digamos que dos mil pavos por adelantado —manifestó el moreno bajito.

Quedé con ellos a la semana siguiente, pues no podía sacar tal cantidad de una sola vez. Les daría además una foto de Lorenzo y sus movimientos a lo largo del día, para que ambos pudieran escoger el momento idóneo de acabar con su vida. Ellos sabrían cómo hacer las cosas sin levantar sospechas. Confiaba en que fueran lo suficientemente avispados como para no ser cazados, pues de no ser así podrían meterme en líos, acusándome de haberlos «contratado» para aquella tarea. Una vez les di el dinero y el resto de cosas, tan sólo me quedaba aguardar la dichosa llamada que me liberara.

Habían prometido cumplir el encargo a la semana de haberles dado el adelanto. Mientras tanto, yo me encontraba en un estado de nerviosismo tal que no atendía mi rutina de la manera a la que acostumbraba. Lo hacía todo maquinalmente, como si fuera un autómata programado, sin sentir ni oponer resistencia. Iba al gimnasio, charlaba con Raúl, ayudaba a la señora de la limpieza a limpiar la cristalería y colocarla en su sitio, hacía la compra y la comida, llamaba a mis hijos por

las tardes, quedaba con mis amigas a tomar café...y no me separaba de mi teléfono móvil cuando estaba fuera, o del inalámbrico si estaba en casa. Componía en mi mente mil y una respuestas acongojadas y llenas de asombro cuando recibiera la llamada que me confirmara la muerte de Lorenzo, tras haber sido atracado por dos desconocidos que huyeron sin dejar rastro.

«¿¡Qué!? No, no puede ser. Si esta mañana salió tan contento para su trabajo. Debe ser un error. ¡No! ¡No! ¿Quién le haría algo así?», lloraría, angustiada. Y, tal vez, un guapo y maduro inspector me consolaría, abrazándome. Me reconfortaría en sus fuertes brazos mientras me acariciaba la espalda. Bueno, quizás eso fuera desear demasiado. Me conformaba con que me anunciaran que acababa de quedarme viuda de una manera cruel y repentina, pero así es la vida. Y como decía Angelines: «No estamos seguros en ninguna parte».

Los días pasaron, dando lugar a semanas enteras, y la llamada no llegaba. Mi marido seguía vivo. Había pasado casi un mes desde mi encuentro con aquellos verdugos que habían cobrado un buen adelanto, y Lorenzo seguía regresando a la hora del almuerzo, y por las tardes los días que le tocaban, fresco y vivo como las rosas de mi jardín que con tanto esmero cuidaba.

Una mañana, mientras regresaba del gimnasio, lo comprendí todo: había malgastado dos mil euros. Aquellos dos niños salían de uno de los bares que discurrían por mi ruta de regreso. Se cruzaron conmigo y me guiñaron, a la par que me hacían una reverencia. Me volví y las mofas siguieron. Telele simuló una pistola con sus dedos e hizo como que disparaba a su compañero, que cerró teatralmente los ojos mientras se llevaba las manos al pecho, entre risas y codazos.

Ahogué un grito de rabia y seguí mi camino. ¡Malditos críos! Me sentí como una estúpida. Les había regalado una gran cantidad de pasta, me habían estafado. Y lo peor de todo era cómo justificar esa suma ante Lorenzo. Eran dos mil euros, ¿gastados en qué? Normalmente, mi esposo no me preguntaba nada acerca de en qué empleaba el dinero. No me solía pedir cuentas ni se inmiscuía en mis asuntos domésticos. Pero esta vez lo haría. A esas alturas ya lo sabría, y yo debía estar preparada para darle una explicación lo suficientemente creíble. No había buscado una excusa antes porque pensaba no tener qué hacerlo. Si todo hubiera salido como tenía planeado, no hubiera sido necesario.

Tras barajar varias posibilidades, me decanté por una que esperaba que fuera lo bastante verosímil como para dejarme libre de sospechas y celos. Decidí adelantarme y no esperar a que me preguntara por el dichoso dinero.

Una vez me quitara ese problema de encima, me centraría en lo importante: acabar de una vez con aquel lastre.

Los sicarios de él.

No recordaba haber pasado unas Navidades tan estupendas como las de aquel año. Pese a que en un primer momento mi mujer parecía molesta por la propuesta de mi madre de celebrar las Fiestas en casa, finalmente todo salió a las mil maravillas. La velada de la Nochebuena transcurrió de forma apacible, disfrutando en familia en un ambiente de gran cordialidad.

Y no fue la única sorpresa, al menos para mí. Marifrán volvía a ser la de los primeros tiempos, cariñosa y atenta conmigo. Lo que fuera que le había sucedido, parecía haberse solucionado. He de decir que por otro lado me sentía desazonado por no haberla sabido ayudar. La pobre se había enfrentado sola a una pequeña crisis nerviosa, y no había tenido la suficiente confianza en mí para abrirse. Yo la hubiera apoyado. Es cierto que no soy muy bueno con estas cosas, y que no habría sabido qué decirle para calmarla, pero la habría escuchado y ayudado como mejor hubiera sabido.

Me había centrado en mi trabajo, pues teníamos pendiente un nuevo cliente. Se iba a construir una nueva urbanización en un pueblo cercano y estábamos pugnando por la distribución de los elementos de protección laboral de los trabajadores. Debíamos ofertar los mejores materiales al mejor precio, y eso era una tarea bastante complicada, pues en muchas ocasiones se optaba por elegir lo más económico frente a lo más seguro. En mi empresa ofrecíamos las mejores calidades, pero claro, eso tenía un precio que no todo el mundo estaba dispuesto a pagar, en un intento de abaratar costes. Y ello en perjuicio de los trabajadores, que serían los que asumirían las consecuencias. Aun así, teníamos todas las posibilidades de hacernos con aquel cliente.

Una mañana, poco después de que terminasen las celebraciones navideñas, un taxi trajo a mi madre al polígono. Como siempre, no venía con las manos vacías, y traía una fiambra con un guiso de papas con costilla de cerdo. No es que me molestara que viniera al trabajo a verme, pero me extrañó. En casa podría atenderla mucho mejor que allí, estaríamos más cómodos y sin interrupciones. Continuamente me interceptaban mis empleados para que resolviera algo, o me llamaban por teléfono.

Le agradecí la comida, pese a que había decidido comenzar a cuidarme. El susto que me había llevado un par de meses atrás no debía repetirse, y me había propuesto comenzar el nuevo año cuidándome.

—¿Por qué no has venido a casa, mamá? Podríamos habernos visto allí y te hubieras ahorrado el viaje. —le dije, abrazándola.

—No pasa nada, me ha traído un compañero de tu hermano de camino a un servicio que tenía. Venía andando y me reconoció, y fue muy agradable el muchacho. Quería hablar contigo antes de ir a tu casa. —No me gustó la expresión de su cara, y me temí que no trajera buenas noticias. Algo pasaba.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Estás bien? Dímelo, por favor. —pregunté, asustado. Por mi mente circularon a gran velocidad palabras que nombraban enfermedades terribles, con finales trágicos.

—Tranquilo, hijo, no me pasa nada. Ni a tu hermano, por si también te habías preocupado por él. Lo que te tengo que decir no trata del estado de salud de nadie. Es algo de tu mujer, y me gustaría que fuésemos a tu despacho un momento.

Me quedé mirándola, asombrado. ¿Marifrán? ¿Qué tenía que decirme sobre mi mujer? ¿Por qué

tanto misterio? No comprendía nada. Le pedí a Ana que no me pasara llamadas y que no se me molestara hasta nueva orden, e hice pasar a mi madre a lo que ella llamaba mi despacho, que no era más que una habitación con un escritorio sobre el que se posaba un ordenador, un montón de papeles, dos sillas de oficina y un archivador metálico, encima del cual había una vieja cafetera de goteo. No había más adornos ni fotografías. Por no haber, ni siquiera tenía ventana. Cerré la puerta y la hice sentarse en una de las sillas. Saqué la mía de detrás del escritorio y me senté junto a ella.

—Mamá, me tienes preocupado. No entiendo tanto misterio. ¿Qué le pasa a Marifrán? — Aquella intriga me estaba asustando. ¿Qué podía ser tan grave para que mi madre viniera hasta allí a hablar conmigo?

—Creo que tu mujer te está engañando con otro. —me espetó de golpe, a palo seco.

Abrí la boca, pero sin pronunciar palabra. No comprendía nada. Las palabras de mi madre no tenían sentido, o no quería que lo tuvieran. Mi mujer había estado un tiempo ausente, rara, pero eso no tenía por qué significar nada. No, no podía sacar conclusiones precipitadas. Debía escuchar a ambas antes de perder la cordura. Yo no soy de esos tipos enfermos de celos a los que cualquier comentario saca de sus casillas, les ciega y atentan contra la vida de sus parejas.

Le pedí a mi madre que se explicara, y me habló de lo cariñosa que se había mostrado mi mujer con un hombre con el que se había encontrado en el hipermercado el día que fueron a comprar las cosas para la cena de Nochebuena. Me dijo que estuvieron hablando durante un buen rato, que no había mencionado su nombre, pero que era bastante atractivo. Se despidieron no sin antes decirse que se llamarían, según había alcanzado a oír.

No pude evitar echarme a reír. Mi madre tiene una gran imaginación y siempre ve cosas más allá de lo que la realidad muestra. Tiene la facultad de adornar todo lo que ve y oye, e incluso llega a creer que es verdad. A fuerza de repetírselo a sí misma y a los demás, acaba por recordarlo tal cual lo cuenta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó, ofendida por mis risas.

—Tus locas ideas, mamá. —respondí. Sonreí y la cogí de las manos. —Tienes que comprender que hoy día no es extraño que, si te encuentras con un amigo o amiga, que lo saludes de manera cariñosa. Un abrazo, un beso...no significa que estés teniendo una aventura con esa persona.

—Ya, me llamas loca y no me crees. Allá tú, pero yo te digo que no son formas. Una mujer casada dándose abrazos con un desconocido, y yéndose juntos por ahí. ¿Tú eso lo ves normal? En la vida he estado yo con un hombre a solas que no sea tu padre.

—Tampoco es malo si toma un café con un amigo, pero si te quedas más tranquila, hablaré con ella y le preguntaré de quién se trata. —Quería tranquilizarla, y que no le tomara aún más inquina a Marifrán de la que ya le tenía.

—Haz lo que tengas que hacer, pero a mí no me metas. Yo sólo te digo lo que vi y no me gustó nada.

Me preguntó por Federico y Rosario, y charlamos un rato más. Después, vi desaparecer su oscura silueta, enlutada desde el fallecimiento de mi padre, subida a un taxi que la llevaría de vuelta a la calle Ancha.

Aquella mujer me quería más que nadie, mi hermano y yo éramos toda su vida, y sabía que no me decía las cosas con mala intención. En su afán de protección rechazaba todo lo que pensaba que me podía ser perjudicial, y desde el primer momento la había tomado con mi esposa. Cierto que Marifrán tenía un carácter bastante seco. No era como mi cuñada, Cecilia, que sabía cómo manejar a mi madre. Digamos que tenía mucha más paciencia que mi mujer con ella, y era más afín

a su carácter. Sabía contentarla, la llevaba de compras, la visitaba y llamaba a menudo.

Yo me sentía entre la espada y pared con aquella situación. Quería muchísimo a ambas y sufría lo indecible con esta situación. La acusación de infidelidad me había dolido. Me reitero en lo dicho anteriormente: mi madre no tenía mala intención. Simplemente era una mujer chapada a la antigua que no concebía las muestras de cariño de una mujer hacia una amistad masculina.

No tenía la más remota idea de quién podía ser ese hombre al que Marifrán había saludado, pensando en la descripción física que mi madre me había dado de él. No correspondía con nadie de nuestro círculo de amigos. Lo difícil sería abordar el tema con ella, pues no sabía cómo podría sentarle semejante pregunta. Lo más sensato era dejarlo pasar, así que decidí no hacerle ninguna cuestión a ese respecto. Aparqué en un garaje de mi mente el vehículo que transportaba las dudas, y decidí no echarle gasolina.

Al cabo de dos semanas, un hecho extraño cargó de combustible el depósito de mi automóvil mental y el motor arrancó, sacándolo de la cochera.

El desencadenante fue el extracto de una de las cuentas bancarias que teníamos en común para los gastos domésticos. En el plazo de dos semanas, Marifrán había sacado unos dos mil euros sin haberme dado explicación alguna.

Yo no solía pedirle cuentas. Lo que gastara en la casa, en ropa, en peluquería, en lo que quiera que fuera, no me suponía problema alguno. En las casas hay gastos generales, pero ella podía disponer libremente de cierta cantidad para sus cosas. No solía ser un gasto excesivo, de todas formas. Los recibos estaban domiciliados, incluida la matrícula de la universidad de los chicos, por lo que no comprendía para qué necesitaba disponer de tanto dinero en efectivo, y por qué no me había comentado nada.

No podía dejarlo pasar, así que una noche, mientras me servía un vermú tras la cena, decidí que había llegado el momento de preguntar lo que me venía corroyendo desde hacía días.

—Marifrán, tenemos que hablar —le dije. Estaba de espaldas a mí, pero noté que se erguía, tensa. Me maldije en esos momentos por no haber esperado a que estuviera frente a mí, cara a cara, cuando le hablé. Hubiera podido así ver su reacción completa, la expresión de su cara. Esa actuación era, si cabe, más importante que la pregunta en sí.

Antes de contestarme, suspiró y se giró lentamente hacia mí, esbozando una media sonrisa. Sonrisa que yo sabía forzada, y que por tanto aumentaba mis temores. No me cabía duda de que efectivamente, mi mujer ocultaba algo que no me iba a gustar. Ni siquiera sabía si quería saberlo de veras.

Decidí ir directo al grano, y le expuse la situación: sabía que había sacado una cantidad de dinero que sobrepasaba lo que normalmente era habitual en ella, y me extrañaba que no me hubiera dicho nada, ni para qué le había hecho falta.

—No trato de ocultarte nada, y evidentemente sabía que tarde o temprano te ibas a enterar. No sabía cómo decírtelo y, sí, quizás le he dado demasiadas vueltas siendo algo que no es malo en absoluto. Saqué el dinero para prestárselo a mi hermana. Está pasando por una situación delicada y lo necesitaba.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué no me has dicho nada? —le pregunté, consternado. No entendía por qué tenía mi esposa ese temor a contarme algo así.

—No es nada que no tenga solución. Este mes han estado flojas las cosas en la librería, y tenía que pagar el alquiler y a un par de proveedores. Insistí en dejárselo, pero no quiere que sepas nada. Se moriría de vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Pili de mí? Pensaba que nuestra relación era bastante buena. No tiene por qué

avergonzarse de nada, y menos de querer sacar su negocio adelante. Joder, está luchando por mantenerlo a flote en una época bastante difícil, y ella sola. Es digno de admiración. Mañana la llamaré y le diré que, si necesita más dinero, o lo que sea, que aquí nos tiene.

—¡No! Te he dicho que no quiere que lo sepa nadie. Y con eso se refiere a todo el mundo: ni mis padres ni tú... nadie. Quiere hacer frente a esto sola, y hay que respetar su intimidad. Cuando pueda, ya nos lo devolverá.

Traté de convencerla de que no sólo el dinero era lo importante en esos momentos. Mi cuñada estaba soltera, sin hijos, y necesitaba nuestro apoyo moral. Sus padres eran mayores y era lógico que no quisiera contarles nada. Yo podía entenderla a la perfección y ofrecerle mi ayuda, pues también era empresario y conocedor de las grandes dificultades a las que hay que hacer frente. Pero todos mis argumentos resultaron inútiles ante la tozuda negativa de mi mujer. Se había empeñado en lidiar aquel asunto a su manera, y para mi pesar, eso me excluía a mí. Estaba dispuesto a ayudarla, a ofrecerle mi consejo. No me pesaba, pues Pilar era una mujer muy luchadora, digna de admiración.

Al menos ya había aclarado aquello, y me sentía aliviado. Marifrán sólo quería ayudar a su hermana, y aquel dinero estaba muy bien empleado. Decidí abordar otra cuestión y preguntarle por aquel desconocido al que había saludado poco antes de Navidad.

Nada más formular la pregunta, me arrepentí. A mis propios oídos sonó impertinente y fuera de lugar, como si yo fuera uno de esos celosos empedernidos. Ella nunca me había dado motivos para ello.

—Recuerdo haberme encontrado con Raúl, como no sea a él a quien se refiere tu angustiada madre... —me respondió. Aquello le había dolido, lo noté en sus ojos pardos, que me miraron como si no me conocieran, como si todos aquellos años de amor y de lucha hubieran pertenecido a otras personas y no a nosotros. Me fijé en su cabello, en lo que le había crecido, dejando ver las raíces oscuras de su color natural, moteado de hilos blancos, que se iban abriendo paso entre los teñidos cabellos. Me pareció tan hermosa a la par que vulnerable, que me sentí afligido por el interrogatorio al que la había sometido.

Quise disculparme por haber dejado entrever un asomo de duda a pesar de que había lanzado mi pregunta con la mayor delicadeza de la que era capaz. No soy un hombre de finas palabras, más bien soy rudo y práctico. Procuero demostrar mi cariño con hechos, no con fútiles promesas cargadas de empalagosas palabras. Demasiado pragmático quizás para ella, anhelante de recibir otro tipo de muestras románticas que para mi entender son puramente comerciales.

Decidí que le daría una sorpresa por nuestro aniversario, para el que faltaban unas semanas. La llevaría el viernes por la tarde-noche, hasta el domingo a un hotel con encanto, de esos que tanto le gustaban a ella. Y le compraría una bonita pulsera de oro blanco. Esperaba que, haciéndolo así, pudiera desquitarme al fin del chasco que se llevó con el tema del viaje a Francia.

Tras una amplia búsqueda me decanté por un hotel en Cáceres. Se trataba de un precioso establecimiento con *spa* que había sido un palacio. El circuito de aguas termales prometía darnos un gran descanso y relax. Estábamos a unos ochenta y cuatro kilómetros de pasar un fin de semana inolvidable. Volveríamos a vivir momentos intensos, como en el inicio de nuestra vida en común, y regresaríamos con las pilas bien cargadas.

Me tomaría la tarde del viernes libre, y después de comer le anunciaría el fantástico fin de semana que le esperaba. Tendría que hacer la maleta en una hora, sin olvidar un par de bañadores, y no soltaría palabra. Quería ver la expresión de su rostro cuando se encontrara allí, ante aquella maravilla de hotel.

Se me hizo muy larga la espera. He de reconocer que me hallaba impaciente y que me costó un esfuerzo enorme guardar aquel secreto. Incluso temblaba cuando hice la reserva por Internet.

Cuando llegó el día de la partida, mi mujer se sorprendió al verme en casa tan pronto.

—Haz las maletas. —le dije, en un tono con el que pretendía imitar la chulería de los actores de Hollywood en esas películas donde el galán se muestra impasible. Atractivo, serio y duro. Así me veía en esos momentos. Atractivo por haber dejado unos kilos en un par de meses. Aquella promesa de mejorar mi estilo de vida parecía estar surtiendo efecto. Había renunciado a la mayoría de las cosas que tanto me gustaban, fumaba mucho menos y por las mañanas salía antes de casa, en chándal, para caminar durante una hora. Después me duchaba en los vestuarios que teníamos en la nave y me cambiaba. Y a todo esto, mi mujer sin saber nada. Ni siquiera había notado mi bajada de peso, aunque era normal, dado que con mi gran volumen no se notaría la pérdida de unos kilos. Debía perder muchos más para que se comenzara a percibir mi cambio físico. De todas formas, para mí era un logro, por lo que me sentía orgulloso de ir por el buen camino.

Cuando le dije que hiciera las maletas, mi mujer se sobresaltó. Me miró, asustada. No había captado mi intención de resultar viril con mi estilo, y pensó que ocurría algo malo.

La tranquilicé, y le dije que pretendía llevarla a un lugar maravilloso para celebrar nuestro aniversario. Tenía que hacer las maletas e incluir un par de bañadores para pasar el fin de semana fuera.

—¿Bañadores para dos días? No creo que se trate de un crucero... —me contestó. Parecía algo desilusionada, o al menos es lo que dejaba traslucir su voz, pero yo no me dejé arrastrar por su desencanto. Cuando estuviéramos allí, comprobaría con sus ojos el lugar tan estupendo donde se hallaba. Sí, sabía que le hacía mucha ilusión la idea del dichoso crucero, pero no era el momento. No podía dejarlo todo y embarcarme. Más adelante, en verano, quizás pudiéramos. En esos momentos mi negocio reclamaba mi presencia una vez más, y no era posible una escapada tan larga. Ya era una mujer adulta y tenía que comprenderlo. No era una cría pequeña sin conocimiento. Sabía perfectamente cómo eran las cosas, y que no se puede uno relajar cuando se tiene un negocio. Ya habría lugar de hacer otras cosas.

Cuando le dije todo esto, pareció recapacitar. Me sonrió débilmente y me dijo que lo comprendía, y que le disculpara. Era consciente de todos mis esfuerzos por hacerla feliz, y prometió ser más comprensiva.

—Deberías habérmelo dicho con antelación. Sé que me querías dar una sorpresa, y te lo agradezco, pero... ¿y si vienen los chicos este fin de semana? No me gustaría estar fuera. Sabes que apenas vienen. Además, no tengo bañadores en condiciones para ir a ningún sitio. —manifestó Marifrán.

—Por los niños no te preocupes. Hablé con ellos y de nuestros planes para este fin de semana. Han sido mis cómplices. Y en cuanto a ropa de baño, tienes un cajón lleno. Con cualquiera de ellos estás estupenda.

—Esos bañadores no están mal para ir a la piscina de tu primo en una de sus barbacoas, pero si es para un sitio de más categoría, quedan ridículos. En fin, ya que no me has dado opción a preparar algo mejor, tendré que ir con uno de los que ya tengo. ¡Qué le vamos a hacer!

La abracé e intenté darle un beso, mientras ella hacía inútiles esfuerzos por deshacerse de mis carantoñas.

Iba a ser una escapada fabulosa. Estaba seguro. Y más que vendrían. Teníamos mucho camino por recorrer aún juntos, mucho que disfrutar, mucha vida por delante.

Tiempo muerto de ella.

El plan de Lorenzo me pilló por sorpresa. No esperaba que se le hubiera ocurrido algo así. Nunca había sido un hombre romántico, o detallista. Si a mí me gustaba algo, o tenía algún capricho, tenía total libertad para comprarlo. Y ahí terminaba todo. En mis cumpleaños y aniversarios yo misma adquiría mis regalos, dado lo torpe que se consideraba él para elegir, alegando no entender nada sobre los gustos de las mujeres en general, y sobre el mío en particular.

A decir verdad, aquella escapada llegaba tarde. La hubiera necesitado tiempo atrás, cuando aún conservaba la esperanza de que nuestra relación saliera adelante. Una sola escapada tampoco es que hubiera sido suficiente. Pero a esas alturas me hallaba lo bastante desengañada para que, tal y como mostraban las comedias románticas, lo nuestro se arreglara por arte de magia y un par de cursiladas. No existía vendaje lo suficientemente grande como para tapar tantas heridas que habían llegado a infectarse por haber carecido de cuidados. Y lo más irónico era que Lorenzo ni siquiera sabía que existían tales lesiones.

Me dispuse a disfrutar de esos momentos. Ya vendría un después, y tendría tiempo de ocuparme de él. Unos días de relajación me vendrían muy bien para poder pensar con claridad sobre mi futuro. Lo único que lo estropeaba era la compañía, pues ya me hubiese gustado ir acompañada por un buen mozo en lugar de aquel grasiento y sudoroso hombre.

Cansado de mi insistencia en saber el lugar de destino, mi marido me reveló que era un hotel en Cáceres, con *spa*. Aquello significaba algo más de una hora de viaje, por lo que decidí poner la radio y cerrar los ojos, para evitar una charla intrascendente con él. Sentía que ya no teníamos nada en común. Nuestros hijos eran el endeble hilo del que pendíamos. Una vez cortado, no tendríamos nada. No lo quería a mi lado el resto de mi vida.

En la emisora sonaban los acordes de «*Entre mis recuerdos*», de Luz Casal, canción con la que me sentía muy identificada. Cerré los ojos y me dejé llevar por el suave sol primaveral que cada vez tardaba más en despedirse del día. Tarareaba mentalmente mi estrofa favorita, «*Con el veneno sobre mi piel, frente a las sombras de la pared...*», cuando me vi zarandeada de delante hacia atrás con enorme fuerza, de manera tan sorpresiva que me hincé el cinturón de seguridad en la clavícula.

—¿Qué pasa, Lorenzo? ¡Vaya susto me has dado! —grité, angustiada.

—Tranquila, cariño. Es que el coche de delante ha frenado para coger la salida de la autovía, y como hacen todos, sin indicarlo. No sé para qué tienen las intermitentes, de verdad. Menos mal que respeto la distancia de seguridad y freno a tiempo, si no, nos lo comemos.

Le eché una larga mirada de esas que atraviesan el hormigón más pesado y son capaces de achicharrar un bosque entero, pero ni se inmutó. Ese hombre tenía la maldita costumbre de frenar de una manera brusca a la menor ocasión, sobresaltando a todos los que nos halláramos en el interior del vehículo. Siempre temía que el resto de conductores se desplazara a nuestro carril, así sin más, o a saber qué estúpido pensamiento pasaba por aquella gran cabeza de poco relleno. No sabía cómo no se quedaba sin líquido de frenos con tanto desgaste.

Al fin llegamos al hotel, y he de decir que superó con creces mis expectativas. Me había imaginado, conociendo a mi marido, un lugar totalmente diferente, en el que primara el buen

comer sobre el buen gusto. Esperaba que se hubiera decantado por un hotel funcional cercano a buenos restaurantes y mesones, dada su pasión por el buen yantar. Resulté gratamente sorprendida. Aquel hotel era precioso. Cuando llegamos, ya estaba anocheciendo, por lo que pudimos disfrutar de una agradable iluminación del patio de entrada, que le daba un toque singular.

Lorenzo había reservado una encantadora *suite* a la que no le faltaba detalle. Colores diáfanos, cama con dosel y restos arquitectónicos en piedra de lo que había sido el palacio adornaban aquel espacio compuesto por el dormitorio y un coqueto saloncito.

Mi esposo descorchó la botella de champán de bienvenida, y brindamos por nosotros. Por unos instantes me dejé llevar, y añoré aquellos primeros tiempos en los que, en lugar de aquel caro brebaje, brindábamos con un par de cervezas y éramos felices. ¿Qué nos había pasado? ¿Cómo había tornado tanto amor como una vez sentí por él en asco y odio? Me repugnaba todo en él. Un mero roce me ponía la piel de gallina, pero no por deseo precisamente. No lo soportaba cerca, y su actitud también lograba sacarme de mis casillas. Era todo lo que rodeaba su persona.

Su risa, que durante tanto tiempo me había parecido varonil, ahora me recordaba los gruñidos de un marrano retozando en una charca. Y su manera de comer, como si fuera un oso a punto de entrar en estado de hibernación, me asqueaba. Tampoco soportaba su tono zalamero cuando me decía «cariño». No existía nada en aquel hombre que me hiciera replantear una oportunidad a nuestra relación, ni a su propia vida. Lo tenía claro. O él, o yo. Y teniendo en cuenta su calidad de vida, era más que probable que a la larga acabara despidiéndose de este mundo él mucho antes que yo. Visto así, ¿para qué prolongar lo que de seguro era inevitable?

Fuimos a cenar al restaurante del hotel, tras deshacer las maletas. Al contrario de lo que cabía esperar en él, Lorenzo no pidió un plato excesivamente pesado, y apenas probó los entrantes. Me pareció verlo algo más delgado, pero no estaba muy segura. Probablemente, mi fallido intento de provocarle un paro cardíaco por sobredosis de somníferos le había afectado al estómago, y aún conservaba los vestigios de aquello, a pesar de haber transcurrido unos meses. Tampoco es que me preocupase, y me resultaba irónico pensar que empezase a comer menos, puede que incluso a cuidarse algo, cuando yo pensaba liquidarlo en breve. Quizás acabara dejando un cadáver para velar algo menos horrendo que el que hubiera dejado meses antes.

Me quité esa imagen de la cabeza y me concentré en mi delicioso lomo de atún rojo. No quise pedir postre, reservándolo para el día siguiente, sábado, como acostumbraba. Nunca variaba al darme ese capricho un único día a la semana.

Al día siguiente teníamos pendiente disfrutar del *spa*. Decidí reservar un paquete que incluyera masaje facial y corporal. Ya que estábamos allí no pensabairme sin darme algún gusto. Necesitaba relajarme, y pensar en mi futuro próximo, y aquel era el lugar ideal para ello.

—Marifrán, he pensado que podríamos ir por la mañana a hacer una ruta, visitar Cáceres y comer allí. El *spa* lo podemos dejar para la tarde, y cenar aquí en el hotel —sugirió Lorenzo cuando llegamos a la habitación, para mi desconcierto, pues no esperaba que quisiera salir del hotel, dada su habitual negativa a dar más de dos pasos seguidos.

—Está bien. Reservaré para la tarde, cuando volvamos. —realmente no me importaba una hora que otra. Quizás incluso fuera mejor así. Tras una buena caminata, sería muy buena opción relajarse con un masaje. En algo teníamos que ocupar el tiempo que estuviéramos allí, y no iba a ser sólo en friegas con ungüentos. Me apetecía disfrutar de aquel maravilloso entorno, y el buen tiempo acompañaba. El pronóstico meteorológico era favorable a nuestros planes, así que no opuse resistencia.

Madrugamos al día siguiente y paseamos por Cáceres. Ya habíamos estado con los niños

cuando éstos eran pequeños. Recordaba aquel viaje con mucho cariño, pues lo disfrutamos mucho. Es una ciudad preciosa, y sumergirte en sus calles es como viajar a un pasado de caballeros medievales y damas arreboladas. Siempre me había fascinado conocer cómo se vivía antes, quiénes paseaban por esas calles empedradas, o la vida de los verdaderos artífices de aquellas grandiosas construcciones, que durante tanto tiempo han permanecido y permanecen en pie.

Cuando fuimos con los niños, el fin de semana anterior a que empezaran el colegio en septiembre, la temperatura era muy agradable, lejos del sofocante calor del verano. Lo pasamos tan bien aquellos días. Por entonces eran unos chiquillos curiosos, deseosos de aprender, imaginando mil aventuras por el casco antiguo de la ciudad. ¡Qué años tan fantásticos! Me oían extasiados las historias que les iba relatando, algunas inventadas, adaptándolas a aquellas mentes aún por formar que absorbían como esponjas toda la información que les iba dando. Con gran dolor admití que el pasado se quedó atrapado en mis recuerdos, donde sólo yo parecía tener interés en revivirlo. Cuando intentaba recordar viajes, anécdotas o recuerdos con Rosario y Federico, inventaban cualquier excusa para salir de la habitación. Ni siquiera se sentaban conmigo a ver las fotos que plasmaban aquellas sonrisas desdentadas, aquellos ojos risueños y llenos de inocencia. Huían de mí como si de un abuelo contando batallas repetidas mil y una veces se tratara.

Aquella mañana, sin embargo, gocé como no había pensado que hiciera al lado de Lorenzo. Me sorprendió su humor, sus ganas de ver cosas, de pasear...Hacía tiempo que no lo veía así. Realmente estaba haciendo un esfuerzo por complacerme, al menos en aquellos momentos, pues yo sabía perfectamente cómo solía comportarse normalmente. Lástima que cuando volviéramos a casa todo volviese a ser como siempre, cayendo de nuevo en la triste realidad que embargaba mis días. Aquello era un respiro momentáneo, demasiado breve como para plantearme siquiera que nuestras vidas en común tenían arreglo.

Almorzamos en un tranquilo restaurante de la Plaza de San Juan, en el cual había hecho una reserva previa Lorenzo, por recomendación de uno de los proveedores de la empresa. Tuvimos la fortuna de deleitar nuestra vista con un precioso salón con vigas de madera y paredes de piedra con grandes arcos.

Una vez terminados los platos principales, me sentí con ganas de probar la tarta de queso. Me resultó curioso que mi marido renunciara al postre, aunque no quise decirle nada. A saber por qué no lo hacía. Yo aquel día estaba dispuesta a pasarlo bien, y olvidarme por unas horas de los tormentos que asolaban mi cabeza. Un día era un día, y lo tenía más que merecido.

Cuando llegamos al hotel me cepillé los dientes, me refresqué un poco, y me dispuse a tomar mis masajes y mi circuito de *spa*. Estaba segura de que esa sería la parte que más iba a disfrutar de aquel fin de semana. He de decir que me sentó de maravilla. Disfruté como una chiquilla en un parque de atracciones, y cuando terminé me sentí renovada, como si hubiera mudado la piel. Subí a la habitación totalmente nueva y fresca. Lorenzo no estaba allí, y lo supuse en el bar del hotel, tomando una copa.

«Mejor así», pensé. No me apetecía verlo en esos momentos. Deseaba seguir sola y deleitarme unos momentos más sin su compañía. Algo rondaba mi mente, y sabía lo que era, pero decidí desecharlo. No quería pensar, no quería tener que poner en marcha mi cansado cerebro. Lo dejaría para más adelante. Para mi desgracia, no pude mantener alejados mis pensamientos por mucho tiempo. Seguía dándole vueltas a la manera de deshacerme de Lorenzo. No podía ser tan difícil. Gente mucho menos preparada y con menos recursos que yo lo había logrado.

Sí, hubo quien logró su objetivo, pero había sucumbido al castigo a la larga. No había sabido

ocultar las evidencias ni alejarse de toda sospecha. Un error insignificante había llevado a más de uno a enfrentarse a penas de prisión elevadas. Solía ver un programa sobre crímenes que se resolvían satisfactoriamente a favor de los «buenos» en el que se dejaba constancia de ello. Sin embargo, salvo casos en los que hablamos de asesinos en serie, esos que matan por matar, vamos, por gusto, había que tener en cuenta que no hay buenos buenísimos ni malos malísimos. Quiero decir que yo creo que hay ocasiones en las que se puede justificar un asesinato. ¿Qué me dicen de una mujer vejada y maltratada durante años por su marido? Sin escapatoria, amenazada, golpeada e insultada, decide poner fin a ese martirio.

Cierto, no era mi caso. Lorenzo jamás había hecho nada parecido conmigo. Pero también podía justificar el que quisiera deshacerme de él. Tenía motivos económicos y morales. Yo había ayudado a levantar todo lo que él tenía, y nunca había sido valorada por ello. Me estaba ahogando a su lado, no podía respirar. Él provocaba todo eso en mí. ¿No es en cierto modo un maltrato? Sólo quería poder disfrutar de lo que también era mío. Mi crimen no sería pasional, sería un crimen práctico y necesario. A mí no me pasaría lo que a otras pobres ilusas, porque jamás podrían relacionarme con la muerte de mi marido. El plan de los sicarios había sido un error, pues podría haberme visto envuelta en ese tejemaneje. Afortunadamente no había dejado rastro de mi «contrato» y hubiera sido la palabra de esos niños contra la mía. Ya me hubiera inventado alguna coartada para salir del paso. Estaba segura de que existía una manera de acabar con mi problema sin levantar la menor duda acerca de mi persona. Había errado hasta el momento. La primera vez que lo había intentado fue llevada por un impulso, y un error de cálculo y otro de confianza me hicieron fallar en otras dos ocasiones.

Quizás no estaba haciendo las cosas bien. Si no lograba centrarme se iría todo al garete, y a esas alturas no me lo podía permitir, decidida ya como estaba. No había marcha atrás.

La puerta de la habitación se abrió, dando paso a aquel que ocupaba mis pensamientos en esos momentos. Evité un gesto de desagrado y traté de sonreír. No me convenía que notara la irritación que me provocaba su mera presencia.

—¿Qué tal ha ido tu sesión, cariño? —me preguntó, a la par que me daba un ligero beso en la frente.

—Muy bien, gracias. He conseguido relajarme y ahora estoy como nueva. ¿Dónde estabas? — aunque ya sabía la respuesta.

—En el bar, tomando una copa. Cuando quieras bajamos y picamos algo. Estás estupenda, tanto que me apetece picotear otra cosita antes de bajar...

Ahogué el tremendo suspiro que intentaba salir a la superficie, lo que me produjo un nudo en el estómago. Tener relaciones íntimas con Lorenzo era lo que menos me apetecía en esos momentos. Después de sentirme tan limpia con mi sesión de *spa* tendría que renunciar a esa sensación de frescor para dejar que me sobara y toqueteara. Sería un tremendo sacrificio sentir sus enormes manos amasando mis pechos como si fueran una pasta de harina, agua, sal y levadura para hacer pan. ¿Cómo había logrado excitarme en mi juventud? Aquellos gestos, lejos de encenderme, me dejaban fría como un témpano. En lugar de madurar en su quehacer sexual, había ido hacia atrás y se comportaba como un adolescente, magreándose desesperado, pensando quizás en las actrices de aquellos vídeos que tanto gustaba de ver en la pantalla del ordenador.

Me dejé hacer, evitando sus besos cargados de nicotina. Me desnudó y comenzó con el salvaje manoseo. Se quitó los pantalones y los calzoncillos y se quedó con la camisa y los calcetines puestos. Esa ridícula imagen, con el enorme y peludo trasero expuesto, hizo que aún se me secaran más las entrañas. Me tendí boca arriba en la cama, y él se echó sobre mí, tratando con todas sus

fuerzas que su mustio pene recobrar el vigor y se alzase soberbio dispuesto a surcar por aquel conocido paraje. Tras varios intentos, logró que se erigiera por un breve espacio de tiempo, el suficiente para tratar de consumir el acto. Tras varias embestidas sin lograr alcanzar su plena satisfacción, se dio por satisfecho. A ello ayudó el que yo fingiera que había conseguido gozar plenamente.

Se tumbó a mi lado y al poco lo oí roncar. Demasiado esfuerzo para él.

Me levanté despacio de la cama. Lo último que quería era despertarlo. Me di una larga ducha caliente y me vestí tranquilamente. Cuando me estaba maquillando, entró en el baño, levantó la tapa del váter y orinó.

—Uf, cielo. Me has dejado rendido. ¡Vaya siesta me he echado! Me visto en un segundo y nos vamos al restaurante. Menos mal que eché un par de camisas, se ha quedado arrugada la que llevaba, ¿por qué será...? —sonrió, mientras me daba una palmada en el trasero.

—Yo estoy terminando ya. La verdad es que me ha dado hambre —repliqué, tratando de seguirle la corriente.

Bajamos al poco al restaurante, donde apenas pude probar bocado. La euforia que había sentido durante el paseo y después con el circuito de *spa* se había evaporado. La sesión amorosa con Lorenzo había roto la tregua.

No tenía apetito a pesar de haberle dicho lo contrario a mi marido. Estaba deseando que terminara aquel dichoso fin de semana. Había sido una ilusa pensando que podría haberlo pasado bien, pero finalmente pude constatar que era imposible si me acompañaba Lorenzo.

El resto del tiempo que estuvimos allí transcurrió tranquilamente, lo que me dio opción a recapacitar y meditar sobre mi futuro. Decidí que a la vuelta seguiría planteándome cómo lograr mi objetivo de manera infalible. No debía dejar que la impaciencia se adueñase de mí.

Tiempo muerto de él.

El viaje fue una gozada. Volvimos con las pilas cargadas. Sentí que de nuevo habíamos conectado, que volvíamos a tener esa complicidad que nos unía. Hicimos el amor como hacía tiempo que no lo disfrutábamos.

Al regresar a la habitación del hotel después de tomar una copa en el bar de abajo, Marifrán ya había vuelto del *spa*. Estaba aún arrebolada, tras la sesión de masajes. Y fue verla y prenderse de nuevo la chispa. No llevaba en el rostro ni pizca de maquillaje, pero estaba sonrosada y con un brillo tan especial que no lo necesitaba. Para mí estaba tan bella así, al natural, que no dudé un instante en lanzarme en sus brazos. Su cuerpo, fuerte y fibroso, sus pechos tan firmes y turgentes, me hicieron desearla al instante.

La acaricié, la besé, y noté cómo ella se estremecía bajo mis caricias.

Había anhelado tanto aquellos momentos, que no quería que acabase nunca aquel fin de semana. Pero todo comienzo tiene un fin, y el domingo llegó, por lo que tuvimos que partir de nuevo hacia casa.

A pesar de todo, seguía manteniendo la esperanza en nuestra unión. Cuando hay rescoldos, el fuego se puede avivar. Y estaba seguro de que los había. Aquel apasionado reencuentro lo demostraba. Y no se iba a quedar ahí. Seguiría cuidando de nuestra relación.

Me sentía culpable por haber desatendido a mi mujer durante tanto tiempo. Creía haberle dado todo lo que necesitaba, y no había sido así. Le había faltado el tenerme a mí a su lado, oyéndola y apoyándola en sus proyectos. Nunca le había puesto barreras a su creatividad. Si había querido hacer reformas, lo había hecho, sin obstáculos por mi parte. Pero eso no era suficiente. Me necesitaba de otra manera, con apoyo moral y no sólo económico. No la acompañé a elegir materiales ni muebles. Simplemente la dejé hacer pensando que eso era lo que ella quería, y escudándome además en mi falta de tiempo por el trabajo. Ahora comprendía que ella me quería a su lado, que la acompañara y camináramos juntos.

A veces me había hablado de ferias de decoración celebradas en otras ciudades con gran entusiasmo, y yo sin embargo la había oído como si fuera la música de fondo en un pub. Sonaba, pero no era más que un acompañamiento. No había pensado que ella quería asistir, que pasáramos un fin de semana en Madrid disfrutando de aquella afición.

Debía animarla, proponerle que iniciara algún tipo de estudios en los que pudiera desarrollar aquello que tanto le gustaba. Hablaría con Rosario, ella sabría qué sería lo mejor para su madre.

Por el momento debía centrarme en el trabajo, que fue lo que hice a mi regreso. Tenía papeleo pendiente, y fue lo primero que me quitó de encima nada más llegar el lunes. La semana iba transcurriendo tranquila, y el jueves por la tarde decidí acercarme a la librería de mi cuñada, Pilar, a pesar de la oposición de mi mujer de mencionarle nada acerca del dinero que le prestamos.

Encontré aparcamiento cerca de la tienda, en la avenida Juan Carlos I, y me dirigí hacia allí.

La librería de mi cuñada no era muy grande. Ocupaba un pequeño local cerca del Colegio de La Salle, un centro de enseñanza concertada de carácter religioso. Llevaba funcionando unos quince años, cuando decidió abrirla tras fracasar una vez más en las oposiciones de Magisterio a

las que se había presentado. Los comienzos fueron bastante difíciles, pues la mayoría de la gente tenía una librería de confianza a la que acudir, pero Pilar había sabido darle un toque especial a su negocio. Había innovado introduciendo productos que eran difíciles de encontrar en Plasencia y en las librerías tradicionales aún más, tales como artículos de regalo originales, e incluso había organizado alguna que otra presentación de novelas y ensayos de autores locales. Si algún cliente buscaba algo y no lo tenía en tienda en esos momentos, lo pedía y al poco ya lo tenía allí. Su negocio era muy importante para ella. Había volcado sus ilusiones en él. En mi opinión a ello había ayudado la pérdida de su novio, con el que tenía planes de boda, unos veinte años atrás, cuando acababa de cumplir los veintinueve. Y sucedió, para más inri, de una manera trágica, cuando cayó de un andamio en la obra en la que estaba trabajando en esos momentos. Apenas había cumplido treinta años, un muchacho lleno de vida que adoraba a Pilar.

Ella no lo superó. No se sintió con fuerzas para mirar adelante y seguir. Por el contrario, se encerró e hizo las veces de viuda sin haber pasado por el altar. Me constaba que aún visitaba a la madre de Ezequiel, su eterna suegra, una mujer muy apreciada y conocida en su barrio, el mismo donde vivía mi madre, que por cierto también la conocía.

¡Cuántas veces no le había dicho esta mujer que era muy joven, que no podía enterrarse en vida! Pero mi cuñada aún guardaba el luto de manera espiritual, que no en su vestimenta clásica, pero colorida.

Abrí la puerta y un suave tintineo de campanillas alertó de mi presencia a las dos mujeres que en ese momento estaban en la librería. Mi cuñada no estaba a la vista, por lo que supuse que estaría en la trastienda buscando algo que le habían solicitado aquellas señoras. Las saludé y me dispuse a esperar. Al poco, apareció Pilar y terminó de atenderlas. Cuando hubieron salido, me acerqué al mostrador.

—Buenas tardes, Pili. ¿Qué tal estás? —saludé, francamente encantado de verla, pues no nos veíamos desde Navidad.

—Hola, Lorenzo. ¿Ocurre algo? —fue su respuesta a mi pregunta. Y no era de extrañar, pues se podían contar con los dedos de una mano las veces que había estado allí, en su negocio. En alguna ocasión le había hecho un pedido de papelería, pero siempre por teléfono, y siendo Ana la encargada de llevarlo a cabo.

—No, mujer, tranquila. Pasaba por aquí y he decidido venir a verte. Supongo que no puedes cerrar para tomar un café, pero te traigo uno y nos lo tomamos aquí si quieres.

Tras cerciorarse una vez más de que sólo se trataba de una mera visita de cortesía, accedió a tomar un café en la cafetería de al lado. Colgó un cartel en el que avisaba de su regreso a la librería en cinco minutos, y salimos tras cerrar la puerta del establecimiento.

Pedimos los cafés en la barra y nos sentamos en una mesa cerca de la cristalera que daba a la calle. Eché de menos encender un puro mientras disfrutaba del cálido brebaje, pero teniendo en cuenta que no se podía fumar dentro de aquel recinto, y, además, que estaba intentando dejarlo, opté por dejar la mano quieta y no meterla en el bolsillo de la chaqueta.

—Pili, quiero que seas sincera conmigo: ¿va todo bien en la librería? —había decidido coger el toro por los cuernos y no andarme con rodeos.

—Bueno, las cosas están flojas para todo el mundo, pero no me puedo quejar. Parece que voy remontando, y no dejo de tener pedidos. Ya estoy con los encargos de los recordatorios y estampas de la Primera Comunión. La gente suele encargarnos con antelación. Y hacen bien, luego son todo prisas y mil y un detalles que preparar.

Miré a mi cuñada mientras sorbía un poco de café. No puede evitar reparar en el gran parecido

que tenía con Marifrán. Sus rasgos eran similares: ambas eran menuditas, pero mientras mi mujer había logrado moldear su cuerpo de forma espectacular, Pilar se mantenía igual de rechoncha que cuando la conocí. Otra de las cosas que no habían cambiado en ella era su corte de pelo. Seguía llevando el pelo de su color natural, castaño como sus ojos, y rizado, en una discreta melena en la que se repartían hebras blancas que delataban, junto a unas finas arrugas alrededor de los ojos y boca, los cincuenta años apenas cumplidos.

—Pili, mira, te voy a decir la verdad. Quería verte para hacerte saber que puedes contar conmigo, con nosotros, para lo que necesites. Si te hace falta más dinero, no tienes más que decirlo, que para eso está la familia —le hice saber sin más preámbulo.

—¿Cómo? —contestó la pobre, desconcertada. Teniendo en cuenta que no quería que nadie supiera lo del préstamo que le habíamos hecho, no me extrañaba nada su reacción. Se sonrojó y no puede hacer menos que restarle importancia al asunto.

—No tienes que decir nada. Marifrán ya me lo contó todo, y sé que no querías que yo lo supiera, pero no veo por qué. La familia está para apoyarse y ayudarse. —Llegados a este punto, le cogí las frías manos, que no paraban de temblar a pesar del calor que hacía dentro del local, por encima de la mesa. —Sólo quiero que sepas que nos tienes para lo que necesites. Sé cómo son los negocios, y los altibajos a los que tenemos que hacer frente los empresarios. No consideres los dos mil euros como un préstamo, no tienes nada que devolver.

Me levanté y pagué las consumiciones. Pilar no atinaba a decir nada, y por unos momentos no supe si había obrado bien al hacerle saber que conocía el tema del dinero que mi mujer le había facilitado. Lo último que me apetecía era que aquella tímida mujer se sintiera cohibida y no quisiera volver a aceptar nuestra ayuda. Traté de tranquilizarla diciéndole que nadie sabría nada, y que como ése era su deseo, tampoco sus padres estarían al corriente.

La acompañé a la puerta de la librería y me despedí. La pobre no sabía cómo darme las gracias. Entró en su tienda y la vi a través del escaparate. ¡Parecía tan frágil! Sentí una gran compasión a la par que ternura por ella. Me resultaba curioso cómo podían ser tan distintas dos hermanas que se habían criado juntas, habiendo recibido la misma educación.

Cuando volví a casa, satisfecho de haber realizado una buena acción, me encontré con un frío recibimiento por parte de mi esposa. Me figuré el motivo de su gélida expresión: seguramente había hablado ya con su hermana y ésta la había puesto al día sobre mi visita a la librería.

No me equivocaba. Pilar la había llamado un rato antes de llegar yo a casa, y aquello no había sentado nada bien a Marifrán.

—Yo desde luego no te comprendo, Lorenzo. Te pido que no le digas nada, que no quiere que nadie sepa que le hemos tenido que dejar dinero y te ha faltado tiempo para ir a restregárselo. —me espetó. Estaba realmente enfadada, y me sentí culpable, porque realmente mi mujer tenía razón.

—Mujer, yo sólo quería que supiera que podía contar con nosotros para lo que necesitara. Es más, le he dicho que no tiene que devolvernos nada. —expliqué, en un intento de defender mis acciones.

—Está bien, dejémoslo. Pero tenlo en cuenta para otra ocasión. Si te pido discreción, tenla, por el amor de Dios. —dijo, ya más calmada para mi alivio.

Me serví una copa y suspiré aliviado. No era nada agradable tener a mi esposa enfadada. Yo sólo había obrado con toda la buena intención del mundo, pero había errado. Había cometido un fallo, aunque afortunadamente no era tan grave, o al menos eso pensaba.

Cenamos pronto, y me quedé un rato viendo la televisión. No me apetecía acostarme y traté de relajarme cambiando de canales, pasando de un programa a otro, de una serie a una película, para

acabar finalmente en el canal de deportes, donde televisaban un partido del Manchester.

Sentí que no estaba solo y giré la cabeza. Me topé de frente con Marifrán, quieta como una estatua. Sus ojos reflejaban una inquina tal que me estremecí. Ni siquiera pestañeaba mientras posaba su mirada en mí. No parecía ser mi mujer, era como si un ser de otro mundo, o de otra dimensión, se hubiera apoderado de su cuerpo, y de su alma, pues aquellos ojos estaban vacíos de sentimientos.

—Marifrán, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? —acerté a decir. Nunca la había visto así, y tengo que reconocer que aquella actitud me estaba preocupando. Pareció despertar del letargo en el que se hallaba, pestañeando un par de veces.

—¡Claro que estoy bien! ¿Por qué no iba a estarlo? —me contestó. Aparentaba estar desconcertada, y decidí bromear para quitar hierro al asunto.

—Te habías quedado con una cara tan rara, que hubieras pasado el *casting* del «Sálvame». Te hubieran escogido fácilmente para poner firmes a los famosillos esos...

—No digas tonterías, por favor. No me hace ninguna gracia. Estoy cansada, sólo es eso. Llevo varios días sin dormir bien y no tengo humor para nada. Me voy a la cama. ¿Te vas a quedar levantado mucho rato?

—No, enseguida subo. Tal vez deberías ir al médico. No te vendría mal un chequeo. No tienes muy buena cara. —Traté de sonar conciliador. Cuando mi mujer no reposaba lo suficiente, se ponía de un talante sumamente difícil.

—No te olvides de apagar la televisión y la luz. La semana pasada te dejaste la luz de la cocina encendida. No sé qué buscabas allí de noche. La alarma ya está conectada. Hasta mañana.

Sin más despedida, subió a la habitación, dejándome sentado en el sofá, preocupado y consternado. De nuevo volvía a tener aquella extraña actitud que tan mal me lo había hecho pasar.

No iba a permitir más sufrimiento. Esta vez la ayudaría a superar sus angustias al precio que fuera. Estaba decidido.

El coche de ella.

Me había sentado fatal que Lorenzo no hubiera cumplido con lo que le había pedido. No podía confiar en él, ni siquiera con algo tan sencillo como que no abriera la boca. No comprendía cómo aquel hombre, con lo parco en palabras que era, se había ido a ver a mi hermana para irle a restregar lo del dinero que le había dejado, supuestamente claro.

Podía estar agradecida de que mi hermana no lo hubiera desmentido. No sabía por qué lo había hecho, pero de lo que sí estaba segura es de que no tardaría mucho en querer ampliar información, pues no la vi muy convencida con mis superfluas explicaciones. Y, ya de paso, soltarme uno de sus sermones. Era de agradecer que la mojigata de Pilar al menos me cubriera las espaldas, con tal de conciliar la paz familiar. Para ella era muy importante que la familia se mantuviera unida, a pesar de que ella no pudo formar una. Y no lo hizo porque no le dio la gana, porque oportunidades no le faltaron, y había cometido tremenda estupidez con querer guardar luto por una persona con la que ni siquiera se había llegado a casar.

Había quedado con las chicas para desayunar. Hacía tiempo que no las veía, y me apetecía pasar una mañana entretenida con ellas. Finalmente vinieron Sandra y Natalia. Marina tenía cita con su abogado. Quería que se revisara el convenio regulador de su divorcio, pues al parecer la pensión que le pasaba su ex marido por los niños no era una cantidad suficiente para cubrir los gastos mínimos.

Nos sentamos fuera, pues ya mediaba abril y las mañanas eran más cálidas que meses atrás, teniendo en cuenta además que Natalia era una fumadora empedernida y no podía pasar sin fumarse un cigarro cada diez minutos.

Sandra llegó más tarde, con el pelo alborotado y la raya del ojo hecha a trompicones, como si se la hubiera pintado alguno de sus hijos. Al saludarme con dos sonoros besos, me llegó un olor a cebolla frita que me hizo torcer el gesto. No pude evitarlo, y me arrepentí al instante, pero ya era demasiado tarde. Sandra se había dado cuenta.

—¡Uf! Perdona, ya sé que debo atufar a comida, pero es que me la tenía que dejar preparada antes de salir. No sabía cuánto podíamos tardar, y después no me da tiempo. Anoche salí tardísimo de limpiar la oficina de un banco que me han dado nueva —se excusó.

—Nada, mujer, no te apures. Así andamos todos, siempre con prisas. Tampoco es que se note tanto —dije, sin que se me ocurriera cosa mejor.

—Me lavé el pelo anoche, y lo tenía húmedo aún esta mañana, y claro, más se pega el olor de la cocina. Un café con leche y media tostada de sobrasada, por favor —pidió al camarero. — Bueno, ¿y qué os contáis?

Natalia sonrió, mientras encendía el tercer cigarro de la mañana pese a que apenas llevábamos media hora allí. No sabía por qué, pero aquella sonrisa boba me hizo sospechar que algo, o más bien alguien, había hecho aparición en su vida.

—¡Tú estás saliendo con alguien, pendoná! —la acusé, riéndome.

—Ya saltó la bruja. ¿Qué sabrás tú? ¿Es que no se puede reír una sin motivo? —Se hizo la ofendida, pero Sandra y yo aguzamos el oído, en espera de lo que pudiera salir de aquella cabeza

loca.

Efectivamente. Eran muchos años de amistad para saber lo que aquella mirada bobalicona escondía. Cuando éramos unas muchachitas apenas empezando a vivir, cada vez que Natalia se enamoriscaba de algún chico, asomaba a sus labios aquella risa nerviosa.

Nos contó que llevaba un par de semanas saliendo con un joven que había entrado nuevo en la academia de inglés donde ella trabajaba como secretaria. Cuando digo joven, me refiero a un chico de veinticinco años, un yogurín que se estaba preparando unas oposiciones para policía nacional. Teniendo en cuenta que Natalia se hallaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, aquello me produjo un latigazo de envidia, pese a que era una de mis mejores amigas y le deseaba lo mejor del mundo. Ella había sabido salir adelante tras su divorcio. Al menos se podía mantener por sí misma, tenía trabajo. Si yo hubiera seguido sus pasos me hubiera visto obligada a vivir de una ridícula compensatoria, y una vez cumplida la mayoría de edad de los niños, a volver a casa de mis padres.

—No quiero ponerme los dientes largos, pero hacía tiempo que no pasaba una noche sin dormir... ¡Bendita juventud!

—Bueno, ya, que sí, que te lo estás tirando, Nati —la interrumpí, traicionándome a mí misma al demostrar tal grado de resquemor. —Ahora vamos a otra cosa. A ver, ¿cuándo nos vamos a reunir para ir de cena? Eso sí, nosotras solas. Ni maridos, ni niños...y con la palabra niños incluyo al semental con el que te acuestas, Natalia.

—Yo no estoy de humor para ir de cena. Lo siento mucho, pero no me encuentro con ánimos para nada. No tengo nada que ponerme, y tampoco sé si Rafael querrá quedarse con los niños —dijo Sandra.

Aquello me enfureció. Llevaba tiempo con ganas de salir, de despejarme, y venía Sandra con esas. ¿Qué clase de mujer se había vuelto? Una estúpida madre abnegada y pisoteada.

—¿Qué clase de amiga eres? Yo...yo de verdad que no te entiendo, chica. Vienes aquí, sueltas tus miserias, tus rollos. Te escuchamos, y ahora saltas con esas. A ver, Sandra, que problemas tenemos todo el mundo, que no eres la única. Y esto no es un confesionario. Que también habrá que salir, que después tus hijos se irán, harán su vida, y pasarán de ti.

Mis palabras, en lugar de enfurecerla, la hicieron llorar como una Magdalena. Esa situación me superaba. Las lágrimas caían silenciosas, y trató de ocultarlas bajo las gafas de sol, pero los hipidos y el goteo persistente de su nariz la delataban. Patético.

Natalia me miró, incrédula, al tiempo que la abrazaba y le tendía un pañuelo para que se sonase.

—Lo siento, Sandra, me he pasado. Es que me duele que seas así, que antepongas a todo el mundo y te olvides de ti misma. Oye, yo también he pasado por tu situación, también he tenido que criar a mis hijos, sé lo que es. Vale, no he trabajado fuera, pero eso no quita que también haya tenido mis quebraderos de cabeza, y mis miedos cuando las cosas no iban bien en la empresa —traté de justificarme.

—Tranquila, ya se me pasa.

El teléfono de Natalia comenzó a sonar, lo que me vino de perlas para aliviar la tensión que se había creado, pues ya me estaba sintiendo incómoda. El torrente de lágrimas de Sandra no parecía tener fin, era como si tuviera una presa en los ojos y se hubiera desbordado.

Tras unos minutos, Natalia colgó.

—Era Marina, que si puedo pasar a recogerla en el taller de Sánchez. Está súper nerviosa.

—¿Qué ha pasado? ¿No puede hacer nada con lo del convenio? —preguntó Sandra, con los

ojos enrojecidos como los de un besugo en mal estado.

—No ha llegado a ir. Cuando iba de camino, notó algo raro en el coche. Pisó el freno y no funcionaba, y se ha llevado un susto tremendo.

—¿Y qué hizo? —preguntamos al unísono Sandra y yo.

—Tirar del freno de mano. Menos mal que iba en segunda porque acababa de salir de un semáforo. Pero imaginaos el miedo que ha debido pasar. Llamó a la grúa y la han llevado al taller, pero me ha pedido que la recoja, no tiene ganas de pedir un taxi. Chicas, me voy para allá. Tomad el dinero de mi café.

—Quita, quita, ya pago yo. Vete con ella, y ya la llamaré yo esta tarde a ver cómo está —me ofrecí.

Sandra se levantó también, excusándose con una lavadora que había dejado puesta y que debía tender. Yo sabía que no era cierto, que era tan sólo un pretexto para no quedarse a solas conmigo. No me importó lo más mínimo. Ya se le pasaría, siempre acababa cediendo. No era la primera vez que habíamos pasado por una situación similar. Era una persona demasiado apocada, a la que no se le podía decir el más mínimo comentario a riesgo de que se echara a llorar o dejara de hablar, resentida.

Me despedí de las dos, y entré a pagar el desayuno. No estaba muy lejos de la librería de mi hermana, y decidí acercarme. No tenía sentido posponer una conversación que teníamos pendiente, y que tarde o temprano habría de llegar.

Lo extraño es que cuando me llamó no me pidió explicaciones acerca del embuste en el que la había implicado. A mí desde luego me admiraba esa forma de ser. Si me hubiera ocurrido a mí no habrían pasado ni cinco minutos antes de descolgar el teléfono y preguntar qué estaba pasando. Estábamos hablando de una cantidad lo suficientemente fuerte como para pedir una aclaración.

Abrí la puerta de la tienda y me recibió un molesto tintineo. Al parecer mi hermana había sucumbido a la moda de poner campanillas que anunciaran la presencia de clientes, lo cual me parecía una completa idiotez, pues la librería no era tan grande como para necesitar que la avisaran cada vez que cruzaran el umbral. Había una pequeña trastienda, donde suponía que guardaba material, pero no era más que una estrecha habitación.

Pilar salió tras el mostrador y me saludó con los dos besos de rigor. En esos momentos estaba sola, y rogué porque no entrara nadie a interrumpirnos. Mientras antes terminara con aquello, mejor. Una cosa menos de la que preocuparme.

—No te esperaba hoy por aquí. ¿Cómo estás? ¿Y los niños? Hace tiempo que no sé nada de ellos. Bueno, de Federico sí, al menos él contesta a los mensajes que le pongo en el móvil —me dijo nada más besarme.

—He ido a desayunar con las chicas, con Natalia y las demás. ¿Te queda mucho para cerrar? Podríamos ir a tomar un aperitivo.

—Marifrán, no son más que las doce, no puedo cerrar aún. Hasta la una y media no puedo echar el cierre. ¿Por qué no vienes a la casa a almorzar? Puedo llamar a mamá y avisarla.

Sopesé la idea por unos momentos, pero desistí. No por Lorenzo, pues seguramente echaría mano de la nevera y se haría algún plato preparado, o comería las sobras del día anterior, o lo más seguro, aprovecharía para ir al bar y cebarse. El caso es que no habría problema alguno en comer con mis padres. Solo que, en honor a la verdad, no me apetecía. Me deprimía ir a casa y ver lo desmejorados que estaban. A veces había llegado a sentirme culpable por no ir a verlos más a menudo, no estar pendiente de su salud y preocuparme más. Sin embargo, yo sabía que estaban en buenas manos con Pilar. Mi madre se apañaba bastante bien, ocupándose de la cocina y

alguna cosa más, y yo sabía que mi hermana le echaría una mano con la limpieza y el resto de tareas. Me ofrecí una vez a pagarle una mujer que fuera a echarles una mano, pero mi madre dijo que en su casa no entraba una extraña a trastear sus cosas.

—Además, me tocaría estar detrás de ella si quiero que haga las cosas bien. No hija, entre tu hermana y yo nos apañamos muy bien. Y tu padre también ayuda, no creas, que si encarta lo pongo a limpiar cristales y hasta a barrer. ¡Y no se le da nada mal!

Por otro lado, si almorzaba con ellos, no tendría tiempo de hablar con mi hermana, que era lo que realmente me había llevado hasta allí. Más valía terminar con eso de una vez. Pese a haber establecido el guion a seguir en mi mente, cuando llegó la hora de la verdad, no supe cómo comenzar. Y lo que más rabia me daba es que estaba segura al cien por cien de que mi hermana sabía lo que me había arrastrado hasta su local. No era tonta aun cuando la rodeaba un halo de inocencia. A mí no me engañaba aquella mojigata. Ciertamente, no me decía nada, y no hacía falta que lo hiciera. Se sentía moralmente superior a mí, como si yo no mereciera tener a Lorenzo en mi vida. Me lo había llegado a decir, lo de mi suerte por tener a mi lado un hombre que me quisiera tanto, mientras ella había perdido al amor de su vida. Me reprochaba lo que ella consideraba un trato injusto a mi esposo, una humillación continua por el mero hecho de llamarle la atención sobre su peso, o su tedioso carácter.

«Tú sabías cómo era él cuando os casasteis, Marifrán. Sabías su modo de ser, y cuando le dijiste que estabas dispuesta a compartir tu vida con él, no te importó. ¿De qué puedes quejarte ahora? ¿Es que él no te aguanta cosas a ti?» Odiaba eso. Aborrecía tanto servilismo y necesidad. ¡Claro que sabía cómo era él! Y desde luego no era así al principio. No era el mismo. Ambos habíamos cambiado, y él no lo había hecho para mejor. Cada vez nos distanciábamos más, y no era justo que yo tuviera que amoldarme a él el resto de mi vida.

—A ver, Pili, no voy a dar rodeos. Ya sabes qué es lo que me ha traído aquí —le dije algo nerviosa. No me convenía estar a malas con ella, pues se iba a convertir en mi cómplice. Era mi coartada frente a Lorenzo y el dinero que había sacado del banco.

—Sí, lo sé. Quieres que te tape una de tus trastadas, como cuando éramos pequeñas.

—Oye, no hace falta que te burles de mí, ni que...

—Ni que compare esta situación con unos dulces que desaparecen de la despensa de mamá, ¿no? Mira, no sé qué te traes entre manos, pero si vas a meterme a mí en asuntos relacionados con tu matrimonio, al menos podrías tener la cortesía de avisarme con tiempo, que no me pille desprevenida —me interrumpió.

—Perdona, Pili. Me pilló a mí también por sorpresa, y no se me ocurrió otra cosa que decirle. No te pude avisar a tiempo, ni sabía que él iba a venir tan pronto a... bueno, a ofrecerte su ayuda.

—Pero ¿en qué estás metida? Lorenzo nunca te ha negado nada, no entiendo por qué no le dices la verdad y punto —una vez más, su integridad me producía arcadas.

—No puedo. No puedo decirlo. Y no es nada malo, tienes que creerme. Pero él no lo iba a permitir —traté de improvisar, desechando las excusas que, momentos antes de entrar en la tienda, me habían parecido perfectas. Frente a ella, sonaban ridículas a mis propios oídos.

—¡No me lo puedo creer! ¡Te has puesto Botox! Es eso, ¿verdad? Ya decía yo que te notaba algo diferente.

Me quedé callada, atónita. Mi hermana me acababa de proporcionar una buena justificación y ni siquiera había tenido que pensarla yo. Aquello me venía de perlas para mis propósitos. Si ella pensaba que me había sometido a un tratamiento con aquella neurotoxina elaborada por una bacteria (no descartaba hacerlo en un futuro próximo), pues bienvenida fuera aquella idea. No la

desmentí.

Me despedí de ella, prometiendo una pronta visita a casa de mis padres. Los llamaría durante la semana para concretar día y me pasaría a comer. Sí, lo haría. Además de tener la obligación para con ellos, debía tener contenta a mi hermana. No pensaba que me delatara frente a mi esposo, dada su idea romántica del matrimonio. Estaba segura de que lo último que quería en este mundo es que hubiera un enfrentamiento entre su adorado cuñado y su hermana. Podía estar tranquila en ese sentido. Una vez más, Pilar sería mi tapadera.

Volví a casa, y miré con desgana en la despensa y en la nevera. No me apetecía cocinar y, de todas formas, tampoco es que me diera tiempo de hacer mucho. Era pasada la una de la tarde, y Lorenzo no tardaría en llegar a casa. Debía pensar en algo rápido y que no me supusiera ningún esfuerzo.

Me decanté por unas chuletas de cordero envasadas al vacío que guardaba en la nevera. Las acompañaría de patatas fritas y de una ensaladilla rusa. Para ésta última usaría un paquete congelado. Sólo tendría que hervir el contenido en agua salada, y cuando estuviera cocinado y algo frío, añadirle salsa mahonesa industrial. Aquel día no daba para otra cosa.

Mientras lo preparaba todo, encendí la radio para no sentirme sola. La seria voz del locutor contrastaba con la alegre melodía de fondo, anunciadora de las noticias locales.

El comienzo del informativo me puso al día del Pleno del Ayuntamiento, reunido para tratar una nueva propuesta de una asociación de vecinos. Tras ello, relataron los sucesos de Plasencia y alrededores, reyerta en un pub incluida. Por último, el locutor hizo mención a ciertas estadísticas que culpaban a los fallos mecánicos de un tanto por ciento de los accidentes de coche en carretera.

Aquello me hizo reaccionar, y volver a retomar un pequeño runrún que me había estado rondando toda la mañana, después de haber estado desayunando con las chicas y tras la llamada de Marina relatando lo ocurrido con su coche. Había recordado el viejo Citroën Berlingo blanco de Lorenzo, que a veces usaba para llevar pedidos poco voluminosos a sus clientes. Cuando éstos pedían algo que cupiera en aquel vehículo, le gustaba ir en persona a realizar la entrega en cuanto estuviera disponible en la nave el pedido. No lo solía hacer por cualquier cliente. Ese «honor» sólo correspondía a los asiduos.

El coche a duras penas pasaba la ITV, pero Lorenzo era reacio a deshacerse de él, al que consideraba un viejo compañero. Las pegatinas que adornaban las puertas y el capó estaban prácticamente despegadas y carcomidas por el sol. En la puerta del conductor apenas se podían distinguir las palabras «Ferretería Tornisol». No había llegado a actualizarlas y modificar ferretería por suministros. Puede que no tuviera jamás opción a hacerlo si me salía con la mía.

El acceso a la furgoneta no era sencillo, pero tampoco imposible. Ésta la solía aparcar cerca de la nave, en el polígono. Guardaba una copia de las llaves en su mesilla de noche, pero la complicación era hallar el momento de llegar hasta ella sin levantar sospechas. Debía esperar a que se hiciera de noche y cerraran. ¿Cómo justificar una salida a determinada hora de la noche? Podría inventar algo, no obstante. Quizás la excusa de una amiga llorosa con una crisis nerviosa. Sí, podría funcionar. Usaría a Marina y su reciente divorcio como tapadera.

Otro escollo que salvar era qué hacer una vez tuviera el Berlingo delante. No entendía mucho de coches. El mantenimiento era para mí echar gasolina y poco más. Del resto, como revisiones y demás, se ocupaba siempre Lorenzo.

Tal vez la respuesta estuviera en Internet, donde pululan vídeos y tutoriales de todo tipo. No es que estuviera la respuesta exacta que indicara cómo averiar el coche de tu marido para que tuviera un fatal accidente, pero sí que podría existir la información de cómo mantener el coche en buen

estado. Haciendo lo opuesto a lo indicado debería conseguir mi propósito.

Cuando Lorenzo se fue de vuelta al trabajo tras almorzar, fregué los platos rápidamente y subí al despacho donde teníamos el ordenador. Busqué instrucciones que me mostraran cómo cambiar el líquido de frenos y... ¡Bingo! Muchas páginas y foros mostraban cómo hacerlo. Averigüé así dónde estaba el dichoso compartimento donde se almacenaba el líquido de frenos. De éste salían tubos que lo distribuían. Un corte del tubo sería demasiado rápido y evidente. Mi marido se daría cuenta al momento de que algo no iba bien, y no le habría dado tiempo a adquirir gran velocidad. No, yo buscaba algo más sutil, y que no pareciera un corte. El coche podía acabar revisándose, y si se hallaba una incisión limpia levantaría sospechas. Debía buscar una herramienta que provocara una fuga lenta pero continua. Así, él no se daría cuenta de que el coche no frenaba hasta haber rebasado cierta velocidad, y, por otro lado, sería imperceptible ante un rápido vistazo al vehículo. Todos los días ocurren accidentes de tráfico, y si además el coche tiene sus años, no debería haber sospecha alguna.

Borré el historial, confiando en que nadie tendría por qué mirar el ordenador cuando Lorenzo perdiera la vida trágicamente. Moriría en un accidente, y las investigaciones se centrarían en la zona en la que se produjera éste, no en el ordenador de casa.

Apenas pegué ojo por la noche. Estaba ansiosa por llevar a cabo mi plan. Antes de que llegara Lorenzo estuve husmeando por el garaje, en la caja de herramientas. Resultaba irónico que apenas tuviéramos artilugios de ese tipo en casa, siendo uno de los más importantes suministradores de ese material en la zona. Apenas dos destornilladores oxidados, unos viejos alicates con el mango cuarteado, un martillo, y algunos clavos y alcajates era todo lo que contenía el arsenal ferretero de mi marido. Me decidí por uno de los destornilladores que, estaba segura, nadie echaría de menos. Lo metí en mi bolso de mano, envuelto en plástico, y me dispuse a aguardar el momento óptimo.

Al día siguiente fui preparando el terreno cuando llegó Lorenzo a almorzar. Le hablé de mi pobre amiga, de lo mal que la había encontrado al teléfono, y lo preocupada que estaba por ella.

—Me da miedo que cometa alguna locura. Está muy afectada la pobre —le dije a Lorenzo, extrañada de que apenas hubiera tocado el plato de pescado frito que le había servido —¿Qué pasa? ¿No te gustan los boquerones? Pues los he comprado esta mañana. Están fresquísimos. La única pega es la peste a fritanga que deja en la cocina. Debes de mirar el extractor de humo, parece que no tira bien —no podía dejar de hablar debido a mi nerviosismo.

—Están muy buenos, cariño, pero es que no me apetece comer más. Mañana no me esperes para el almuerzo. Te aviso con tiempo para que no te preocupes por mí. He quedado en Jarilla con un cliente, y picaremos algo por allí. Voy a llevarle una motosierra que me encargó y que ha llegado esta mañana.

El corazón me dio un vuelco. Mi oportunidad acababa de llegar apenas le había dado forma a mi plan. Esa misma noche sin falta tenía que vaciar el líquido de frenos de la Berlingo. De todas formas, quise asegurarme de que usaría ese vehículo.

—¿Te llevas tu coche? —le pregunté, procurando sonar indiferente.

—Me llevaré el coche a la nave, pero a Jarilla me iré con la Berlingo. No es muy lejos y hay más espacio para llevar la caja con la motosierra.

Sonreí a sus espaldas. Lo único que me asustaba era que no muriese, y que se quedara inválido. Pero deseché aquella nefasta idea. No quería que ninguna preocupación empañara mis esperanzas. Llegado el caso, y si así ocurriera, me sería más fácil rematar la faena con él desvalido. De un modo u otro, yo sería la que acabaría llevando las riendas del negocio junto a mis hijos, sin tener

que soportar su constante presencia.

El resto del día se me hizo eterno, hasta que por fin oí la puerta abrirse. Lorenzo se acercó a la salita donde yo me tomaba una infusión. Al rato cenamos en silencio una tortilla de espárragos y un poco de queso curado y jamón. Lorenzo no habló mucho, en contra de su costumbre. Permanecía taciturno, masticando concienzudamente cada bocado que se llevaba a la boca. No quiso tomar el arroz con leche que un par de días atrás trajo su madre por medio de Luis, durante un servicio con el taxi que tuvo cerca de nuestra calle. Parecía demacrado, y supuse que algo relacionado con el trabajo rondaba por su mente. No quise preguntar qué le ocurría. Me arriesgaría a tener que soportar un rato de charla y podría arruinar mi estrategia para estar ausente y llevar a cabo mi anhelado proyecto.

Recogí la mesa y me senté en el salón, donde ya estaba él viendo las noticias deportivas, que ocupaban casi el mismo tiempo que antes duraba el telediario entero.

Hice como que había recibido un mensaje, suspirando de manera audible.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, sin levantar la vista de la pantalla del televisor.

—Es Marina. Está mal —respondí de manera pesarosa.

—Llámalas. Necesitará desahogarse.

—Uf, no sé. Es que es muy impersonal así. Tal vez debería acercarme a su casa.

—¿A estas horas? —Al fin se dignó a mirarme.

—No es tan tarde. Iré un rato y estaré con ella hasta que se le pase. Me quedo más tranquila si la veo. No te preocupes, no tardaré mucho.

—Mejor te acerco yo. ¿Para qué vas a sacar el coche ahora? Te llevo y luego me llamas y te recojo.

—¡No! —contesté, con un tono demasiado elevado. Me arrepentí al instante y traté de arreglarlo—. No, no te preocupes. Quédate tranquilo, así podrás tomarte una copa, y no te voy a tener esperando mi llamada. En su calle no hay problemas para aparcar. De verdad, no es necesario.

Logré convencerlo. Nada mejor que el poder de un güisqui y un partido de fútbol para quitar a mi esposo las ganas de ejercer su dudosa caballerosidad.

Salí de casa, comprobando una vez más que llevaba todo lo necesario para mi primera incursión en el mundo de la mecánica automovilística. Conduje hacia el polígono pensando en qué ponerme para el entierro de Lorenzo.

El coche de él.

Estaba dolido. Bastante dolido. Diez kilos llevaba ya perdidos y Marifrán no me había dicho nada. Yo ya no comía como antes, y bastante esfuerzo me suponía renunciar a todo lo que me gustaba. Me resistía a comer patatas fritas acompañando a un buen chuletón. Le pedía a mi mujer que me hiciera las papas cocidas. Ella lo hacía unas veces, cuando se acordaba, y las veces que me las encontraba en el plato fritas, tan crujientes y doraditas, me implicaba tal sacrificio que me llegaba a levantar antes de la mesa para no caer en la tentación.

Marifrán estaba distraída, algo habitual en ella últimamente. Tanto, que había dejado de sorprenderme con su actitud. Durante años me había estado machacando con el tema de la dieta poco saludable que según ella estaba llevando, y ahora que había decidido cuidarme, hacía caso omiso de mis peticiones de ponerme alimentos más ligeros, con pocas grasas e hidratos. No había quién la entendiera.

En fin. Cuando llevara perdidos algunos más acabaría por notarlo. La verdad es que me sentía mucho mejor. Respiraba sin sensación de asfixia, y a ello ayudaba también el haber reducido el consumo de puros y mis largas caminatas. Además, las rodillas parecían causarme menos molestias y ya no me apretaban pantalones que meses atrás me hacían daño al sentarme. Y pensar que hasta hacía poco tiempo mis camisas parecían a punto de estallar sobre mi abultado vientre. Parecía un milagro que unos cuantos botones pudieran haber unido las dos partes de la prenda sin haber provocado un accidente saltando sobre el ojo de alguien. Bromas aparte, necesitaba perder al menos diez o quince kilos más para poder asemejarme al zagal que un día fui. Lo iba a conseguir, estaba seguro. Ya llevaba medio camino hecho.

Por otro lado, es cierto que la persona que te ve a diario no es capaz de apreciar tanto la bajada de peso como aquellos que no te ven tan a menudo. Mi madre, por cierto, sí que lo advirtió, y la pobre mujer culpaba a mi esposa de mis kilos perdidos. Las mujeres suelen fijarse más en estas cosas. Ana, la dependienta de la nave, fue otra de las personas que se dieron cuenta. Estuvo varios días de baja porque pilló la gripe, y en cuanto volvió me lo soltó:

—Jefe, tú has perdido peso. No me digas que Marifrán ha conseguido ponerte a dieta. Pues ya era hora, que falta te hacía.

Ni qué decir tiene que me puse más ancho que Pancho cuando la oí. Al fin alguien se fijaba en mis esfuerzos.

Resulta curioso que ninguno de mis hijos se percatara tampoco de mi cambio físico. Claro que, tampoco es que pararan mucho en casa cuando venían.

Con suerte, en verano estrenaría un nuevo bañador. Quizás un viaje a la costa animara a mi mujer. A veces sentía que se alejaba de nuevo, tras una temporada en la que había sido casi la misma chica con la que me casé. Necesitaba hablar con alguien que me ayudara a saber cómo ayudarla, cómo hacer que se sintiera mejor ante la que, suponía, era su inminente paso a la menopausia.

Sí, a pesar de ser un simplón para tratar determinados temas, conocía la existencia de esa etapa tan dura en una mujer. Era curioso que antes esos temas fueran tabú. Recuerdo que cuando yo era jovencito, las chicas no solían comentar esos temas delante de los chicos. A ver, no es que se

escondieran como pasaba en tiempos remotos ni que se las tratara como apestadas, pero sí que eran algo más pudorosas que las muchachas de hoy. Sin ir más lejos, Rosario me había encargado en alguna ocasión que le comprara compresas en el supermercado, «Papi, te pilla de camino», y yo se las había acabado comprando. Y no se cortaba tampoco a la hora de describir los terribles calambres y dolores que la visitaban una vez al mes.

El caso es que no se me ocurrió alguien que la conociera mejor que su propia hermana, que, dicho sea de paso, también estaría en una situación similar. No era un tema que se tratara fácilmente, con el que uno se sintiera cómodo hablando, pero estaba desesperado por ayudar a mi mujer y no se me ocurrió nadie más con quien hablar. Mi madre estaba descartada por completo, ni me lo había llegado a plantear. ¡Menuda era ella! Estaba chapada a la antigua, y ni por un instante se me había pasado por la cabeza. El simple hecho de ver fumar a una mujer la volvía loca, así como otras cosas que consideraba de dominio exclusivo de los hombres. Imagínate tratar con ella un asunto que, todo lo contrario, era único del mundo femenino.

Una tarde, antes de ir al polígono, me llegué por la librería. Cuando le hablé a mi cuñada de mi idea de sorprender a su hermana con un viaje en verano, se mostró entusiasmada. Se notaba el amor que le profesaba. Se lo solté lo primero, pero comentar el tema que realmente me preocupaba me costó horrores. No sabía cómo empezar, y tartamudeé como un colegial cuando le preguntan la tabla de multiplicar.

—Yo...bueno, que sabes que soy muy burro. Tu hermana me tiene preocupado, y no sé cómo puedo aliviar sus pesares. Sé que por la edad pues, eso —traté de explicar embarullándolo todo aún más.

—¿Qué le ocurre a Marifrán? Dime, ¿está bien? ¿Qué tiene? —preguntó, asustada, con sus enormes ojos temblorosos.

—Nada, mujer, nada que no sea normal. Es algo que la naturaleza, que es muy sabia...y el periodo que a estas alturas se le habrá retirado como es lógico, y pues eso, que está alterada.

—¿Está embarazada? —preguntó, mientras daba la vuelta a la llave que cerraba la puerta y volteaba el cartel que indicaba que estaría ausente cinco minutos.

—¿Embarazada? ¡Qué va! Todo lo contrario. Vamos, creo que no, que no es eso. Joder, me lo hubiera dicho. Es más bien lo otro, la menopausia. ¡Tiene ya cuarenta y siete años!

—¿Estás seguro? ¿Te lo ha dicho ella? No hemos hablado de ese tema, pero aún es joven, y teniendo en cuenta que a mi madre se le retiró con cincuenta y cinco años...Me pillas por sorpresa, Lorenzo. No sé qué decir.

Tragué saliva. No sabía cómo salir de aquella situación, y me sentía ridículo. ¿Quién me mandaba a mí meterme en ese berenjenal? Tenía que haber hablado con mi mujer directamente, sin intermediarios. Tenía la sensación de haber vuelto a meter la pata. Si Pilar le hacía algún comentario a mi esposa sobre ese tema, ésta se iba a enfadar, y mucho.

Le pedí a mi cuñada que no mencionara a su hermana mi visita, y mucho menos aquella extraña conversación que había tenido lugar. Ella prometió no hacerlo, y me dijo que con mucho gusto se encargaría de buscar un apartamento para pasar una semana en Valencia. Tenía yo ganas también de conocer sus playas. Había oído comentarios muy buenos sobre la playa de El Cabanyal, y ya me veía paseando por su Paseo Marítimo del que decían que era impresionante. ¡Qué ganas de probar una auténtica paella valenciana! Sólo de pensarlo se me hacía la boca agua. Sí, seguiría cuidándome, por supuesto, pero ese capricho me lo tenía que dar. Tampoco estábamos hablando de un plato excesivamente calórico. Anhelaba la llegada de las vacaciones.

Como ya he dicho antes, soy bastante borrico. No sé expresarme muy bien cuando se trata de

temas emocionales, pero sentimental sí que soy. Bastante sensible pese a la apariencia que tengo. Aún conservo mi vieja Berlingo, la que usaba cuando teníamos la ferretería. Soy reactivo a deshacerme de ella, pues me trae muy buenos recuerdos. Se trata de historia, la historia de mis comienzos, y siempre me ha sido fiel. ¿Por qué deshacerme de ella? Consideraría un acto de traición abandonar a mi vieja compañera. En tantos años de servicio, jamás me había fallado. Y mira que tenía kilómetros. Una vez me llevó a Madrid, ida y vuelta, a recoger un pedido que me habían hecho.

Fue durante una huelga de transportistas. Necesitaba recoger el encargo, tal y como había prometido a mi cliente, y no podía fallarle tras semanas de espera. Me sabía fatal tener que decirle que aún no estaba listo, así que cuando me llamaron de la capital para informarme de que al fin había llegado, suspiré aliviado. Mis problemas comenzaron al convocarse la huelga, que tenía visos de ser duradera. No me lo pensé un instante, y decidí ir yo personalmente, pese a las protestas de mi mujer.

Y dicho y hecho. Allá que me planté con mi querido transporte. Se portó como una campeona, y logró traerme de vuelta para nada más llegar tener que llevarla al taller. Bueno, era del noventa y siete, y teniendo en cuenta que los años coche suelen ser como los años perro, en el que un año equivale a siete de vida humana, no podía quejarme. Ya tenía trece años de existencia cuando ocurrió aquello. Pero cuando hablamos de un buen motor y un mecánico competente, todo se queda en nada.

Ahí seguía, moviéndose como una machota. Eso sí, ya no la sometía a viajes tan extenuantes, y me conformaba con sentir su potencia en viajes cortos.

Tenía previsto ir a entregar una motosierra a un fiel cliente de la Jarilla, a poco más de veinte kilómetros de Plasencia. No me lo pensé, y avisé a Marifrán para que no me esperara a comer ese día. Además de cliente, José María siempre había sido un gran amigo. Un gran hombre, elegante y educado, cuyo porte contrastaba con la fiereza con la que trabajaba en el campo. Cualquiera diría que, tras su cuerpo esbelto y su apariencia de estirado, se ocultara semejante fortaleza. Me encantaba pasar el rato con él. Llevarle personalmente su pedido suponía comer allí y compartir un par de vasos de vino.

A eso de las doce de la mañana cargué la motosierra en la parte trasera de la Berlingo y me dispuse a coger la carretera en dirección a Jarilla. Al principio iba todo bastante bien, pero a medida que me dirigía a las afueras comencé a notar algo raro en el coche. No estaba como siempre y aquello me preocupó un poco. No es que hiciera un ruido en concreto, ni siquiera se encendieron luces en el panel. Aun así decidí seguir adelante. A la vuelta lo llevaría al taller de mi amigo. No era un largo recorrido, y si lo llevaba en esos momentos me retrasaría bastante, y tampoco tenía la certeza de que se pudiera arreglar en poco tiempo o que tuviera demasiados coches por delante en espera.

No debía ser algo dificultoso ya que, recientemente, había pasado la ITV. Seguí avanzando, pero justo al llegar a una de las curvas, quise reducir velocidad y comprobé angustiado que el coche no frenaba. El pedal del freno estaba suave, se hundía con una facilidad pasmosa, y el coche no disminuía su ritmo. No ganaba nada con alterarme, así que procuré guardar la calma, respirar hondo y rezar por que no apareciera algún coche de frente, u otro tipo de obstáculo que me obligara a frenar de manera repentina. Era una situación peliaguda, teniendo en cuenta además que tomar una curva a demasiada velocidad podía hacerme salir de la carretera.

No llevaba una velocidad excesiva cuando noté el fallo en el pedal, pero justo ese tramo se hallaba con una inclinación que me hizo acelerar. El velocímetro marcaba ya setenta kilómetros

hora cuando alguien Allá arriba oyó mis plegarias. A la derecha de la carretera apareció ante mis ojos una pequeña explanada coronada por una encina. Sin pensarlo, tiré del freno de mano mientras giraba el volante hacia allí. Aquello fue lo que me salvó de una tragedia. El coche avanzó unos metros más y vine a empotrarme contra la vieja encina, que frenó el avance de un tirón.

Encendí los cuatro pilotos indicando emergencia y salí del coche temblando. Ni siquiera sé cómo me sostenían las rodillas de tanto como tiritaba. Era como si se me hubieran hecho de gelatina. Aspiré todo el aire que me permitieron mis pulmones y me volví hacia el coche. Abrí la guantera y saqué los papeles, donde venía el número de teléfono de la grúa del seguro. Me prometieron no tardar mucho en venir a recogerme, y tras volver a repetir que no precisaba de ambulancia alguna, colgué y me senté en un tronco caído.

Después de todo, había escapado bastante bien. Podía haber sido una tragedia, aunque debía lamentar la pérdida de mi vieja compañera. Allí, en esa carretera, había terminado sus días de servicio.

¡En fin! No me quedaría más remedio que comprar otra furgoneta del mismo tipo. No pensaba renunciar a seguir atendiendo personalmente a mis clientes más apreciados. Esos pensamientos me recordaron algo. Tenía que avisar a José María del percance que había sufrido, si no el hombre se iba a preocupar al ver que no llegaba a la hora que le había prometido.

Aproveché el tiempo de espera hasta que llegara la grúa y lo avisé. Decidí llamar también a mi mujer. A veces las noticias vuelan, y quién sabe si no llegaría a sus oídos antes incluso de que me recogieran. Quería ser yo personalmente el que la avisara, así se quedaría más tranquila al ver que estaba perfectamente.

Marqué y esperé varios tonos, y justo antes de que saltara el contestador, respondió:

—¿Sí? ¿Quién es?

—¡Quién va a ser, mujer! ¿No has visto en la pantalla que soy yo? —le respondí, socarrón. Desde luego, desde que se pueden identificar las llamadas, se han dejado atrás las bromas telefónicas que gastaba cuando era un crío. Se quedó un rato en silencio, y pensé que se había cortado la línea. Miré la pantalla del móvil y vi que seguíamos conectados. —Marifrán, ¿estás ahí? ¿Me escuchas?

—Sí, sí. Dime.

—Mira, no te vayas a asustar, pero he tenido un pequeño accidente. Estoy bien, de verdad. No ha sido nada, gracias a Dios. El coche no frenaba y tuve que salirme a un lado de la carretera. Se ha quedado destrozado por el morro, porque me di contra un árbol, pero estoy perfectamente.

Silencio de nuevo. Me retiré el teléfono de la oreja y lo miré. Tenía buena cobertura a pesar de las curvas. Quizás fuera ella la que no tenía bastante.

—Oh, vaya. Yo... me alegro de que no haya sido nada. Lorenzo, te tengo que dejar, están llamando al timbre de la puerta. Hasta luego.

No debí haberla llamado. La pobre se había llevado tremendo susto, y se había quedado sin palabras. Cuando reaccionara, seguramente me llamaría para pedirme más detalles y para regañarme por mi imprudencia. Llevaba tiempo diciéndome que me deshiciera de aquel coche al que no veía nada seguro. Visto aquello, lo mejor era no llamar a mi madre y darle también un disgusto. No creo que Marifrán le dijera nada, dado que afortunadamente no había sufrido daño alguno, así que volví a llamar a mi mujer para advertírselo.

En esta ocasión cogió el teléfono al primer tono que dio.

—Lorenzo, ¿estás bien? Me he quedado antes en *shock* y ni siquiera he sabido reaccionar.

¿Quieres que vaya a por ti? ¿Dónde estás? —realmente estaba angustiada, y eso me produjo remordimientos.

—Tranquila, mujer. Estoy bien, de verdad. No debí haberte asustado de esta manera. Te lo tenía que haber contado cuando nos viéramos, para que comprobaras que no me había pasado nada. Te llamo para decirte que a mi madre de esto ni una palabra. No quiero preocuparla en balde.

—Bueno, pero ¿voy por ti o no? Necesito que me digas dónde estás.

—No te apures, estoy esperando la grúa. Me voy con el conductor... —empecé a decir.

—¿Y el coche? ¿Qué vas a hacer con él? No pretenderás llevarlo al taller, ¿no? Te tienes que deshacer de él, no ha dado más que problemas.

—Bueno, no creo que tenga arreglo. No sé qué fallo ha podido tener, pero el morrazo que he dado contra el árbol no lo ha dejado en muy buen estado. No creo que merezca la pena arreglarlo. Irá derecho al desguace.

Oí un suspiro de alivio al otro lado de la línea. Al fin y al cabo, mi mujer tenía razón. No merecía la pena arreglarlo. Pese al valor sentimental de mi Berlingo no me quedaba otra opción que despedirme para siempre.

Colgué, prometiéndole una vez más que no lo llevaría a arreglar, y me dispuse a esperar a la grúa.

La pérdida de ella.

Esperaba una llamada importante anunciándome algo que cambiaría mi vida. Y la llamada llegó, pero no de la persona que esperaba ni con la noticia que tanto ansiaba desde hacía meses.

Fue una llamada al teléfono fijo. Era mi padre.

—Hija, tenemos que hablar. Tengo que decirte algo muy importante, pero no me gustaría hacerlo por teléfono —aquellas palabras iban acompañadas de un tono tan triste, que por unos instantes sentí una gran inquietud al no haber tenido en cuenta el cariño que mis padres pudieran tenerle a Lorenzo.

—Papá, dime lo que me tengas que decir ahora. ¿Qué ocurre? —procuré sonar ansiosa. Al pobre le había tocado en suertes la nada gratificante tarea de anunciarme la trágica muerte de mi esposo.

—Tienes que venir a casa. Te esperamos a comer. Pilar ha encargado un arroz en el bar. Lo traerá cuando cierre la librería. Vente para las dos y media, y si quieres que se venga Lorenzo también.

Aquello no tenía nada que ver con mi marido. Algo ocurría, y mucho me temía que no eran buenas noticias. No hacía falta alardear de un sexto sentido, o de intuición femenina, para saber que las cosas no iban bien en casa de mis padres.

Al rato recibí una llamada al móvil. Era Lorenzo. Vivo. Ileso. Una vez más demostrando el fracaso de mi plan. Lo oí como si me hablara desde el espacio. Lejano, distante. Aún estaba conmocionada por lo que estaba a punto de saber. No, no quería oírlo. No quería saber que uno de los dos estaba enfermo terminal. No quería saber que iba a perder a uno de mis padres. ¿Qué otra cosa podía ser? No era mayores, pero tan poco unos chiquillos, y estaba segura de que podía casi oír la temida palabra que a tanta gente golpeaba, a veces sin dar opción a defenderse. Seis letras, seis malditas letras que echaban tu mundo a perder. Pero ¿qué podía hacer? ¿Taparme los oídos? Colgué el teléfono a Lorenzo, balbuciendo unas disculpas, y me senté en el sillón. Las piernas me habían empezado a temblar, incontrolables, como si alguien les hubiera dado cuerda. Esperé a calmarme antes de vestirme y salir de allí. Era temprano, pero me ahogaba. No podía seguir en mi casa, donde las paredes se me venían encima. Necesitaba salir y respirar.

La cara de mi padre cuando abrió la puerta de casa era una guía donde habían quedado marcados los momentos de angustia que llevaba soportando desde hacía días. Lo encontré avejentado y bastante desmejorado. Entré, y al momento llegó a mi nariz el aroma de la tristeza. No exagero. La pena huele. Es un olor agrio y amargo, que te invade las fosas nasales y se instala en tu cerebro, llenándolo de pesar. Flotaba en el ambiente, y era tan denso que casi lo podía tocar.

Me sentí estafada en el contrato firmado con la vida, la otra parte contratante. No había cumplido las cláusulas, no me daba tregua. ¿Cuál era el objeto del contrato? Me había dado una felicidad aparente durante una serie de años, y ahora ¿qué? Este tramo de mi existencia no pintaba nada bien. El precio que pensaba cobrarme era demasiado alto.

Entré en el salón, en silencio, y cuando la vi supe que eran las células cancerosas de mi madre las que habían decidido crecer y diseminarse de manera incontrolada. A pesar del aspecto demacrado de mi padre al recibirme en el umbral, no me cupo la menor duda de que era mi madre

la enferma.

Me sonrió, y al momento comprendí que ella conocía mis pensamientos. No dijimos nada. Me limité a sentarme a su lado, en una silla, cogiéndole la mano. ¿Qué más daban los detalles? No necesitaba saber, como más tarde me explicó mi hermana, que aquel «bicho» le había invadido el colon, el hígado, y había alcanzado el cerebro. Lo había ocupado todo, haciendo estragos, como un ejército de saqueadores que se iban apropiando de todos los órganos que encontraban a su paso. Aquello había sido como una maldita lotería cuyo premio gordo era la muerte a la que mi madre estaba irremediablemente abocada. Pocas esperanzas existían, y lo sabíamos. Tras una larga lucha, quizás ganara unos meses, a lo sumo un año, de vida, pero ¿a qué precio? Jornadas interminables de quimioterapia que le provocarían gran sufrimiento, para finalmente perder tan cruenta batalla.

Procuré mantenerme firme, al menos delante de ella. Comimos en un fingido estado de normalidad, una especie de tregua con la enfermedad antes de plantarle cara. Mi padre estaba destrozado. A pesar de no haberse llevado siempre bien con mi madre, a pesar de las múltiples discusiones producto de una vida llena de altibajos en la que el dinero había sido siempre un obstáculo debido a su escasez ocasional, mi padre la quería.

Una vez pasados los escollos de aquellos años, y con la vida de mi hermana y la mía resueltas, ya no había motivos para no disfrutar de una apacible vejez juntos. Quitando las manías que ambos pudieran tener, propias de la convivencia, estaban mejor que nunca. Disfrutaban uno del otro en agradable compañía, viajando con el Imserso y conociendo ciudades que antes no habían tenido oportunidad de visitar.

Así es la vida. Y ello me hacía plantearme la mía. Nunca se sabe cuándo llega a su fin, ni cómo. Podía llegar en forma de tiesto de cerámica en tu cabeza un ventoso día mientras paseas por la calle, o tras una larga enfermedad llena de dolores y sufrimiento. ¿Debía yo conformarme con vivir la mía tal cual lo estaba haciendo?

Volví a casa, llena de cavilaciones. Me esperaban unos meses muy duros, y tenía que hacerles frente de la mejor manera posible. Lo primero era llamar a los niños y explicarles la situación. Debían saber lo de su abuela, y visitarla más a menudo de lo que lo hacían. En cuanto al tema de Lorenzo, debería dejarlo aparcado por el momento.

Conociendo a mi hermana, no se separaría de mi madre en ningún momento. Por ese lado podía estar tranquila. Ya habíamos hablado de ello, y pese a que ella tenía un negocio al que atender, había preferido ponerlo en manos de una chica a la que había contratado. Iría igualmente a dar una vuelta de cuando en cuando, sobre todo por el tema de los pedidos, pero ya tenía decidido permanecer al lado de nuestra madre durante toda la enfermedad.

Por mi parte, yo lo tenía mucho más fácil para atenderla. No tenía cargas que requirieran mi continua presencia en casa. Mis hijos, mayores ya, podían apañárselas perfectamente sin mí. Ni siquiera los tenía en casa para comer a diario, y en cuanto a Lorenzo, tres cuartos de lo mismo.

A pesar de tener libertad absoluta para pasar el tiempo con mi madre, había algo que me impedía estar a su lado en tan difíciles momentos. Me sentía incapaz de verla apagarse día a día. En lugar de aprovechar el tiempo que le quedaba en este mundo acompañándola, cuidando de ella, acababa buscando excusas para no ir tan a menudo como debería en semejante situación.

Los chicos habían reaccionado de distinta forma. Mientras que Rosario asimiló la noticia con entereza, Federico se derrumbó. Se vino abajo literalmente, y rompió a llorar desconsolado. Su hermana trataba de consolarlo haciéndole ver que la abuela seguía con vida, y por tanto debía vernos fuertes, al menos en apariencia, tratando de darle el ánimo que tanto precisaba.

Junio se acercaba, y con el mes llegaban los temidos exámenes para ambos. Ello no les impedía venir cada fin de semana a ver a su abuela, que se marchitaba como una flor, deshojándose.

Lorenzo, por su parte, seguía con su vida. Trataba de consolarme, darme su apoyo, pero yo acababa rehusándolo, huyendo de él y de sus melosas muestras de cariño. No lo soportaba, ni aguantaba su contacto.

Un martes llegué a casa de mis padres. No había ido desde el jueves anterior, y me sentía bastante culpable. No lo estaba haciendo bien, lo sabía, y esperaba que mi madre lo comprendiera. Recordaba a mis padres invencibles, cuando era pequeña. Con esa edad no te planteas que algún día te tocará a ti cuidar de ellos. No, no lo estaba haciendo bien, huyendo del mal de mi madre, de la pena y tristeza de mi padre y mi hermana. Tenía que cambiar, afrontar lo que estaba por venir, despedirme de ella ahora que era consciente de nosotros, de su familia. Estar a su lado, decirle cuánto la quería, cuánto me arrepentía de aquellos actos que tanto le hicieron sufrir. No quería dejar cosas sin hablar, para andar después preguntándome si ella lo sabría, si estaría informada de todos esos sentimientos que me inspiraba.

Mi hermana estaba allí. Me abrió la puerta, y sin decir palabra se dio la vuelta, dejándome en el umbral. En el plazo de un mes se le notaban los estragos del hondo pesar que la afligía. Su cara estaba mucho más delgada, y pequeños capilares rojos surcaban sus ojos, como si no hubiera dormido en días. Todo en ella reflejaba un gran cansancio. Sus pasos pesarosos, los hombros encorvados y el rictus que adornaba su boca indicaban que se hallaba al límite.

Justo cuando me disponía a entrar en el dormitorio de mi madre, me asieron del brazo y me llevaron hacia el salón. Era Pili, que cerró la puerta, indicándome con un gesto que me sentara en uno de los sillones

—Ayer estuvimos en la quimio. Es la última sesión que va a recibir mamá.

—¿La última? Eso quiere decir que... bueno, que ha remitido la enfermedad, ¿no? —pregunté, a sabiendas de que la respuesta no sería aquella que yo esperaba.

—No, Marifrán, no. Todo lo contrario. Han salido las pruebas. Está muy extendido, y ya no hay nada que hacer. No surte efecto, hay metástasis. Es cuestión de días —respondió mi hermana.

—¡Algo se podrá hacer! Hay más médicos. No pueden dejarla así, tiene que haber solución.

—Yo he estado allí, con ella. He hablado con los médicos, he estado acompañándola. Papá ya no tiene fuerzas ni para oír el veredicto, ¿sabes? Estamos agotados. Fui yo, yo la que le sostuve la mano mientras nos dieron el resultado, la condena a muerte de mamá. No podemos dar más pasos porque no existe más camino que andar. Se acabó, Marifrán. Lo único que queda es evitarle los dolores.

Ahugué un grito de rabia. Pilar me estaba echando en cara que yo no hubiera estado allí. Y me dolía aún más reconocer que tenía toda la razón. Yo no había sabido estar a la altura, me había escabullido de aquellos momentos; me había ocultado como una lombriz, bajo tierra, sin querer salir a la luz del oscuro día que eran nuestras vidas desde que conocimos el diagnóstico.

—Sabes que yo no puedo con esto. Me duele demasiado, Pili. No...no estoy preparada para este padecimiento. Lo siento, no puedo.

—¿Y yo sí? ¿Yo sí estoy preparada para ver cómo se consume a cada hora que pasa? ¡Qué sabrás tú! He tenido que dejar mi negocio, y dedicarme por entero a ella, sin un día de respiro, sin un día para mí misma. Sin poder escapar de este dolor...

—¡Y quién te lo pidió! Nadie te ha obligado a ponerte al frente. Has sido tú, la bondadosa, la misericordiosa. ¡Tú, la que sólo quiere que le echen flores! ¿Para qué? Para decir que el mundo

no gira sin ti. ¡Falsa! —grité, levantándome alterada. Aquello ya se nos estaba yendo de las manos.

La puerta del salón se abrió de golpe, dando paso a mi padre, que cerró tras de sí.

—¿Qué es este escándalo? ¿No os da vergüenza discutir como la gentuza en unos momentos así? Esto no lo esperaba de vosotras. Vuestra madre está al otro lado del pasillo, muriendo... — mi padre no pudo continuar, su voz se quebró. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar con violentos temblores.

Pilar se acercó a él y le echó el brazo por los hombros, atrayéndolo hacia sí, abrazándolo, mientras yo me quedaba quieta, sin saber qué hacer. Opté por salir del salón e ir al dormitorio de mi madre. La observé, desde el pie de la cama, sin atreverme a acercarme, temiendo que ya fuera demasiado tarde. En un principio así me lo pareció, pues no conseguía ver su pecho ascender al inhalar aire. Su rostro estaba completamente amarillo, los ojos cerrados, hundidos en las cuencas. Era como si todo se le hubiera quedado enorme, apenas un saquito de huesos recubierto de piel apergaminada. Unos mechones de pelo, ralos, descansaban en la almohada, sin vida, como las raíces secas de una planta arrancada días atrás.

Me senté en el filo de la cama, y le cogí la mano. Abrió los ojos despacio, y trató de fijar su mirada en mi rostro. Confundida, tardó unos segundos en reconocerme. No parecía haber oído nada de la amarga discusión que acababa de tener lugar a escasos metros de la habitación.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida? Con la de cosas que tengo que hacer —dijo, con una voz tan débil, que tuve que hacer un gran esfuerzo para oírla.

—Mamá, lo que tienes que hacer es descansar. Sólo así podrás tener fuerzas suficientes para poder luchar...

—No, no, déjate de luchas —señaló, luchando por incorporarse de la cama —Estoy cansada de pasarme el día aquí tumbada, de ver vuestras caras tristes, de no poder saborear una taza de café siquiera, sin que me venga el regusto a medicina a la boca... ¡Estoy viva! Aún lo estoy, y quiero disfrutar de los días que me quedan.

—Mamá... —pronunció Pilar con voz trémula desde la puerta.

—Chicas, sé que es una batalla perdida. Todos lo sabemos. Esta vez no voy a ganar, y ya que es así, dejadme que viva a mi manera el tiempo que me quede. Vamos, ayudadme a levantarme de esta cama, nos vamos a comer fuera.

Fue la última vez que estuvimos los cuatro juntos fuera de casa. Apenas tres días después, velábamos a mi madre en el tanatorio, en la carretera de Malpartida.

El cinco de julio la enterramos, en un nicho situado cerca de mis abuelos. Era un día bastante caluroso. Me encontraba exhausta, tras varias noches sin descansar bien. A ello había que sumarle el continuo trajín de familiares, amigos y conocidos que se acercaban a expresarnos sus condolencias.

Cuando volvimos a casa, sentí un vacío enorme. No la veía más. Me dejé muchas cosas por decirle, y sobre todo, no hice todo lo que pude por ella. Durante ese tiempo no estuve a la altura. Y sabiéndolo no hice nada. Advertí que me arrepentiría de no acompañarla al médico, de no ir a verla a diario, de no ayudarla a asearse, o servirle el desayuno. Me había quedado paralizada, creyendo que si no miraba a mi alrededor, no sucedería. Ya estaba Pilar, como siempre, ocupándose de todo. ¿Qué más daba si yo no colaboraba? Mi hermana estaría igualmente a su lado, no la dejaría sola.

Pero había sucedido, y ahora el resquemor se había instalado en mis entrañas.

A medida que fueron pasando los días, la amargura fue cediendo. Tenía de nuevo a mis hijos en

casa tras haber terminado las clases en la universidad. Ellos eran jóvenes, y la pérdida de su abuela, aun habiéndoles supuesto un duro golpe, no les impidió seguir disfrutando de su vida como normalmente hacían. Ya planeaban viajes a la costa con sus amigos. Planes en los que, por supuesto, Lorenzo y yo estábamos excluidos, salvo por el tema del parné y la logística.

Tras tanto esfuerzo académico y habiendo aprobado ambos el curso completo, ¿quién se lo negaba? Podíamos permitirnoslo de cualquier modo. Habían encontrado una casa que alquilarían junto a unos amigos comunes en Conil. Pasarían la segunda quincena de julio allí, mientras que a mí me tocaba quedarme en casa con Lorenzo. Nosotros, si nada lo impedía, nos iríamos una semana en agosto a Valencia.

Debía aprovechar esa quincena para finiquitar mi plan.

La pérdida de él.

Hice todo lo que pude por Marifrán, para que pasara todo el tiempo que pudiera con su madre, en sus últimos momentos. Yo no es que sea muy cuidadoso en casa, lo reconozco, pero me apaño bastante bien. En cuanto a la comida, no existía problema alguno. Y más aún, desde que había decidido cuidarme. Se habían acabado las comidas grasas para mí.

Decidí apoyarla nada más supe de la grave enfermedad de mi suegra. Arrojé a mi mujer, pero tal vez no fuera suficiente. Se había distanciado de mí, y como pude comprobar, incluso de sus propios padres y de su hermana. Había dejado a ésta última toda la carga, y ello me constaba. No porque mi cuñada me hubiera dicho nada, sino porque Marifrán seguía haciendo su vida como siempre, como si no hubieran diagnosticado a su madre una terrible enfermedad que tenía visos de tener un trágico desenlace.

Era sumamente desconcertante, pero yo tampoco podía hacer nada. Cada cual reacciona ante la adversidad de distinto modo, y quién era yo para decirle que debía asistirles, que debía ser un bastón para su hermana, que estaba sufriendo el día a día sola.

Era como si negando la realidad, ésta no existiera. Cuando llegaba a casa de trabajar, por la noche, me la encontraba mirando la televisión encendida, pero sin verla realmente. Sus ojos no mostraban emoción alguna ni reacción ante las imágenes que inundaban la pantalla.

No era extraño que, tras preguntarle por el estado de su madre, me dijera que ese día no la había visto. Yo lo achacaba al dolor, a la necesidad de alejarse de la pena. No dejaba de pensar en lo que tanto se dice respecto a «hacer las cosas en vida de la persona, porque después, poco se le puede hacer».

El resto de la familia, al igual que nuestras amistades, llamaba regularmente, interesándose por el estado de la enferma. Marifrán contestaba con monosílabos, y remitía las llamadas de los parientes a su hermana Pilar.

Como esperábamos, y tras una dura agonía, mi suegra falleció a principios de julio. Mi mujer estaba desolada, y sólo pareció recuperarse un poco al tener de vuelta a los chicos, aunque fuera por unos días antes de salir de viaje con sus amigos.

Yo tenía preparado un viaje a Gandía, en Valencia. Había alquilado la primera semana de agosto. Siempre me tomaba unos días en ese mes, pues era más flojo que durante el resto del año. La mayoría de mis clientes hacía lo propio, y se tomaban también vacaciones. Dejaría el personal mínimo para atender posibles pedidos, pero éstos, a no ser que se tratara de algo de suma urgencia, no saldrían hacia su destino hasta septiembre.

Necesitábamos desconectar y alejarnos del calor de Plasencia en verano. Aquel año más que nunca, sobre todo por ella.

Había reservado con antelación un apartamento, en primera línea de playa, en el Paseo Marítimo de Neptuno. A pesar de haberlo solicitado con lo que yo creía, era tiempo de sobra, me costó bastante esfuerzo, súplica, y, por qué no decirlo, dinero. Había sospechado, nada más empezar a buscar, que no sería fácil. En temporada alta, los precios se disparan, y, aun así, resulta difícil hacerse con uno. El porcentaje de ocupación era muy elevado, y la mayoría de los sitios a los que llamé, los tenían reservados hasta la primera quincena de octubre. Eso era normal, dado el

cálido clima de la costa levantina. No eran pocos los que decidían cogerse las vacaciones en septiembre, e incluso octubre. Alejados de la muchedumbre, podían disfrutar de unas jornadas más tranquilas, sin tanto jolgorio. Pilar había prometido ayudarme a planificar las vacaciones, pero tras la enfermedad y muerte de mi suegra, no me sentí con derecho a importunarle con nuestros momentos de ocio.

Una vez los chicos partieron hacia Cádiz, el tiempo pareció ralentizarse. La casa volvía a quedar vacía, sin las animadas comidas, e incluso pequeñas discusiones de Federico y Rosario. No es que se gritaran o armaran demasiada bulla, pero a pesar de ser hermanos, no podían ser más dispares en sus ideas.

Añoraba esa jovialidad, ese deseo de comerse el mundo. Cuando crees que tú puedes hacer algo especial y deshacer esos nudos que atan a la sociedad, te sientes único. Después van pasando los años y la amplia mayoría, por desgracia, perdemos fuelle y pasamos a centrarnos en nuestra realidad más cercana, en la cotidianidad. No es que dejes de sentir, ni que no te afecte lo que ocurre. Es que lo aparcas a un lado para atender lo más cercano, y con el paso del tiempo, es esto lo que cobra más importancia en tu vida.

Era como si llevara anteojeras, al igual que los caballos, que me impedían ver a mi alrededor. Sólo me centraba en lo que tenía delante, sin distracciones. Y lo que tenía delante era mi familia y mi trabajo.

Alguna vez, para acallar mis inquietudes, donaba dinero a alguna organización. Las más de las veces protestando, pues consideraba que ese dinero no llegaba a quien realmente lo necesitaba, que se perdía en el camino en manos de los «peces gordos». Poco quedaría a repartir entre los que lo necesitaban, pero el hecho de darlo me aliviaba en parte la conciencia.

Lo cierto es que cerca de mí no escaseaba la gente necesitada, y el haber echado una mano a mi cuñada cuando le hizo falta me hizo sentir muy bien.

La última semana antes de partir a Valencia se me hizo larguísima. Las altas temperaturas provocaban un continuo cansancio. El mínimo movimiento provocaba que el sudor me resbalara por la cara y la espalda. Durante las horas centrales del día era imposible salir a la calle. Me costaba un gran sacrificio abrir la puerta de casa para volver al trabajo, abandonando la agradable temperatura de mi hogar tras el almuerzo. Me había aficionado a las frescas ensaladas que tanto gustaban a mi mujer. Era lo que mejor sentaba en esos días en los que me imaginaba el infierno con un clima templado al lado del sofocante calor que parecía golpearme al abrir la puerta.

Una tarde salí antes del trabajo para poder comprar algunas prendas que necesitaba para nuestras vacaciones. Solía encargarse Marifrán de ello, pero no quise darle ese calentamiento de cabeza y ponerla de malhumor.

Soy un desastre para esas cosas, principalmente por el mal gusto que tengo a la hora de combinar las prendas, pero dado que lo que me iba a comprar era un par de bermudas y bañadores, más alguna que otra camiseta, me aventuré a ir solo, sin más ayuda.

Se lo podía haber dicho a mi madre, aunque resultaría bastante extraño ver a un hombre hecho y derecho como yo yendo de compras con su madre. Confiaba en no hacerlo tan mal.

Entré en la primera tienda que vi en el centro comercial, cuyo escaparate mostraba ropa de hombre. Debí haber prestado más atención al tipo de ropa que estaba expuesta. Nada más entrar, una música machacona e ininteligible martilleó mis oídos. Al instante comenzó a dolerme la cabeza. No comprendía cómo podían pasar su jornada laboral aquellas pobres criaturas con ese sonido tan cargante. Busqué algún dependiente que me pudiera ayudar, pero no supe reconocer a ninguno. Me acerqué a la caja, donde una escuálida chica de pelo azul cobraba a un joven

desgarbado.

—Perdona... —comencé a hablar.

—Un momento, caballero, estoy con un cliente —me dijo, sin siquiera mirarme.

Aquello, no sé por qué, me dio una vergüenza terrible. Me sentí como si me hubieran pillado cometiendo una falta. Me di la vuelta y me propuse apañármelas sin ayuda.

Di una vuelta por la tienda, donde se apilaban prendas sin ton ni son. Al fondo descubrí una pila de ropa multicolor, y pensando que se trataba de bermudas, me dirigí hacia allí. Resultaron ser una especie de pañuelos de colores estridentes. Me daba ya por vencido, cuando se me acercó un chico ataviado con unos pantalones que parecían a punto de caérseles, pues los llevaba por las finas caderas, mostrando unos calzoncillos negros.

—¿Le puedo ayudar en algo, caballero? —me saludó educadamente, sorprendiéndome, dado su aspecto externo.

—Bueno...estoy buscando algo de ropa. Bermudas y eso...pero no tan, tan así. Algo más discretito—señalé, acompañando mis palabras con gestos efusivos de mis manos, y miradas involuntarias a su atuendo.

—Creo que encontrará lo que busca en la tienda que hay al fondo a la izquierda. Allí seguro que da usted con su estilo —respondió, mirándome de arriba abajo sin mostrar disimulo alguno.

Me despedí, dándole las gracias, y seguí sus indicaciones. ¡Y me vino a las mil maravillas! En menos de media hora tenía toda mi compra hecha. Tres pares de bermudas, dos bañadores, unos vaqueros y dos camisas. Me animé cuando comprobé que había bajado de talla, aunque no me pillaba por sorpresa, ya que lo había ido notando en mi ropa.

Decidí tomarme una cervecita fresca para celebrarlo, y aunque soy asiduo a los bares cercanos a la Plaza Mayor, me senté en un local del centro comercial. No había dado un par de sorbos cuando se me acercó Matías, el mecánico de mi taller de confianza.

—Hombre, Lorenzo, qué bien te veo. Justo iba a llamarte —me dijo, estrechándome las manos al levantarme para saludarlo.

—Ya ves, aquí, de compras. ¿Quieres tomarte algo? —le ofrecí.

—No, muchas gracias. Me espera la parienta, que ha terminado las compras y me ha llamado para recogerla. —contestó, resignado y echando una rápida y golosa mirada a mi caña, que aguardaba paciente en la mesa —Mira, te quería comentar que me llamó el otro día Frasco, el del desguace donde llevamos la Berlingo. Me dijo que ya sabía lo que había fallado con el coche. El depósito del líquido de frenos tenía una fisura.

—No me extraña. El coche tenía sus años y sus viajes...ha tenido mucha tralla.

—Ya, pero no es eso. A ver, cómo te explico... Es un corte limpio, que no es por corrosión.

—No entiendo... —Aquello me desconcertaba. A pesar de mis palabras, sí sabía perfectamente lo que Matías estaba insinuando.

—Pues que me da que alguien te trasteó el coche, Lorenzo. Así de claro. Algún hijo de puta te quiso joder, pero bien jodido.

Me despedí de Matías y pagué la cerveza que se quedó prácticamente entera en la mesa. Se me había cerrado la garganta, y no podía ni tragar aquel refrescante líquido que minutos antes había ansiado.

¿Quién podía querer hacerme algo así? Por otro lado, ¿cómo me presentaba en la comisaría con esa información? No tenía pruebas ni podía aportar más que aquello que creía haber visto Frasco. Por más vueltas que le daba, no se me ocurría nadie que me odiase lo suficiente como para quererme muerto. Seguramente había sido obra de algún grupo de niños que no buscaban más

que disfrutar a costa del daño ajeno. No era la primera vez que había quemado contenedores en algunos barrios, e incluso habían rajado ruedas a los vehículos estacionados.

Ese asunto tenía toda la pinta de ser un hecho aislado. Ojalá no se repitiera más.

El resbalón de ella.

No me sentía con ánimos para nada. La muerte de mi madre y la marcha de mis hijos a Cádiz para pasar sus vacaciones me llenó de congoja. Se alejaban de mí las personas más queridas de mi vida. Mi madre lo había hecho para siempre, dejándome con una pesadez en el alma que difícilmente podría superar.

El distanciamiento de mis hijos era ley de vida, algo natural. Trataba de consolarme a mí misma diciéndome que eran etapas, que harían su vida como yo hice la mía cuando me casé y me fui de casa de mis padres. Supongo que mis padres sintieron lo mismo que yo, si bien yo no cambié de ciudad siquiera. Deseaba que ellos tampoco lo hicieran, aunque mi instinto me decía que lo harían. Rosario, conociéndola, lo haría seguro. Marcharía. Era como yo, y necesitaba espacio, viajar, ver mundo.

Precisamente sus planes incluían ir de Erasmus, eso sí, sin visitas parentales como ya se encargó de dejarnos claro. A su aire.

Federico, por el momento, era más familiar, estaba más apegado a su padre y a mí, pero eso no me animaba. Tarde o temprano acabaría por abandonar el nido como hacían todos los polluelos.

Yo misma, si pudiera volver atrás, lo haría de nuevo. Eso sí, la parte en que dejo la casa de mis padres, y modificando el momento en que dije: «Sí, quiero». Ese instante lo borraría. ¡Ay, si pudiera! Hubiera estudiado, independizándome después, trabajando en lo que realmente me gusta. Hubiera viajado. Quería otra vida, y no la que tenía. Se había pasado demasiado deprisa y no la había disfrutado. Pero aún estaba a tiempo. ¡Vaya si lo estaba!

A medida que íbamos llegando a Gandía, sentí como si el cielo fuera de un azul más vívido, más alegre. Fue como si me hubiera recargado con el sol. Me sentí con nuevas fuerzas. Aparcamos y subimos las maletas al apartamento que Lorenzo había alquilado en pleno Paseo Marítimo de Neptuno. La zona era preciosa, muy alegre y concurrida. Nada más soltar las maletas, me dirigí a la terraza y contemplé la amplitud de la playa, dorada y fina. Al instante se me había pasado el cansancio y tedio del viaje. Sentí que me mimetizaba con aquel lugar, un auténtico paraíso, salvo por la compañía. Una semana me iba a saber a poco, pero menos era nada.

Lorenzo se acercó por detrás, rodeándome con sus brazos y besándome en el cuello. La piel se me erizó con el roce, y él lo tomó por deseo. Nada más lejos de la realidad. Soy muy sensible, y cualquier contacto me provoca ese efecto. Lo aparté, excusándome con todo el trabajo que teníamos por delante. Había que colocar la ropa para que no se arrugara, y airear un poco las estancias, que olían a cerrado.

Resistí el impulso de llamar a los chicos. Por el camino les había llamado un par de veces, y durante la última conversación ya había notado como Rosario comenzaba a perder la paciencia. Les había dejado bastante surtidos de alimentos, para ellos e incluso todos sus amigos. En el congelador les había dejado sopa de pollo, chuletas, hamburguesas, menestra de verduras, albóndigas en salsa... Además de darles dinero, claro.

—¿Qué te apetece cenar? Podríamos ir a un restaurante que me recomendó un cliente que viene todos los años. Dice que te ponen un arroz con bogavante exquisito —No soportaba el aliento de Lorenzo en mi nuca. Intenté darme la vuelta, pero me tenía aprisionada entre la baranda de la

terrazza y su cuerpo—. Lo que tú quieras, Marifrán.

—¿Ya estás pensando en comer? Acabamos de llegar, y tengo el estómago revuelto del viaje. De todas formas, sabes que no quiero comer pesado por las noches. No me sienta nada bien. Puedes ir tú solo si quieres.

—Cariño, hemos venido hasta aquí para estar juntos. Además, ¿qué dirán si me ven aparecer sin compañía en un restaurante? —dijo, sonriendo —Se me echarán encima las damas, no podré quitármelas fácilmente.

No pude evitar echarme a reír. No había que negar que mi marido, cuando quería, podía resultar ser un hombre bastante divertido. Cuando estaba relajado, se asemejaba al Lorenzo joven, aquel chico del que me enamoré, lleno de proyectos, ideas y aventuras.

Lo pasábamos tan bien juntos, estábamos tan enamorados. Pero como siempre me había dicho la hermana mayor de mi madre, «el lindo lunar del novio amado acaba convirtiéndose en una horrible verruga tras años de matrimonio». No le faltaba razón a la mujer. Todas las virtudes que tanto alabé cuando empezamos a salir, acabaron transformándose en los horribles defectos que tanto me molestaban.

¿Cómo podía ser posible que aquella risa que me encandiló acabara por parecerme un molesto gruñido semejante al chillido de un cerdo cuando lo llevan al matadero? No, no exagero. Al menos a mis oídos sonaba así.

El tiempo que fuimos novios, cuando habíamos dormido juntos en alguna ocasión, no le había oído roncar. Ni en los primeros años de noviazgo. O al menos yo no lo recordaba. Y, sin embargo, a los diez años de matrimonio, me parecía dormir al lado de una locomotora.

Los cigarrillos que fumaba pasaron a convertirse en puros. Hubo un tiempo en el que me pareció sexy verlo sostener entre sus labios aquel tubito de nicotina, cerrando un ojo al darle el humo. Tras años de soportar el maldito olor a puros, me asqueaba ver la dichosa caja asomar del bolsillo de su camisa. Esa peste impregnaba toda la casa, las cortinas y el sofá, sobre todo. ¿Por qué no salía ardiendo de una vez? No sería la primera vez que alguien prende por accidente la cama o el sofá al quedarse dormido con un cigarro en la boca.

Me reafirmé en mi propósito de pasarlo en grande aquella semana. Desconectaría y disfrutaría de aquel paraíso al que todo el mundo no tenía acceso. Me acordé de mis pobres amigas, atrapadas en el calor estival de Plasencia, y salvo Marina, que tenía motivos para estar más que entretenida y ardiendo, no precisamente por las altas temperaturas, las demás no tenían más remedio que apechugar con críos pequeños, días agotadores y sudorosos, bochorno y tedio.

Establecimos una agradable rutina en la que incluíamos todos los placeres que aquella tierra nos brindaba. En lugar de agobiarnos por hacernos un hueco en la playa, atestada de gente, nos dábamos baños ocasionales tras pasear por la arena, únicamente ataviados con los bañadores y un par de toallas. Cuando nos apetecía tomar el sol, nos tendíamos en las hamacas de la piscina del apartamento. Comíamos fuera, visitábamos los pueblos de alrededor, y por la noche paseábamos por el Paseo Marítimo de Neptuno, mientras tomábamos una refrescante horchata.

Realmente lo estaba pasando bien, a pesar de mis reticencias iniciales. Aquello iba mucho mejor de lo que hubiera pensado meses atrás. Por primera vez en mucho tiempo me sentía despejada, relajada y en una calma inaudita en mí. Volvía a sonreír al lado de Lorenzo, e incluso disfrutaba de su compañía.

Sabía que ese viaje finalizaría, que todo terminaría y volvería a mi exasperante rutina, pero no quería pensar en ello. Quería que mi mente y mi alma también disfrutaran de aquellos apacibles días, no sólo mi cuerpo. No pensaba en nada que no fuera vivir esos momentos, e incluso llegué a

plantearme que quizás me había precipitado al intentar acabar con Lorenzo. Tal vez no estuviera todo perdido, y podría llegar a reconquistarme de nuevo, y yo volvería a amarlo como al principio. Tampoco es que fuera una ilusa que se piensa que de la noche a la mañana mejoraría nuestra relación. Esos días que estábamos viviendo de manera tan apacible eran los cimientos de lo que podría ser nuestro nuevo futuro si lo trabajábamos, si nos esforzábamos, si Lorenzo cambiaba...

¿Por qué no? Una vez lo hicimos, tuvimos proyectos juntos, deseos y anhelos que cumplimos, con el error de pensar que aquello era suficiente y no había que seguir alimentando nuestra relación. Estaba tan confusa. ¿Cómo era posible amar y odiar a partes iguales a alguien? No era compatible esa actitud, y a veces pensaba que quizás no hubiera aprendido nada a pesar de mis años.

La noche anterior a nuestro regreso, habíamos salido a pasear como de costumbre, tras haber cenado en un precioso restaurante de la calle Sant Ponç, muy conocido y bastante animado. Seguimos el consejo de los inquilinos del apartamento de al lado y disfrutamos de una cena exquisita. Me encantaron las *cocas de Dacsá*, estaban en su punto. Suerte que reservamos un día antes, tal y como nos habían prevenido los vecinos, tras darnos el teléfono del local.

Soplaba una ligera brisa marina, muy agradable, mientras caminábamos cogidos del brazo. Y no, no me causaba rechazo alguno el ir a su lado, agarrada a él. Subimos al apartamento y nos servimos una copa en el salón, casi en penumbras salvo por una pequeña lámpara situada en el rincón. Salimos a la terraza, y nos sentamos en las sillas, el uno al lado del otro, disfrutando de paz a pesar del ajetreo de la gente que caminaba por el paseo marítimo, y de las escandalosas risas y gritos aislados que mostraban cómo se divertían a base de alcohol los más jaraneros.

Si el tiempo se hubiera parado en ese mismo instante, mi vida al fin habría sido perfecta al lado de Lorenzo. Parecía que hubiera reconectado con él, y no quería que aquello terminase. Pero la vida no es así, y siempre te viene una parte azucarada y otra avinagrada. Eso era lo que yo no aceptaba, pues solía tener más de lo último que de lo primero. Ni siquiera podía hablar de una compensación entre ambas porciones. La balanza estaba desequilibrada en mi contra.

Apuramos las bebidas y nos acostamos. Saldríamos al día siguiente y pararíamos por el camino para comer. No teníamos prisa, pero tampoco queríamos salir muy tarde para evitar embotellamientos en la carretera.

Me tumbé de lado, sobre mi izquierda, mirando su nuca llena de rizos canosos y su brillante calva de la parte superior. Abracé su cintura, sorprendiéndome del volumen que había dejado. Fue en ese momento cuando me percaté del peso que había perdido realmente. Al menos había dejado diez o quince kilos, aunque aún no era suficiente para alcanzar su peso ideal. Le sobraban unos quince kilos más. Me dormí pensando en la primera vez que dormimos así, juntos. Recordé cómo al despertar a su lado y ver aquella cabeza de rizos oscuros y rebeldes, pensé que así debían comenzar y terminar todos los días de mi vida, con él a mi lado, nuestras respiraciones acompañadas. Sí, suena a ñoño, pero así me sentía en aquella época, en los primeros años, hasta que todo se torció, hasta que descubrí que así no quería seguir viviendo mi vida.

En mitad de la noche, algo me despertó. Un sonido muy brusco me hizo abrir los ojos, desconcertada. Me pareció un trueno, producto de una tormenta veraniega. Me abracé a Lorenzo, sobrecogida.

—Cariño, lo siento si te has despertado —dijo, riendo y apretó mi mano.

—Es que ha sonado como si estuviera dentro de la habitación y... —no pude continuar. Un inconfundible aroma asomó a mis fosas nasales, que tardaron menos de un segundo en enviar el

mensaje a mi cerebro: Lorenzo había expulsado una tremenda y olorosa ventosidad.

No me lo podía creer. ¡Estaba abrazada aún a él! Su trasero había dejado escapar aquel asqueroso cuesco en mis narices. Era el colmo. Inmediatamente se me borraron los buenos recuerdos de las últimas horas pasadas. Ese hombre no iba a cambiar en la vida. Iba a peor. Una vez más había estropeado las vagas esperanzas que había depositado en lo nuestro, en intentar reavivar a base de soplidos las brasas cada vez más apagadas y frías.

No pegué ojo el resto de la noche, rumiando aquella nueva decepción. ¡Y pensar que a punto había estado de dar una nueva oportunidad a lo nuestro! Hubiera sido una soberana tontería, pues si a sus años ya estaba así, ¿qué me esperaba después? A más años, iría a peor. Estaba deseando llegar a casa y volver a la odiosa rutina. Lo prefería antes que estar allí con él.

Decidí levantarme temprano y dar un paseo de despedida. Era nuestro último día allí, y me apetecía estar a solas. Caminar y dejar la mente en blanco, con la compañía de los más madrugadores, deportistas en su mayoría, que no se dignaban ni a dar los buenos días, ocupados en batir sus propios récords personales. Corrían con la mirada fija, puesta en un punto lejano que sólo ellos podían apreciar. Parecían distantes, aunque procuraban que el resto supiéramos el esfuerzo tan grande que estaban haciendo, resoplando y suspirando de vez en cuando, para hacer hincapié en los kilómetros que llevaban recorridos.

Tal estuviera siendo demasiado sardónica, llevándome por las emociones que me embargaban en esos momentos. ¿Acaso no practicaba deporte yo también? Acudía de manera frecuente al gimnasio, y no sólo por llevar una vida sana. Necesitaba despejarme, y no quedarme encerrada en casa maldiciendo mi suerte. ¡Qué sabría yo de los motivos de cada uno para salir a practicar deporte! Mi estado de ánimo me hacía ser hipócrita y ver sólo negrura y amargura en los demás. No estaba siendo justa.

Pero los veía tan libres. Y los envidiaba. Seguro que en su casa no les esperaba un lastre, una existencia vacía como la mía.

A todo ello había que añadir que regresábamos a casa. Iba a echar de menos aquel lugar, aquellas playas y paseos, el ambiente que se respiraba, aunque tuviera que inhalarlo al lado de Lorenzo.

Desayuné cerca del apartamento, a mi regreso del paseo, y subí a preparar las maletas para el viaje de vuelta. Cuando abrí la puerta me golpeó el silencio absoluto. No se oía nada. Supuse que mi marido habría salido también a desayunar.

«Mejor», recuerdo que pensé. Así estaría tranquila mientras recogía todo. Lo último que necesitaba era a Lorenzo revoloteando a mi alrededor como un ganso, parlotando sin parar. Esa actitud me sacaba de mis casillas.

Atravesé el pequeño salón y me dirigí al dormitorio. Recogería toda la ropa y después daría un último repaso. Al entrar en el cuarto de baño para recoger mis productos de higiene, casi caigo de espaldas: Lorenzo yacía en la bañera, tendido de espaldas y con los ojos cerrados, muy pálido. Nerviosa, en un primer momento me dio miedo acercarme para comprobar si respiraba. El azar finalmente me había ayudado a conseguir mi objetivo. Después de tantos fracasos para acabar con la vida de mi esposo, ésta había cesado de la manera más casual posible. Un infarto se lo había llevado. Finalmente, mis deseos se veían cumplidos. En algún lugar había aburrido a alguien lo suficiente como para que decidiera otorgarme aquello a lo que aspiraba, lo que tanto anhelaba.

Temblorosa, me acerqué despacio y lo llamé bajito. No obtuve respuesta, y volví a llamarlo, alzando esta vez un poco la voz. Nada.

Le toqué el rostro. Estaba frío. Quizás llevara un par de horas muerto, el tiempo que estuve

fuera, paseando.

Me giré, y medité sobre mi siguiente paso a seguir. Obviamente, era llamar a emergencias. No podía permitir que se considerase que había permanecido impasible ante la tragedia, aunque, por otro lado, no es que tuviera prisa. Total, unos minutos antes o después no iban a cambiar nada. Justo iba salir del baño, cuando oí un carraspeo seguido de un profundo suspiro. Di un respingo, asustada.

—Mari...Marifrán, cariño, menos mal que ya estás aquí. ¡Menudo batacazo me he dado! He resbalado en la bañera con el gel de baño. Se derramó un poco del bote.

—¿Estás bien? Iba a llamar ahora mismo a urgencias. Te he estado hablando y no respondías, me asusté —balbuceé consternada.

—Supongo que me adormilé. No podía salir de la bañera, creo que me he hecho daño en la pierna, y también me he llevado un buen coscorrón —dijo, llevándose la mano a la nuca.

—Al menos estás vivo —rezongué, intentando parecer aliviada, en lugar de disgustada y desalentada, mientras salía al cuarto para llamar.

—Cariño, tírame esa toalla de ahí. No querrás que me vean desnudo. Imagínate que me toca una joven doctora para que me atienda —rio el muy baboso.

Se llevaron a Lorenzo al hospital en una ambulancia convencional. Finalmente, pasamos un día más de lo previsto en Gandía, pero a diferencia de los anteriores, me tocó mal dormir en un sillón al lado de mi esposo. El resultado de aquella aparatosa caída fue un esguince en el tobillo y una leve conmoción cerebral, motivo por el cual habían decidido ingresarlo veinticuatro horas para observar su evolución.

El viaje de vuelta lo hicimos en silencio. Justifiqué mi mutismo con el hecho de que precisaba concentración para conducir, pues no conocía lo suficiente la carretera como para estar más confiada y relajada.

Ese hombre debía tener un ángel de la guarda muy eficiente y pendiente continuamente de él. No se me ocurría otra explicación.

Estaba deseando llegar a casa y descansar de lo que, se suponía, habían sido unos días de sosiego. Conduje como un autómata. Si por mí hubiera sido, no hubiera parado ni una vez durante el regreso. No tenía hambre, ni la necesidad de estirar las piernas.

No obstante, cuando nos detuvimos en un área de descanso, comprobé que realmente necesitaba hacer una pausa. No me había percatado, hasta que solté las manos del volante, de lo agarrotados que tenía los dedos. Había venido conduciendo en tensión, apretando tanto la mandíbula y las manos, que me dolían terriblemente los nudillos y la boca. Tuve que echar mano de un analgésico para poder proseguir el viaje, que se me hizo eterno.

Sólo necesitaba llegar y reposar. Esa era mi meta más próxima.

El resbalón de él.

¿El viaje a Gandía? Fue de escándalo. Nos sentó muy bien a los dos. Aunque justo el día que regresábamos a Plasencia lo estropeé con un incidente bastante tonto. Tuve la mala suerte de resbalar en la bañera del apartamento. Se me había derramado un poco de gel de baño en el fondo de la bañera y lo pisé sin darme cuenta. ¡Menudo batacazo me di! Llegué a perder el sentido, porque recuerdo despertar e intentar incorporarme, pero me fue imposible. Me dolía muchísimo la pierna, aunque no parecía que tuviera nada roto.

No me quedó más remedio que esperar a que Marifrán regresara de su paseo, y me quedé un rato adormilado. Afortunadamente, podía contarle, porque me constaba que de golpes, en apariencia más livianos, había gente que se había quedado en el sitio.

Claro que, con lo dura que tengo la cabeza, sólo me quedó un buen chichón y un esguince de tobillo. Bueno, y porque no me di en un lugar clave que resultara mortal.

Sentí muchísimo que terminaran así nuestras vacaciones. Yo, sin embargo, traté de tomarlo con humor. Una anécdota más que contar, y que se había quedado sólo en eso, en un susto. A mi mujer no le hizo tanta gracia, y el viaje de vuelta lo hizo casi en completo silencio. La pobre debió pasar un mal rato al verme allí tendido, sin saber qué había pasado.

Me incorporé al trabajo tres días después de llegar a casa. Me dijeron que debía estar en reposo relativo durante quince días, pero no me podía estar quieto, pensando en cómo iría todo por la empresa. A ver, la dejé en buenas manos. No podía tener queja de las gestiones que se llevaban a cabo cuando yo estaba ausente y delegaba en otros, pero un buen jefe debe estar al pie del cañón, y un simple esguince no me iba a retener en casa más tiempo del necesario, y más aun tratándose de un trabajo en el que no tenía que realizar grandes esfuerzos físicos.

Para no molestar a Marifrán, eché mano de mi hermano Luis, que me llevaba y recogía del trabajo. Como no dependía de un horario fijo para fichar, no me importaba llegar un poco más tarde de lo habitual, o tener que esperar para llegar a casa. Lo importante era no anquilosarse y acostumbrarse a estar inactivo. Eso era lo peor que se podía hacer. Así que en cuanto ya me sentí mejor, retomé mis caminatas. Ya que había logrado aficionarme a la vida sana, tenía que continuar con mis propósitos.

Se acercaba octubre, y pronto mis hijos regresarían a la Universidad. Mi mujer volvía a estar de mal humor. A ella no le sentaba nada bien la rutina, y yo me estrujaba el cerebro buscando una solución que aliviara su pesar.

Y el remedio me vino de la mano de un cliente. Me comentó que un primo suyo había puesto a la venta un pequeño terreno de unos dos mil metros cuadrados cerca de Plasencia. Tenía una pequeña casita de dos habitaciones, cocina americana integrada en el salón con chimenea y barbacoa exterior. Algunos frutales y una balsita de agua completaban el conjunto. Me parecieron ideales tanto el lugar donde se hallaba como el módico precio al que se vendía. Sería un escape fantástico para los fines de semana. Allí podríamos pasar magníficas jornadas en familia. Vendría mi hermano con su mujer y los niños, mi madre, el padre de Marifrán, y Pilar, su hermana. Y por supuesto, nuestros chicos. ¿Por qué no? Lo mismo le encontraban gusto a estar en el campo, y no me importaría que trajeran a sus amigos, o que incluso celebraran cumpleaños.

No le comenté nada a mi mujer. Sería una grata sorpresa, contando con que todo fuera de mi agrado cuando lo viera.

Llamé al primo de mi cliente y concertamos una cita una mañana. El terreno me encandiló al instante, nada más bajar del coche y respirar el aire puro. Un entorno precioso, con varios olivos, manzanos y perales. Ya me imaginaba sembrando mi pequeño huerto con lechugas, tomates y pimientos, y los preciosos rosales que mi esposa cuidaría con mimo.

El hombre lo vendía porque tenía ya sus años, y pese a que la parcela no era demasiado grande, no podía dedicarle todo el cuidado que necesitaba.

De hecho, la casa necesitaba unas pequeñas reformas. Sería un nuevo proyecto en común para ambos. Le devolveríamos su encanto a nuestra pequeña propiedad. Eso era lo que necesitaba Marifrán, mantener la cabeza ocupada. Estaba pasando por un mal momento. Yo lo sabía y lo sufría con sus cambios de humor. Me dejaban agotado. Nunca sabía cómo me la iba a encontrar al llegar a casa. Aquello la animaría. Estaba seguro.

Me sentía como un chiquillo con un juguete nuevo. Ansiaba llegar a casa y contarle todo a Marifrán. Había quedado en que iríamos la semana siguiente para firmar el contrato ante notario.

Me llevé una gran decepción ante la reacción de mi mujer al contarle todo. No esperaba que se lanzara efusiva a mi cuello. Tenía asumido que no era ese su modo de proceder y menos en los últimos tiempos, pero tampoco esperaba ese desdén ante la noticia.

—No sé en qué estabas pensando. ¡Como si no tuviéramos ya bastante! En fin, haz lo que quieras, pero no te creas que me voy a pasar los fines de semana arrancando hierbajos y limpiando aquello —me espetó un tanto desabrida.

—A ver, cariño, no te precipites. Es cierto que necesita de algunos apaños, pero se irán haciendo tranquilamente. La parcela es para disfrutarla, no para machacarnos trabajando.

—Si por disfrutar te refieres a que me vas a tener de cocinera y criada de tu familia y amigos, estás equivocado. Conmigo no cuentes para eso.

Suspiré, y me encogí de hombros. Cuando se ponía en ese plan, era mejor dejarla a su aire y esperar a que se le pasara. Tendría que aguardar a que viera con sus propios ojos aquel maravilloso lugar. Le acabaría gustando y derribaría de un plumazo todas las objeciones que en ese momento la tenían ofuscada.

A pesar de las reticencias de mi mujer, acabamos firmando el contrato de compraventa del terreno. Un par de días antes la convencí para que viniera a verlo. Aunque no quiso soltar prenda, advertí un brillo en sus ojos. Le había gustado, no me cabía duda alguna. Frunció el ceño y dijo que no estaba tan mal como en un principio había pensado. Aquello era más de lo que podía esperar de ella.

A medida que se acercaba el fin de semana siguiente, pensé que podríamos hacer una barbacoa antes de que llegara el frío, para celebrar la compra de la parcelita. Avisaría a mi madre y hermano, bueno, y a mi suegro y mi cuñada Pilar, y tal vez también vinieran mis hijos. Lo ideal era hacer una barbacoa fuera porque dentro aún teníamos que acondicionarlo. No es que estuviera en un estado precario, pero sí que necesitaba arreglos. Iba a quedar de fábula. No le diría nada a Marifrán, así se llevaría una grata sorpresa y le demostraría que se equivocaba al pensar que celebrar reuniones familiares implicaban tareas extra para ella.

A la primera persona que llevé, aparte de mi esposa, fue a mi madre. Le encantó aquello. Ya se lo imaginaba reformado, con su pequeña piscina bien cuidada («Porque le dará vida al campo. No la hagas muy grande, que luego hay que mantenerla y limpiarla»). Mi madre, siempre tan previsora.

Decidí organizar la barbacoa para un domingo de mediados de octubre. Era mejor así, porque mi hermano y su mujer estarían libres, y Pilar, mi cuñada, también. Cuando se lo dije a ésta última, se ofreció inmediatamente a ayudarme. Me dijo que yo solo no podía con todo, y que de todas formas necesitaría un cómplice.

—A mi hermana es difícil engañarla. Además, necesitas ayuda. Es mucha tarea para una persona sola. Yo me puedo encargar de hacer algunas compras —me dijo, insistente. Podía ser tan testaruda como Marifrán. Eso les vendría de familia.

—Mujer, me da cosa. Tú tienes bastante con atender a tu padre, tu negocio... De verdad, yo me apaño muy bien solo.

—A ver, Lorenzo, no estoy sugiriendo nada. Simplemente te estoy diciendo lo que vamos a hacer y no hay más que hablar. El sábado por la tarde no abro la papelería, y mi padre está mucho mejor. No está enfermo ni es un bebé del que me tenga que ocupar las veinticuatro horas del día —suspiró, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas —Lo de mi madre ha sido un golpe tremendo. Cada uno lo intentamos llevar como mejor podemos, y sé que él ya está mucho mejor. No me necesita tanto como las primeras semanas.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? Te tocó la parte más dura, y aún sigues bregando. No me explico de dónde sacas tanta fuerza. Siempre pendiente de todos, y no te das un respiro —le pregunté. ¡Pobre mujer! Me hubiera gustado tanto que estuviera más unida a Marifrán. Las dos podrían haberse apoyado mutuamente.

—Estoy bien. Y justo mantener la mente ocupada con esta aventura tuya me viene de maravilla. Necesito despejarme y pasar un estupendo día en familia con vosotros.

Salí de la tienda de mi cuñada con energías renovadas. Ella lo había dicho: era una aventura, y comenzaría en breve con la pequeña celebración para celebrar la compra de la parcela. Le sacaríamos mucho partido, y disfrutaríamos de noches de invierno al calor de la chimenea, reunidos en torno al hogar.

No me había equivocado en absoluto, y cada vez me alegraba más de la compra de nuestro terreno. Lo pasamos de maravilla, mucho mejor que en las reuniones digamos «forzadas», aquellas que resultaban de obligado cumplimiento por la llegada de la Navidad, o de cualquier otro compromiso. El día de campo en el que quedó oficialmente inaugurada nuestra parcela fue muy ameno. Se respiraba muy buen ambiente, y todos los asistentes estábamos de muy buen humor, incluso mi mujer parecía otra. Lucía preciosa, con el rubor que le provocaba el calor de la barbacoa donde chisporroteaba la panceta que habíamos puesto a hacerse.

A mis hijos también se les veía encantados. Lo noté en las bromas que se gastaban el uno al otro, como cuando eran pequeños y retozaban como cachorros.

Aún nos quedaba bastante trabajo por hacer si queríamos que aquel refugio cumpliera nuestras expectativas. Debíamos acondicionarlo para disfrutar de comodidad, pero aquello no me preocupaba en absoluto. No había prisa alguna por tener aquello listo, y poco a poco se iría haciendo, sin agobios de ningún tipo.

Los fines de semana podía aprovechar para ir realizando las reformas. Afortunadamente, podía contar con mis manos y con mi capacidad como manitas.

No podía contar con Federico, absorbido como estaba con los estudios. Incluso así, sabía que si necesitaba algo y él no estaba muy ocupado, me echaría una mano. No es que se le diera bien este tipo de cosas. Era un poco torpe para ello. A pesar de todo, dos brazos más siempre son bien recibidos, aunque sea para cargar escombros.

Un nuevo proyecto era lo que venía de perlas a mi matrimonio. Este reto renovaría la chispa

que vivimos durante el arreglo de nuestra casa. Mantener ocupada con nuevas ideas a Marifran era lo mejor que podía hacer. Dado su carácter, era una mujer que necesitaba estar activa, tener la mente ocupada para no venirse abajo y sentirse un ama de casa sin perspectivas ni ilusiones.

Hubo una época en la que yo notaba que disfrutaba de ese rol. Al menos, así lo creía. Ocupada con los niños, la casa y las reformas, la veía feliz. No se quejaba de su vida, y podía gozar de la compañía de los niños, de sus juegos, de las actuaciones escolares a las que yo no podía asistir por culpa del trabajo. Siempre había sido su cómplice, su amiga. Cuando yo llegaba a casa, tras un duro día en la empresa, me los encontraba viendo una película, jugando al Monopoly, coloreando cuadernos de dibujo, o riendo en el patio de alguna broma que sólo ellos conocían, ajenos a mi presencia.

Yo los observaba, embelesado. Me avergüenza decir que, aunque me alegraba ver a mi familia tan unida, me sentía celoso. Me excluían de sus aventuras, de su mundo mágico lleno de misterios. ¿Qué pintaba yo en todo aquello? Era el extrañamiento que llegaba a casa, y sobre el que recaía la obligación de reprender aquellos comportamientos que no eran adecuados, previo informe de Marifrán. Procuraba no ser severo en exceso, pues no tenía la fuerza moral para lanzar extensas reprimendas ante una conducta que ni siquiera había presenciado. A aquello me relegaba mi mujer, pese a mis reticencias.

Alguna vez discutimos por ese tema. Mi mujer me reprochaba que sobre ella recaía toda la responsabilidad de la educación de los niños, y que al menos necesitaba de mi apoyo cuando llegaba la hora de reprenderles por alguna cuestión. No le faltaba razón. La educación de los niños era cosa de los dos, pero por otro lado, yo apenas estaba en casa durante la semana, y se me hacía bastante difícil soltarles un rapapolvo con el consiguiente castigo nada más entrar por la puerta de casa. Afortunadamente, no eran demasiadas las ocasiones en que esto ocurría, pues por lo general eran unos niños bastante tranquilos. Rosario era la más rebelde de los dos hermanos, y tampoco es que se saliera demasiado del tiesto.

Tenía el consuelo del fin de semana, en el que me resarcía con excursiones, pequeñas escapadas, caprichos y comilonas que les preparaba, tanto a ellos como a los amiguitos que quisieran invitar. Eran famosas mis meriendas entre los más pequeños. Les hacía salchichas, hamburguesas, chistorra...

Esa ilusión había renacido en mí. Celebrar la vida rodeado de mis seres queridos. No se me ocurría mejor lugar que en nuestra parcela, al aire libre. Tenía la seguridad de que quedaría de escándalo una vez remodelada. Con suerte, para el verano ya podríamos refrescarnos en la piscina, aunque el interior de la casita tardaría algo más. Debía reformar la instalación eléctrica, para poder poner aire acondicionado en el salón y en los dormitorios, y también queríamos cambiar los azulejos de la cocina y el baño, y el suelo del salón.

El tema de la piscina sí podría ser solucionado antes gracias a un amigo arquitecto, que me preparó el proyecto de piscina que presenté en el ayuntamiento para obtener la licencia. No la haríamos muy grande, sólo lo suficientemente espaciosa como para que pudiéramos refrescarnos con soltura, y no tuviéramos que tener mucho trajín a la hora de limpiarla. Mi madre tenía razón: hay que anteponer la utilidad y comodidad a la estética.

Una mujer sabia.

La descarga de ella.

Cuando Lorenzo entró aquella tarde en casa con su sonrisa bobalicona, anunciando una buena noticia, no pude evitar una expresión sarcástica en mi cara. «¿Qué idiotez se le habrá ocurrido ahora?», pensé.

Esperaba que no fuera otro desastroso viaje. Con aquel bochornoso periplo del verano ya había tenido suficiente para una larga temporada. Estar a solas con él no me producía el más mínimo placer desde hacía tiempo. Prefería quedarme en casa pegada frente a la pantalla del televisor, o salir a dar una vuelta sola, o al gimnasio a despejarme, o de compras. Lo que fuera, pero sin él pegado a mi sombra, siguiendo cada paso que daba, como el pequinés de la vecina Angelines, que más de un pisotón se había llevado a juzgar por los chillidos del pobre animal que en ocasiones atravesaban las paredes.

—Tienes que ver nuestra nueva parcela, cariño. Te va a encantar —dijo, nada más darme el beso de rigor en la frente.

—¿De qué hablas? —le respondí, procurando no arrugar demasiado el entrecejo, pues no quería que me quedaran marcas por mi fea costumbre.

—Bueno, aún tenemos que firmar el contrato de compraventa. Estoy deseando que la veas, sé que te gustará

—A ver, empieza por el principio. No me estoy enterando de nada de lo que estás diciendo —le solté, molesta por su actitud tan infantil.

Lorenzo me dijo que había estado visitando un pequeño terreno del que se había quedado prendado. Tenía una casita que necesitaba «un par de arreglos de nada», y una balsa. Soltó del tirón todas las excusas que se le ocurrieron para tratar de convencerme de que su compra sería una buenísima decisión: «Necesitamos cambiar de aires los fines de semana, será un proyecto estupendo para realizar los dos juntos, la familia lo disfrutará, podremos hacer barbacoas, sembrar nuestras propias frutas y hortalizas...»

Su entusiasmada cháchara me cansaba. Sólo había retenido en mi mente el hecho de que considerase que íbamos a estar celebrando barbacoas y comilonas todos juntos los fines de semana. Y para él la familia incluía a su madre, hermano, cuñada y sobrinos, no sólo a nuestro núcleo principal formado por nuestros hijos, él y yo.

No me mostré, por tanto, tan entusiasta con su plan. Noté decepción en sus ojos, pero no me molestó lo más mínimo. Allá él. ¿Por qué tenía que apoyar aquella ridícula idea que me ocasionaría quebraderos de cabeza?

No me negué, sin embargo, a aquella compra. No podía. Era su dinero, era él quien lo ganaba. Lo único que podía hacer era mantenerme impasible al entusiasmo que lo embargaba. No pensaba mover un dedo, y así se lo hice saber con mis protestas.

Acabé visitando el terreno antes de la firma ante notario, no tanto por complacer a mi marido, si no por mera curiosidad.

Por más que me pesara, debía admitir que no estaba nada mal. Lo miré a través de sus ojos, y pude ver el potencial que aquello tenía. Bien cuidado, con espacio para la siembra, pero también para un jardín ornamental, una piscina rodeada de césped y un par de tumbonas. La casa por

dentro me resultó de un gusto zafio, palurdo. Nada que no se pudiera arreglar con una reforma. A la entrada, un coqueto porche resultaría delicioso en las noches de verano, con un balancín de dos plazas y un juego de mesas y sillas de mimbre.

No quise que vislumbrara nada de aquello que cruzaba mi mente, así que fingí indiferencia ante su entusiasmo, deseando que mi rostro no se hubiera alterado ante el atento escrutinio al que me vi sometida. Simplemente, me limité a dejarle claro que en absoluto pensaba ser la sirvienta de su familia.

Había regresado al gimnasio tras un parón de unas semanas. Necesitaba actividad física. Era una de las cosas que me permitía descansar por las noches. Me machacaba tanto, que al llegar a la cama me dormía nada más reposar la cabeza en la almohada. No me permitía pensar. Cuando mi mente comenzaba a divagar por terrenos ajenos a la rutina, la obligaba a recluirse en un estado automático, dirigiendo mis labores diarias. Me encontraba inmersa en una etapa de tranquilidad, monótona, sin más aspiraciones que el trajín del día a día.

Sabía que era sólo en apariencia. Mi carácter acabaría por resurgir, no es algo que se pueda esconder por mucho tiempo. El que tiene una condición, difícilmente puede renunciar por siempre a ella.

Es algo así como esas promesas que se hacen en Año Nuevo referente a la actitud que nos obligamos a seguir en un futuro, frente a determinadas circunstancias. Nos prometemos a nosotros mismos que a partir del nuevo año no dejaremos que nadie nos manipule a su conveniencia, que el jefe no se salga siempre con la suya, que pensaremos más en nosotros mismos...Promesas y más promesas que a los tres días ya ni nos acordamos de haberlas realizado.

Yo no podía ser pasiva e indiferente a las aspiraciones que me había marcado. Siempre había luchado por conseguir mis objetivos, y muy a mi pesar, tras tanto esfuerzo no acababa de verme compensada. Eso me hacía plantearme renunciar y dejar que la corriente me arrastrase. Y sí, lo hacía durante un tiempo, hasta que unas nuevas fuerzas se desataban y convertían la horchata que recorría mis venas en esos momentos, en sangre roja, ardiente y renovada. Así lo visualizaba yo. Lava que fluía por cada rincón de mi cuerpo, dándome poder. ¡Ay como esa lava provocara una erupción! Era entonces cuando había que echarse a temblar conmigo. No quería llegar a esos extremos, pero no era algo que pudiese controlar de manera estricta.

De momento me sentía más tranquila por el proyecto de la parcela. Pensaba hacer de aquel terreno una especie de refugio para pasar tiempo a solas, y con esas vistas tramaba su remodelación. Cómo no, para Lorenzo aquello se podría convertir en un lugar de celebración continua. Reuniones familiares, barbacoas, chiquillería correteando, baños en la piscina de parientes...

Nada más lejos de lo que yo tenía planeado, pero no me quedaba más remedio que transigir y tragarme la bilis.

Quería darle un toque rústico, sin que este estilo dominara el conjunto. Simples detalles que mostraran que era una casa de campo sin excesos campestres. Sabía que en cuanto a la decoración no tendría problemas con mi marido. Me daría manga ancha para disponer a mi antojo. Respecto a la distribución lo tendría complicado. Él quería dar cabida a toda la parentela para festejar fines de semana y festivos interminables, y seguramente querría sacar un cuarto extra de alguna parte para que su madre pudiera quedarse a dormir allí con nosotros.

Había intentado llevarme bien con esa dichosa mujer. Le eché toda la paciencia de la que pude ser capaz, y eso viniendo de mí era un gran logro. Soy perfectamente consciente de mis defectos, y uno de ellos es la impaciencia. Súmale a ello que Encarna tampoco era una mujer de carácter

fácil. Era muy dominante y no sólo con su hijo, y sí, por mal que me pese, me reconocía en algunos aspectos de su forma de ser. El querer tener todo bajo control y ser dueña de la situación me producía un placer similar a un orgasmo. Un cosquilleo me invadía desde la zona del bajo vientre, subiendo por todo mi cuerpo, hasta llegar al éxtasis cuando lograba salirme con la mía. Esas sensaciones bien merecían los preliminares.

Lorenzo pocas veces oponía resistencia. Dependiendo de qué se tratase, no solía discutir. Tal vez por no escucharme, acababa cediendo a mi voluntad. Quizás me tachen de loca, pero cuando no encontraba reticencias por su parte, el alcanzar mi objetivo no me producía el mismo deleite. Necesitaba el preámbulo, era precisa una lucha previa.

Desconocía los motivos de mi suegra para ser así. Quizás era una aversión hacia mi persona lo que le hacía forcejear conmigo, pues me constaba que, con Cecilia, mi cuñada, era totalmente diferente. Claro que, teniendo en cuenta lo aduladora y la coba que siempre le daba, no era de extrañar.

A pesar de hallarme algo más tranquila en mi día a día, había noches en las que me era imposible dormir. No cesaba de dar vueltas en la cama. Ninguna postura conseguía que me relajara, ni las infusiones de valeriana parecían hacerme nada. Para intentar conciliar el sueño, optaba por leer un rato, o bajar al salón y ver un rato la tele. Acababa con el cuerpo dolorido al día siguiente, tras haberme quedado sopa en el sofá.

Una de aquellas noches, buscando qué ver en la televisión, acabé absorta con un programa de televisión que no había visto antes. Acabé enganchada a él. Empezaba bastante tarde, y ponían varios capítulos a lo largo de la noche. Trataba sobre mujeres que cometían crímenes, asesinatos en su mayoría, y prácticamente todos contra sus parejas. ¿Motivos? Diversos: venganza por infidelidad, cobro del seguro de vida, nuevo amante con el que comenzar una nueva vida...

A raíz de ver los episodios que se iban emitiendo, pude comprobar que no era tan fácil acabar con la vida de una persona. De hecho, esos programas relataban cómo sucedía todo, y el desenlace final, que acababa con la asesina entre rejas. Todas acababan siendo atrapadas por la policía. Cualquier detalle, por minúsculo que fuera, acababa siendo analizando tan exhaustivamente que terminaba por llevar a una pista, de esta a otra, y ello, unido a las contradicciones y declaraciones de testigos, terminaban con los huesos de la pobre mujer en la cárcel.

Claro que, según la versión de los que participaban en el programa, todas eran malas malísimas. Nadie se detenía a analizar la desesperación que podía embargar a algunas para que se decidieran a acabar con la vida de su compañero sentimental. Que no me vinieran a mí con historias. Quien quisiera era libre de pasar un par de meses con Lorenzo, que les aseguraba que acabarían tan hartos que no dudarían en lanzarlo al mar con unos zapatos de cemento.

El ver ese programa me hizo darme cuenta de que me resultaría sumamente complicado terminar con mi marido. Total, lo había intentado varias veces y no había obtenido resultado. Y justo cuando lo había dejado de intentar, casi se muere él solito de manera accidental. Hasta cómica era la situación si te parabas a meditar sobre ello.

Un viernes de febrero, Lorenzo salió un poco antes de trabajar. Venía bastante contento, y cargado con un par de bolsas y una caja.

—Cariño, ya ha llegado la lámpara que encargaste en el catálogo. Mañana vamos al campo y la instalo en la casita. Tenías razón, es ideal para el salón —dijo, mientras la dejaba encima de la mesa.

—Ya te lo dije. Desde luego, si tenemos que contar con tu gusto para decorar, aquello hubiera

quedado hecho una birria —rezongué, para no perder la costumbre.

Realmente, era una lámpara preciosa. Sencilla y práctica, pero eran esos detalles los que la hacían perfecta para la casita de campo. Teniendo en cuenta el polvo y suciedad que entraban en la casa, era necesario tener un mobiliario cómodo de limpiar.

Aun cuando nos hallábamos en pleno invierno, venían días cálidos, algo bastante inusual en aquella época del año. Las previsiones meteorológicas auguraban un fin de semana templado, por lo que sería ideal para terminar los detalles que faltaban.

Quise echar un vistazo al resto de las bolsas, que suponía contenían cables y enchufes. Lorenzo me lo impidió:

—¡Eh! No seas fisgona. No puedes ver lo que hay en esa bolsa. Es una sorpresa.

Lo miré sin comprender. ¿Qué sorpresa podía contener una bolsa que a todas luces venía de la nave industrial? No quise insistir, pues seguramente sería una de sus tonterías.

Nos fuimos a la cama temprano, sin saber ninguno de los dos que aquella sería la última noche que compartiríamos el lecho matrimonial.

La descarga de él.

Pronto florecerían los cerezos, señal de que se aproximaba la primavera. Cada vez eran más largos los días, y el invierno parecía darnos tregua, disfrutando de temperaturas suaves. Planeaba realizar una excursión al Valle del Jerte, que lo teníamos apenas a cuarenta minutos en coche. Un espectáculo digno de ver, precioso. Más de millón y medio de cerezos en flor, una maravilla de la naturaleza. Últimamente venía muchísima gente a verlo desde todas partes de España. Y no sólo para asistir a la Fiesta del Cerezo en Flor, sino también para aprender cómo era la vida de antes. En la zona hay muchísimas casas que se conservan igual que hace más de cincuenta años.

Eso sí, era preferible ir entre semana, porque lo que es los fines de semana aquello se ponía a reventar de gente. Yo lo tenía algo complicado con el trabajo, y los fines de semana los estábamos aprovechando para terminar de arreglar nuestro refugio en el campo. Quedaba poco para finalizar, eso sí, y me moría de ganas por tenerlo todo listo para la llegada del buen tiempo.

Cuando llegó la lámpara que encargó Marifrán para el saloncito, decidí que ya era hora de limar los detalles que quedaban del interior de la casa. La piscina tendría que esperar un poco, pues pese a que ese invierno no había llovido mucho, las veces que le había dado por hacerlo eran en forma de tormentas y trombas de agua que habían impedido terminar las obras. Eso era lo de menos. Lo importante era el interior de la casa, y eso estaba casi finiquitado. Ya habíamos cambiado el suelo de la cocina y el salón, a instancias de mi mujer, y habíamos pintado las paredes. Sólo quedaba la parte de la instalación eléctrica. La lámpara que había elegido Marifrán era preciosa. Era un ventilador de techo con lámpara en color madera, útil para los días de verano, y sencillo. Tenía razón al haber escogido ese modelo. Era fácil de limpiar, decoraba, y era muy práctico. Yo es que, para esas cosas, reconozco que soy pez.

Quedamos en ir el fin de semana y terminar lo que nos diera tiempo. Junto a la lámpara, había llegado un pedido que había hecho a espaldas de mi mujer. Esperaba que no me llamara hortera, o se riera de mí. Cuando Ana, una de las dependientas, me avisó con la llegada del pedido, casi me arrepentí de haberlo encargado.

Sin embargo, al desenvolver el paquete, tuve la sensación de que hacía lo correcto. Había encargado a uno de nuestros proveedores un cartel en forjado artístico con la inscripción «Villa Marifrán». Podía resultar muy pretencioso, tratándose tan solo de una pequeña casa en el campo, pero me hacía mucha ilusión que llevara el nombre de mi mujer. Quería que supiera lo que significaba para mí, lo que la quería. No sé si lo he dicho ya, pero soy muy bruto para decir el tipo de cosas que a las mujeres les gusta oír. No sirvo para regalar el oído con palabras que ya están inventadas, que ya han sido dichas, y que no aportan nada nuevo. Prefiero demostrar las cosas con hechos.

Dos semanas atrás, mi hija había anunciado que vendría a pasar el fin de semana con nosotros. Finalmente había conseguido realizar las prácticas de Erasmus en la Universidad de Milán. Lo que se proponía, acababa por conseguirlo.

A la alegría inicial por saber que vendría a vernos desde Italia, siguió una ligera conmoción al comprobar que no venía sola. Nos había dicho que le sería imposible volver antes del verano, tras despedirnos de ella una vez terminadas las vacaciones de Navidad. Nos habíamos hecho a la idea

de que cada vez la veríamos menos, pues es una chica muy despegada e independiente. Por eso nos sorprendió gratamente cuando anunció que tendríamos que ir a recogerla el viernes al aeropuerto de Barajas, pues venía directamente de Milán.

Tras hacérsenos eternas las cerca de tres horas que tardamos en llegar, no podíamos más que aguardar ansiosos en la terminal de espera. Los pasajeros procedentes del vuelo comenzaban a llegar, y yo tenía la sensación de que mis ojos se iban a salir de las órbitas de tanto como fijaba la vista en la puerta de desembarque.

—¡Ahí está! —gritó Marifrán, señalando.

—No la veo. ¿Dónde? —Por más que miraba, no conseguía ver a mi hija.

Por mi lado pasaron multitud de personas, gritando, riendo, abrazando a sus familiares y amigos, cansados, pero felices de estar juntos. Una risa familiar sonó a mi lado. Me giré y observé a un par de chicas, agarradas por la cintura, que se habían desviado del resto de la gente. Una de ellas mordisqueaba el cuello y la oreja de la otra, que fue lo que la hizo reír y lanzar un breve grito. Se soltaron cuando vieron a Marifrán, que corrió a los brazos de una de ellas.

—¡Mi niña! ¡Qué alegría tenerte aquí! —exclamó mi mujer, abrazando a Rosario.

—¡Hola, Mamá! Ven, os voy a presentar —Justo entonces, Rosario se percató de mi presencia, y se paró en seco. Me miró, y en sus ojos noté una mezcla de desafío pero también temor ante mi reacción. Me limité a abrazar a mi hija, y a darle dos sonoros besos. Ella sonrió tímidamente, como pocas veces había hecho, pues es una joven de gran carácter.

—Esta es Rosetta, mi... —tras una breve pausa, continuó— Mi chica.

—*Felice di salutare* —exclamó la muchacha, mientras me daba un inmenso abrazo, alzándose de puntillas, para luego hacer lo mismo con Marifrán. Era una chiquilla morena, cuyo corte de pelo y las pecas que abundaban en su rostro le hacían parecer una niña traviesa, junto a sus oscuros ojos vivaces.

Cogí su equipaje e hice amago de coger el de mi hija, la cual me lo impidió, lanzándome una mirada de agradecimiento.

El viaje de regreso no fue tan tenso como supuse al entrar en el coche. A ello ayudaba la locuacidad de Rosetta, que hablaba lo más lento que podía, pretendiendo así hacerse entender. Cuando no comprendíamos algo, Rosario nos servía de intérprete.

No voy a colgarme medallas que no me corresponden. Yo había soñado con llevar algún día a mi Chayo al altar, cogida de mi brazo, preciosa en su gran día. Luciendo una gran sonrisa, radiante, mientras se encaminaba hacia su futuro marido. Y no cualquier hombre podría optar a tener semejante honor. Debía ser un gran tipo, honrado, luchador y trabajador, y junto a mi hija, formarían un gran equipo que acabaría dándonos unos preciosos nietos. ¿Quién no tiene esos sueños? Tuve una extraña punzada los días que permanecieron juntas en casa. No, no puedo ser hipócrita y decir que no me afectaba en absoluto. Aquello me había llegado de forma muy repentina, y aún tenía que asumirlo. Respetaría la decisión de mi hija. Yo no soy un retrógrado, ni un homófobo, pero tampoco un luchador por esa causa. Cualquier opción elegida es respetada. Y en esos momentos es lo único que podía ofrecer. No estaba preparado para dar más de mí en ese sentido.

Lo que me preocupaba era la reacción de mi madre. Con ella sí que había que tener cuidado, siendo de la antigua escuela. Por el momento no quise ni planteármelo. No era necesaria la presentación de una relación tan reciente, que cualquiera sabía cómo iba a terminar. Pese a que en ningún momento puse mala cara ante aquella situación tan nueva para mí, y, eso sí, me daba que

conocida de antemano por Marifrán, albergaba la esperanza de que mi niña conociera a algún chico que le hiciera superar lo que yo consideraba una etapa más de crecimiento. ¿Quién no ha hecho locuras en su juventud? Se trataba de la rebeldía propia de la edad. O de una moda. A saber.

No era la primera vez, ni sería la última, que ocurría algo así. Me consta que los jóvenes de hoy día vivían la vida sin miedos ni tapujos, mucho más envalentonados de lo que lo fuimos en mi época. Incluso en los telediarios, que duran una hora, frente a la media hora de mi niñez y juventud, se cuelan noticias de famosos que de la noche a la mañana salen del armario. Y no faltan las series de televisión en la que raro es que no haya algún homosexual.

En fin, fuera cual fuese el rumbo que tomara aquella relación, a mi hija pensaba llevarla yo del brazo al altar o despacho pertinente, y con la cabeza bien alta, oiga, ya le estuviera esperando un galán o una hermosa chica.

Al llegar a casa, Federico ya estaba allí. Su hermana le presentó a Rosetta, sin hacer mención al tipo de relación que las unía. Mi hijo guiñó un ojo a Rosario y le dijo:

—¡Qué buen gusto tienes, hermanita!

Su hermana sonrió y le dio un codazo, traduciéndole a la joven italiana el comentario:

—*Quanto è divertente tuo fratello!*

Aquello me dejó a cuadros. Me acababa de dar cuenta de que todo el mundo sabía lo de Rosario y Rosetta menos yo. Se ve que estoy en Babia.

Me alegró saber que toda la familia estábamos a una en esto, porque así es como debe ser. Mucho me temo que no me lo habían dicho porque me veían como a un carca. ¡Ja! Menuda sorpresa se llevaron conmigo.

No pude evitar sonreír recordando la despedida de mi Chayo y Rosetta, mientras conducía, con mi esposa al lado, hacia nuestra casita del campo.

—*Ci vediamo, suocero! Sei un grande uomo.*

—Papi, que dice que eres muy simpático —me tradujo mi hija, aunque creo que su interpretación no fue muy exacta a juzgar por las risas. ¡A saber qué me estaba diciendo la muchacha!

Marifrán me devolvió al presente de un codazo, previniéndome de la curva cerrada que teníamos un poco más adelante, pues iba demasiado rápido.

—Tienes ganas de llegar, Lorenzo, se te nota. A saber qué estás tramando. Llevas todo el camino riendo solo —me dijo, echando un nuevo vistazo al cuentakilómetros, pese a que había levantado mi pie del acelerador.

—Ya lo verás cuando llegemos. ¿Has echado cervezas?

—Sí, cervezas y tortilla de patatas que hice ayer. Y tú, ¿has comprado el pan?

—¡*Efectiviwonder!* Esta mañana, cuando salí a dar mi paseo, lo compré.

—A ver lo que te dura la vida sana, Loren. La verdad es que falta te hacía, y aunque lento, parece que vas adelgazando. Bueno, te falta todavía para llegar a tu peso ideal, pero algo es algo.

Nada más llegar a la casa, descargué los paquetes que llevaba en el maletero. Cuando terminé de dar el último viaje, me encontré a Marifrán ante el forjado con su nombre. No supe interpretar aquella mirada. Era, por decirlo de alguna manera, totalmente neutra. Sí, suena extraño, pero no tuve modo de saber por la expresión de su cara si aquel detalle la había encandilado, o por el contrario lo había encontrado tan hortera que se había quedado sin palabras.

No quise preguntar, pues me hubiera causado gran dolor encontrarme con una respuesta

desagradable, así que lo dejé pasar y me dispuse a instalar la lámpara de techo.

Pedí a mi mujer que desconectara la corriente eléctrica, y decidí terminar antes de montar el enchufe que había dejado a medias la semana anterior. Ya tenía los cables pelados y sacados de la pared, a falta de instalar la tapa. A partir de ese momento, todo ocurrió demasiado deprisa. No me dio tiempo a hacer nada, lo juro. Ni siquiera la vi venir. Marifrán se abalanzó hacia mí como una locomotora a máxima velocidad, y consiguió que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Tras darme la embestida, se quedó quieta durante unos segundos, o quizás un minuto, no sabría decirlo. Sólo sé que la observaba perplejo, allí tirado como un pelele, mientras mi mujer comenzó a tener pequeñas sacudidas. Hasta que reaccioné pasó un tiempo precioso. Me culpo de ello, y nunca podré perdonármelo. Al sentir un ligero olor a quemado, fue como si mi cerebro espabilara de golpe, y pusiera a mi cuerpo a trabajar. Rápidamente cogí una de las sillas del salón y la aparté de la zona del enchufe, y después corté el suministro eléctrico. Intenté hacerla reaccionar, pero permanecía con los ojos cerrados, aun habiendo comprobado que su corazón seguía latiendo, y que respiraba, o eso es lo que me parecía. Telefoneé inmediatamente a emergencias, y me quedé a su lado, asiéndole la mano.

Aquello no podía estar pasando.

Memento mori de ella.

Lo que cambia la vida en cuestión de instantes. Me veo aquí tendida, en la cama de un hospital, llena de tubos que atraviesan mi dolorido y maltrecho cuerpo, cuando apenas unas horas antes me sentía fuerte y poderosa. Me han dado los suficientes calmantes como para no sentir todo el dolor que me provocan mis lesiones, pero sigo pensando, mi mente no está abotargada. Tengo tal lucidez que me impide cerrar los ojos y descansar, a pesar de que debería hacerlo si quiero salir de ésta.

¿Por qué estoy aquí? He sido una estúpida, una sensiblera. Yo sola me lo he buscado, cuando ya podía estar libre de todo tormento.

Las enfermeras no dejaban de pasar por mi cama a cada instante, comprobando mis constantes vitales. Estaba en observación, y a retazos oí que tenía afectados varios órganos internos, y que el peligro aún no había pasado, pese a la rápida reacción de mi esposo.

No soportaba las visitas. Estaban restringidas a dos veces al día allí en la UCI, por la mañana y por la tarde, pero me agobiaban de igual manera. Las caras de preocupación de Lorenzo, de mis hijos, mi padre y mi hermana, lejos de reconfortarme, me hacían sentir como un fenómeno de circo. El constante pitido de la máquina que medía mi tensión arterial, el ritmo del corazón y no sé cuántas máquinas más era preferible a verlos a ellos. Al principio, cuando desperté, me había resultado molesto, para finalmente acostumbrarme a ello. No sabía cuánto tiempo iba a pasar allí. La mayoría de los enfermos prefieren que los suban a planta, señal de un buen augurio. Yo, sin embargo, lo temía. Una vez subiera a planta, me enfrentaría a muchas más visitas, incluida la de mi suegra, y a cualquier hora del día, tuviera ganas o no. ¿Tan difícil es de entender que un paciente requiere paz y tranquilidad? Las odiosas costumbres de acompañamiento, la mayoría de las veces por cumplir con un protocolo impuesto, por compromisos establecidos por la sociedad, no ayudaban nada a la recuperación. ¿Acaso me iban a solucionar de algún modo mi padecimiento? ¿Iban a curar mi enfermedad? No, todos esos conocidos que esperaban visitarme en la habitación lo hacían por lástima, e incluso por morbo, para después ir contando por ahí todos los pormenores de la hospitalización.

Angelines, sin ir más lejos, sería de las primeras en presentarse allí. Seguramente torturaba a Lorenzo con preguntas sobre mi estado, para ser la primera en dar novedades al resto de chismosas.

No, no me apetecía pasar a planta, ni ver a nadie. Ni siquiera a mis amigas más cercanas. Con mi familia ya me bastaba.

¡Ay, Lorenzo! Finalmente había ocupado tu lugar por un momento de indecisión.

Ni siquiera había planeado este fallido intento de acabar con su vida. Fue todo improvisado. Como se suele decir, me lo había puesto «a huevo». Me vi en la escena adecuada y en el momento justo. Los accidentes pasan, y jamás podría saberse que mi mano estaba detrás de ello.

Cuando vi aquellos cables pelados, pareció que me llamaran indicándome el paso a seguir. Al decirme Lorenzo que cortara la corriente, decidí omitir ese paso. No lo haría. No cortaría la corriente, y una vez mi esposo estuviera frito, ¿a quién iban a preguntarle qué pasó? Yo, convenientemente, estaría fuera de la casa, plantando flores. No sabría nada hasta encontrármelo tirado en el suelo, llamando inmediatamente a urgencias, nerviosa y llorando desesperada.

Un despiste le habría llevado a la tumba, y no habría más que investigar. Muerte accidental. Tenía sentido, no se molestarían en buscar más explicaciones.

—Cariño, ¿ya la has cortado?

—Sí, Lorenzo. Ya está.

Me quedé allí, mirando. Quería ser testigo de cómo al fin me deshacía de aquella persona que tanto sufrimiento me daba. ¿Realmente me daba sufrimiento? Sí, de manera indirecta, pero me lo daba. Yo no era feliz por su culpa. Nadie más tenía esa responsabilidad.

Vi como cogía las herramientas, al lado de aquel letrero forjado con mi nombre, y se aproximaba a los cables. Y fue ahí donde metí la pata.

Ese cartel, que se había tomado la molestia de mandar forjar con el nombre de su mujer. Lo hacía porque me quería. Sí, y yo no lo negaba, pero no era suficiente. Yo merecía ser feliz, era mi vida.

Dicen que, cuando uno va a morir o está en peligro de muerte, ve la vida pasar ante sus ojos como si fuera una película, desde que naces hasta esos momentos previos, visualizando los momentos más importantes.

Yo vi pasar mi vida al lado de Lorenzo. Vi su entrega a nosotros, su lealtad. Vi la aceptación con la pareja de nuestra hija pese a nuestros miedos cuando Rosario me lo contó. La acogió sin rechistar.

Pero la última imagen que tuve antes de saltar hacia él fue la dichosa placa forjada con mi nombre. Y con un impulso tonto, me lancé hacia él para evitar su electrocución, con tan mala suerte que me tocaron los cables y me quedé pegada. Noté una sensación extraña, no quemaba ni tampoco me hizo tener grandes convulsiones, simplemente no me podía despegar de aquellos puñeteros cables.

No sé cuánto tiempo estuve así, hasta que perdí el conocimiento. Sólo recuerdo que no pensaba en que iba a morir, porque no me dolía nada. Mi vista estaba fija en la pared del frente, imaginando el efecto tan bonito que tendría un cuadro de azulejos con un paisaje campestre, como los que había visto en un restaurante en el que estuvimos la semana anterior, o quizás un espejo con un marco de plata envejecida.

Cuando desperté, me encontraba entumecida, rodeada de aparatos e inmovilizada.

Los días se me hacían eternos en aquel lugar. Estaba demasiado cansada para sostener la vista mucho tiempo, aunque realmente no tenía nada que ver, tan sólo el puesto de enfermería, y el ir y venir de los médicos y enfermeros.

Tan sólo pedía que no me tocara cerca uno de aquellos enfermos quejumbrosos que no paraban de lamentarse a todas horas. Hubo un hombre, noches atrás, que no dejó de hacerlo en toda la noche. Si tan enfermo se hallaba para estar allí, ¿cómo tenía fuerzas para dejar escapar aquellos horribles sonidos? ¿Por qué no afrontaba su sufrimiento en silencio, como hacíamos la mayoría? El dolor no se le iba a ir antes por hacer aquello, y los demás se lo agradeceríamos.

Afortunadamente, sólo fue por esa noche, y parte de la mañana. Pensé que había abandonado este mundo, igual que había venido a él, entre lloros, pero por los comentarios de los enfermeros del turno de noche, cuando hicieron el relevo a los de la mañana, supe que lo trasladarían a planta, a darle la monserga a otros. Al parecer, estaba operado de la próstata, y tenía poco aguante, porque si le habían puesto la mitad de calmantes que a mí, iba sobrado.

Por otro lado, también supe que Pablo, uno de los enfermeros se casaría pronto, y que aún no le había comentado nada a la jefa de recursos humanos, pues temía su reacción cuando supiera que se ausentaría los quince días de rigor por matrimonio. Y es que andaban escasos de personal, pero

en lugar de emplear a más gente aunque fuera como interinos mientras se convocaban oposiciones, doblaban turnos. Estaban quemados, hartos de la situación, y Begoña, otra de las enfermeras que se hallaba en prácticas, barajaba la posibilidad de irse a Londres a ejercer su profesión.

Una mañana, tras no sé cuántos días allí, me subieron a planta. El calvario comenzaba. Y no por dolor, precisamente. Una vez en mi habitación, las visitas se sucedieron. Una mañana asomó por allí Encarna, mi suegra. Una de las personas que venía a verme por obligación, porque no me cabía duda alguna de que esa mujer hubiera preferido que no hubiera despertado jamás. Habría asistido a mi entierro con la mejor de las satisfacciones. Nunca me había querido, y en estas circunstancias me consideraba aún más un lastre para su hijo. ¡Pobre Lorenzo! Como no llevaba ya bastante lucha con el trabajo, ahora tendría que cuidar de su esposa, enferma, y por el momento postrada en una cama.

—No pude venir antes. Mi hijo me dijo que no podía entrar mientras estuviste en el otro sitio, porque no dejaban entrar más que dos veces al día, y claro, Lorenzo y los niños querían verte cada vez que se podía —se excusó nada más entrar, en lugar de preguntar por mi estado.

—No se preocupe usted, Encarna. Está más que disculpada —La voz apenas me salía, ronca e irreconocible tras la traqueotomía de urgencia.

—Parece que estás mejor, me dijeron que estuviste muy grave —dijo, mientras miraba los tubos de goma que conectaban mi cuerpo con los diferentes líquidos intravenosos que recibía.

Tomé un poco de aire con la mascarilla de oxígeno antes de contestar. Notaba que me faltaba el aire, y aquella mujer me estaba haciendo hablar demasiado.

—Aún no ha pasado el peligro, tengo varios órganos afectados. Los médicos son cautelosos con estos temas, y por eso no debo hacer muchos esfuerzos —respondí, y volví a ponerme la mascarilla. Esperaba que pillara la indirecta y se fuera pronto de allí.

No pareció entenderlo, y siguió hablando sin parar sobre gente absolutamente desconocida para mí. Llegué a adormecerme con la cháchara durante un rato. Deseé con todas mis fuerzas que se fuera, o que por lo menos callara y echara mano de una de las revistas que, con toda su buena intención, me había traído Marina, mi amiga, para que me distrajera, y que no me había dignado a tocar.

Al rato llegaron Lorenzo y mi hermana. Los niños se habían ido la tarde anterior, en vista de que yo ya me encontraba mejor. Tenían exámenes que hacer, trabajos que entregar y mucho que estudiar. Federico fue más reacio a irse, pero le convencí de que cada día que pasara iría recuperándome, que podía marchar tranquilo. Su sensibilidad me atormentaba, me hacía sentir culpable. No quería que sufriera por mí.

Pilar me besó en la frente húmeda y pegajosa. Seguramente tenía un aspecto horrible, y notaba que mis cabellos, los cuales habían crecido considerablemente, desprendían un olor a sudor rancio que me hacía sentir bastante incómoda. Ansiaba salir de allí, y darme una larga y revitalizante ducha.

Lorenzo me acarició la cara, y me cogió la mano, besándola suavemente. Era como si temiera que al tocarme pudiera hacerme más daño del que ya padecía mi pobre cuerpo. Curiosamente, se sentía culpable de lo que me había sucedido. Inocentemente, pensaba que yo presentí en el último momento que algo no iba bien, que no había desconectado el diferencial de manera adecuada, y que él no debería haberme pedido que lo hiciera.

¡Estúpida de mí! ¿Por qué no grité, en lugar de abalanzarme a él como una locomotora sin frenos? La voz no me salía de la garganta, recuerdo que el chillido se quedó quieto ahí.

Cuando los vi allí a los tres, mirándome con aquella cara de lástima, los odié. Los odié

profundamente. No soportaba que me miraran de aquella manera. Quería que se fueran, que me dejaran en paz. Pedí a Lorenzo que llevara a su madre a casa, con la excusa de que era muy tarde para ella, y sabía que tenía por costumbre acostarse temprano.

—Antes me gustaría hablar con Paquita y darle las gracias. —replicó mi suegra.

—¿Quién es Paquita, mamá? —preguntó mi esposo.

—Paquita es auxiliar de enfermería aquí, sobrina de Matilde, mi vecina. Gracias a ella, Marifrán tiene habitación para ella sola, al menos de momento. Le pedí el favor a Matilde, que es muy amiga mía. Mientras pueda, que lo disfrute, que luego no se sabe quién te puede tocar al lado.

—Mamá, es que tengo prisa. Me tengo que pasar por la nave y...

—No te preocupes, Lorenzo. Yo la acerco y así no te tienes que desviar. Vete tú si quieres y yo la espero aquí mientras va a ver a esa mujer —lo interrumpió mi hermana.

—No quiero molestar, Pilar. Tienes que atender a tu padre —argumentó Lorenzo.

—Nada, hombre, no es ninguna molestia. Vete tranquilo.

Los ojos se me cerraban, y me adormecía a ratos, tras los sedantes que me habían administrado las enfermeras de la tarde, pero al fin, tres cuartos de hora después, estaba sola en mi habitación, dispuesta a pasar la noche de la mejor de las maneras.

Al fin podría descansar.

Memento mori de él.

Enterramos a Marifrán un domingo de mediados de marzo. El buen tiempo que nos acompañó durante el trayecto hasta el Cementerio Municipal, en la Carretera de Malpartida, contrastaba con la tristeza que afligía nuestros corazones.

La naturaleza despertaba ante la llegada de la primavera con renovadas fuerzas, mientras que mi interior entraba en un letargo invernal. Jamás me hubiera imaginado perderla tan pronto, y mucho menos hubiera llegado a pensar que fuera ella la primera en despedirse de este mundo, una mujer tan llena de vida y tan sana. No era justo.

Íbamos a empezar a vivir una nueva etapa de nuestra vida, más relajada y con ilusiones que cumplir. Pero mi capricho le costó la vida en un absurdo accidente.

Murió por mí, por salvar mi vida. Cuando le pedí que cortara la corriente eléctrica, no caí en la cuenta de que tal vez yo la había desconectado la última vez que habíamos estado allí. ¿Cómo iba a saber ella si había que dar al diferencial hacia arriba o hacia abajo? Se habría limitado a ponerlo en la posición contraria a la que lo hubiera hallado.

Sospeché que algo no iba bien. ¡Las mujeres y su bendita intuición! En lugar de gritar, se abalanzó hacia mí, con tan mala suerte que acabó tocando con su piel los cables pelados.

Nunca me lo perdonaría. No podía mirar a mis hijos a la cara, ni a su padre ¡pobre hombre!, ni a su hermana. Por más que Pilar trataba de consolarme, no había quien pudiera hacerme entrar en razón.

La última vez que la vi con vida, tras visitarla en el hospital, la había visto mejor de ánimo y de físico, más recuperada. Pese a no haber pasado el peligro, la encontré mucho mejor, y tuve la esperanza de que pronto se recuperaría y le darían el alta.

Cuando me llamaron a las siete de la mañana del día siguiente, sentí como un tambor retumbaba dentro de mí, y hacía eco en mis oídos. Apenas entendí las palabras de la enfermera. Sólo me dijo que urgía mi presencia en el hospital, y me temí lo peor.

Por desgracia, no me había equivocado. De la jerga médica sólo me quedé con las palabras fallo multiorgánico y parada cardiorrespiratoria. No pude contenerme y grité al médico, le zarandeé, le dije que cómo era posible, si me la había dejado tan bien el día anterior. Me tranquilizó, haciéndome ver que no sufrió, que se quedó dormida y no sintió nada. Sí, era un consuelo, pero no lo suficiente. No la vería más, no la tendría más a mi lado.

Llamé a mi cuñada, pero no le quise adelantar nada por teléfono, tan sólo le dije que viniera al hospital porque el estado de su hermana se había agravado durante la noche. Me parecía un medio demasiado frío para comunicar tan terrible noticia. Prefería verla cara a cara, y ya entre los dos dar la noticia a mi suegro y a mis hijos.

Tardó poco en llegar, y la pobre no tuvo más que ver mi cara para saber el fatal desenlace. Me abracé a ella roto, desconsolado, y lloramos durante un buen rato. Le expuse una y otra vez que no lo entendía, que no podía ser verdad.

—Lorenzo, al menos tenemos el consuelo de que no ha sufrido. Yo tampoco entiendo qué ha podido pasar, pero debemos comprender que estaba dentro de las posibilidades. No había pasado el peligro, y por dentro tenía bastante daño —me dijo Pilar, agarrando mi mano entre las suyas.

—Sí, supongo que es eso que llaman la «mejoría de la muerte». Estaba tan bien ayer, tenía tan buen color en las mejillas. Te juro que pensaba que en una semana a lo sumo estaría en casa con nosotros.

Aquella santa mujer me ayudó con todo el trámite del seguro de decesos, incluso eligió el féretro y las coronas. Yo no tenía fuerzas para nada. Se ocupó de todos los detalles, de cocinar para los chicos, que estaban desolados, y teniendo en cuenta que debía atender a su padre, no comprendía cómo podía con todo. Tal vez le viniera incluso bien para su salud anímica el tener la mente ocupada.

Los chicos se fueron a la Universidad a la semana de morir su madre. Yo lo comprendía: tenían su vida y mi mujer, conociéndola, no hubiera querido que se atascasen. Debían volver a la normalidad, retomar sus vidas. Eran jóvenes, y aunque siempre la necesitarían y la echarían en falta, ya no eran unos niños pequeños.

Federico, mi pobre Federico, era el que peor lo llevaba. No lloraba como lo hacía su hermana, al menos no en público. Pero se mantenía en silencio, mirando un punto fijo durante mucho rato, ensimismado en sus recuerdos. Lo dejábamos tranquilo. Cada uno sobrelleva su dolor de diferente manera.

Rosario se fue el sábado, y Federico se iba el domingo, después de comer. Mi madre nos había llamado para que comiéramos en casa, con mi hermano, mi cuñada y sus hijos.

Luis se había ofrecido a llevar a mi hijo a la estación de tren en su taxi, y nos quedamos a la sobremesa mi cuñada Cecilia, mi madre, los niños y yo.

—Hijo, yo sé que estás pasándolo muy mal, pero tienes que ir pensando en lo que vas a hacer con las cosas de tu mujer —me dijo mi madre, tras servirme el café.

—¿Qué quieres que haga con las cosas de Marifrán, mamá? Están en su sitio, en su casa, donde tienen que estar —repliqué, ofendido.

—Tu madre tiene razón, Lorenzo. Todos sabemos que ha sido una terrible pérdida, muy dolorosa y más aún porque ha sido algo tan repentino que yo al menos aún no me lo creo. Pero piensa que tienes que seguir adelante, ella no va a volver —Cecilia dio un sorbo a su café, y me miró ligeramente nerviosa. Pocas veces hablaba, y cuando lo hacía era muy prudente. Eso es lo que me hizo escucharla con atención.

—No comprendo que tiene de malo que quiera conservar las cosas de mi esposa. Son recuerdos. Bastante vacía está ya esa casa para encima deshacerme de sus pertenencias. No puedo imaginar...

Mi madre agitó la mano, impaciente, y me interrumpió:

—Hijo, no estamos hablando de tirar nada. Sólo te estamos diciendo que hay cosas que serán más útiles para otras personas, que podrán aprovecharlas en lugar de dejarlas colgadas en los armarios. Te hablo de la ropa y zapatos, de los bolsos, por ejemplo. Deja que tu hija te ayude cuando vuelva de donde quiera que se haya ido, que es otra de las cosas que no comprendo. ¿A qué se va esa niña tan lejos por ahí, para que le pase algo? ¡Señor! Como está la vida.

Rechacé amablemente la propuesta de Cecilia de ayudarme con las cosas de Marifrán, a la par que prometía a mi madre que pronto me ocuparía de ello.

No podía contar con Rosario, que acababa de volver a Italia, y decidí que Pilar era la mejor opción. Era su hermana, y lo haría con todo el cariño y cuidado posibles. La llamé el lunes y prometió venir el sábado por la tarde. Ninguno de los dos trabajábamos y estaríamos más tranquilos. Yo sólo no me veía capaz, era demasiado doloroso para mí. Ella sabría seleccionar mejor los artículos destinados a la donación de los que no servían para ese fin por estar

demasiado ajados y usados.

Puntual como siempre, tocó al timbre a las seis de la tarde. Me abracé a ella, llorando desconsolado. Habían pasado dos semanas desde la muerte de mi esposa, pero jamás podría dejar de sentir tanto dolor por su pérdida. Prácticamente era la única mujer que había conocido. Mi juventud la pasé a su lado, y juntos superamos los malos momentos, apoyándonos mutuamente. Sufría por no haberla sabido entender en los últimos tiempos, por no comprender qué necesitaba, por no saberla hacer feliz. Me culpaba una y otra vez, porque no la supe entender. Tuvo cambios, como a todos nos pasa. La vida, las circunstancias, la edad...todo nos hace ser diferentes, nos transforma. No me adapté a su madurez.

Me sinceré con Pilar. Mientras empacábamos la ropa, dividida en dos montones, le expliqué cómo me sentía. Ella me escuchó en silencio. Me dejó hablar hasta que las lágrimas interrumpieron mis palabras, quebrándome la voz.

—Mi hermana tenía un carácter difícil. Por más que me pese, no debo engañarme a mí misma. De pequeñas, acostumbraba a salirse con la suya. No digo que fuera mala persona, ni mucho menos —Pilar dejó de doblar la camisa que tenía en el regazo y me miró—. Estoy segura de que hiciste todo lo que estuvo en tus manos para hacerla feliz, y dentro de su forma de ser, lo fue. Quédate con eso.

—¿De verdad crees que lo fue? Nunca hablamos de ello. Quiero decir, bueno, que nunca le pregunté si era feliz. ¡Dios mío! La echo tanto de menos. No sé cómo voy a poder salir adelante sin ella, no lo sé.

Mi cuñada me abrazó, y lloré sobre su hombro como un chiquillo.

Un año después

Aquella mañana, la mujer salió de casa dispuesta a empezar una nueva vida. Se conformaba con tan poco para ser feliz. No precisaba de grandes lujos, ni caprichos costosos. Tan sólo quería tener a alguien al lado que la amara sin condición. No, no pedía tanto. Al fin podría disfrutar de unos abrazos cálidos, de unos besos cariñosos. No volvería a despertar sola. Eso se había terminado.

—Vamos, papá. Aligera el paso, que llegamos tarde. El Juzgado no espera, nos citan a una hora, y hay que ser puntuales —dijo, asiendo del brazo al hombre que la seguía.

—¿Has echado mis medicinas?

—Sí, papá. Llevo todo aquí. —dijo, palpando el bolso donde llevaba, entre otras cosas, varios inyectables de insulina.

¡Bendita insulina! Lo mismo salvaba vidas, que las apagaba para siempre cuando se volvían innecesarias para otras personas.

Pilar sonrió. Su padre tenía diabetes, y en casa siempre había una caja de este medicamento. Y ella, al estar siempre tan pendiente de él, sabía cómo administrársela, aunque la mayoría de las veces lo hiciera él solo.

Conocía sus efectos, y también sus peligros. Había adquirido una gran habilidad a la hora de inyectarla. Era rápida y meticulosa. Y esa fue la ventaja que le permitió estar a escasos minutos de casarse con Lorenzo.

Aquel fatídico día en el hospital, el último en la vida de Marifrán, no tuvo más que ser paciente. Pudo haber sido ese día como cualquier otro. Pero la suegra de su hermana le había hecho un gran favor al ausentarse unos minutos de la habitación. No necesitó más. Su hermana estaba agotada, y cuando cerró los ojos unos instantes, fue suficiente para inyectar un vial de insulina en la bolsa del suero. Guardó el vial vacío en su bolso, y se deshizo de él al llegar a casa. Inmediatamente fue a tirar la basura, temerosa de tener aquello en la casa, aun cuando era lo más normal del mundo, pues su padre lo usaba.

Supo ganarse a Lorenzo. A su parecido físico con su añorada mujer, su cuñado vio en ella un apoyo moral, alguien que lo comprendía, que le daba cariño, que estaba pendiente de él.

Marifrán no había merecido nunca a ese hombre. Le había mentido, se había gastado una suma de dinero enorme, a saber en qué, sin dar explicaciones, y para más inri, culpándola a ella. No le había dado el cariño que ella podía ofrecerle, lo había tratado siempre con desprecio.

María Francisca, Marifrán, la pretenciosa, con aires de grandeza. ¿Se creía que no sabía que miraba a los demás con desdén? Como si ella fuera superior, y los demás unos gañanes.

Y Rosario era igual que su madre. De momento, eso no le preocupaba mucho. Había vuelto de Italia, triste por lo de su madre, pero tal vez con el añadido de un amor perdido. Era joven, ya conocería a alguien. Esa muchacha acabaría por irse pronto de casa. Si no se equivocaba, su sobrina lograría cumplir el sueño que su madre no pudo realizar, y se iría a vivir bien lejos.

Por otro lado, estaba Federico. Ése era otro cantar. Era un chico encantador, y su presencia no le desagradaba. Era tímido, y callado. No había nada que temer de él.

—Papá, ten cuidado. Te vas a caer. No puedes salir así del taxi, tienes que esperar a que yo te

ayude por la otra puerta.

—Hija, es que mis piernas no están como antes. Ya quisiera yo poder seguir mi ritmo de antes, pero uno ya tiene sus años, y sus desgracias. Y todo eso pesa. Pesa en el alma, y se refleja en el cuerpo.

Pilar cogió del brazo a su padre. Se alisó el vestido y se humedeció los labios antes de entrar en el edificio del Juzgado.

Ciertamente, su padre había dado un bajón. Ya no era el de antes, había perdido apostura, y estaba muy achacoso. Pronto necesitaría de más cuidados. Ella era su principal y único apoyo, no quedaba nadie más que pudiera hacerse cargo de él.

¿Es que no iba a disfrutar nunca de un tiempo para ella sola? Siempre pendiente de todo y de todos. Ya comenzaba a hartarse.

«Bueno, todo tiene solución menos la muerte», pensó, al tiempo que palpaba el bolso y sonreía a Lorenzo, que la esperaba en la puerta.

Anexo.

La hembra de la *Latrodectus mactans*, popularmente conocida como *viuda negra*, es casi el triple de grande que el macho. Su mala fama, además de por la toxicidad de su veneno, viene determinada por su tendencia a comerse al macho tras el apareamiento, si éste no logra escapar a tiempo.

El término **viuda negra** fue propuesto en 1991 por Eric Hickey, un psicólogo forense de Santa Bárbara, para designar a las asesinas en serie que se deshacían de sus esposos.

He aquí varios ejemplos de viudas negras que deciden que ha llegado la hora de acabar con la vida de otras personas: esposos, familiares o amigos cuya existencia les impide alcanzar unas metas, ya sean económicas o de libertad. En otros casos, los celos y el despecho las llevan a actuar de este modo.

La mayoría de ellas no sigue un impulso repentino, si no que planea cuidadosamente los pasos a seguir. Esas malvadas fémias preparan planes minuciosos que las llevarán a conseguir sus objetivos, intentando salir airosas y sin levantar la más mínima sospecha sobre sus personas.

Julia Fazekas

Susi siempre había tenido a alguien a quien obedecer, desde que nació. Y el culmen vino cuando sus padres también decidieron por ella quién sería su futuro esposo, sin dar opción a ninguna réplica. Acatar y callar. No importaban nada las palizas a las que le sometió desde el primer día su marido, cuando el alcohol no le debilitaba lo suficiente como para lanzarle a la cabeza lo primero que pillara a mano.

¿Divorciarse? ¡Qué va! No se le podía pasar por la cabeza. No, no se le permitía en aquella Hungría de la primera década del siglo XX.

Cierto día de 1911 llegó a Nagyrév Julia Fazekas, una matrona de mediana edad, que pronto hizo muchas amistades, pero también pasó por prisión por realizar abortos ilegales.

Pronto la guerra llegó, y Susi respiró aliviada cuando su marido, entre otros hombres de Nagyrév, fue enviado a luchar. Al fin tendría un tiempo de calma, que aprovechó para entablar relaciones íntimas con un amante extranjero.

Poco le duró esa paz. Su marido regresó, dispuesto a retomar su anterior vida ética.

Pero esta vez no estaba dispuesta a aguantar más humillaciones. Seguiría el ejemplo de varias vecinas, que le recomendaron que acudiera a ver a la señora Fazekas. Ella sabría cómo ayudarla a poner fin a su calvario.

La solución estribaba en hervir papel matamoscas y retirar el residuo que desprendía: arsénico. Mezclado con el vino, su torturador no notaría nada...

En dieciocho años, este método les costó la vida a unas cincuenta personas. No sólo los maridos fueron aniquilados, también padres e hijos sufrieron las consecuencias del arsénico, ya fuera por resultar una carga a estas mujeres o por herencias.

Madame Alexe Popova

Esta noble rusa sacó partido económico de las mujeres ansiosas por ser viudas. Dirigió una agencia que se encargaba de finiquitar a los maridos fastidiosos, desde 1879 hasta 1909.

¿Cansada de las palizas a las que le somete su esposo? ¿Quiere dejar de ser una esclava en su

propia casa? ¿Le engaña su marido? ¿Quiere disfrutar su herencia sin esperar a ser viuda? Libérese de su tormento.

Por su negocio pasaron al menos trescientas clientas, que quedaron satisfechas con los resultados. Les merecía la pena abonar una cantidad de dinero que les solucionaba el problema de manera eficaz

Los medios de los que se valía para conseguir sus propósitos variaban desde el uso del veneno, que daba a sus compradoras con detalladas instrucciones de cómo administrarlo, hasta el empleo de sicarios.

Este singular establecimiento iba viento en popa. La confidencialidad era la clave de su éxito, hasta que fue atrapada.

Una parroquiana, abrumada por la mala conciencia, denunció a Madame Popova, enviando una nota a la policía donde relataba los hechos.

Alexe Popova fue condenada a muerte, y murió fusilada en 1909. Nunca denunció a sus cómplices.

Vera Renczi

Vera era una hermosa joven de linaje aristocrático y origen húngaro. Su familia, debido a la falta de dinero, vendió la casa en 1913 y se trasladó a una granja en Berkerekul, en la antigua Yugoslavia.

A ella la enviaron a un internado, en el que se sentía sola y desdichada, pues añoraba a su padre, al que veneraba. Cuando cumplió dieciséis años, tuvo que asumir un matrimonio concertado con un empresario acaudalado que le llevaba treinta años, con el que tuvo un hijo.

En Odobesti montaron una bodega que tuvo un gran éxito. Los negocios obligaban a su marido a realizar continuos viajes, lo que provocaba los celos de Vera, que no soportaba que mirara a otra mujer. Se volvió posesiva, y los celos que la embargaban la hacían montar coléricas escenas.

Una noche, en un arranque, vertió arsénico en la copa de su esposo durante la cena. Ante la ausencia prolongada de éste, Vera le dijo a su familia que habían discutido por celos, y que se había marchado junto con su hijo.

Pasado un año anunció la triste noticia del fallecimiento de ambos tras sufrir un accidente en la Costa Azul, en Francia.

Tiempo después, la desolada viuda acabó casándose con un hombre dos años mayor que ella, empresario también como su difunto esposo.

Los celos volvieron a atormentarla, y dos años después comunicó a familia y amigos que, de nuevo, la habían abandonado.

No volvió a casarse, pero siguió manteniendo muchas relaciones sentimentales con hombres que, muchas veces, se iban a vivir con ella para, posteriormente, abandonarla.

Uno de sus amantes tenía esposa. Ésta lo había seguido, comprobando que sus sospechas estaban bien fundadas: su marido la engañaba con Vera Renczi.

Despechada, la pobre señora decidió esperar en casa la vuelta del galán para dejarlo, no sin que antes oyera los reproches que tenía preparados. Mas el tiempo pasaba y su marido no regresaba. Tras dos semanas de espera, decidió poner el asunto en manos de la policía.

Cuando los agentes entraron en la bodega de vinos, rastreando al esposo desaparecido, no pudieron quedar más sobrecogidos ante el macabro hallazgo de treinta y cinco ataúdes de zinc perfectamente alineados en una de las salas del bodegón.

Cada uno de los féretros contenía un cadáver masculino, en diversos estados de descomposición. Entre ellos, el cadáver de Lorenzo, el hijo de Vera.

Una vez en comisaría, confesó que se sentía traicionada por todos y cada uno de esos hombres que habían pasado por su vida. Acababa con sus vidas cuando notaba que la engañaban o que perdían interés en ella.

Aun así, los seguía queriendo. Le gustaba sentarse allí, entre ellos, y al fin poder respirar aliviada por no ser abandonada. Ya no podían engañarla con otras mujeres.

¿La muerte de su hijo? Sí, tenía también un motivo. El chico había descubierto el cadáver de su padre y la había chantajeado. Decidió envenenarlo.

Se libró de la pena de muerte por ser de familia aristocrática, pero la condenaron a cadena perpetua. Acabó muriendo en 1960 por causas naturales.

Betty Lou Beets

Tenía sólo quince años cuando se casó por primera vez. Diecisiete años después se divorció, en 1969.

Un año después se casó con Billy Lane, y ese mismo año pusieron fin al matrimonio. Pero las peleas no finalizaron. Betty, en un arranque de furia, le disparó dos veces en la nuca. Fue juzgada por intento de asesinato, pero Lane retiró los cargos, confesando que había amenazado a Betty previamente con acabar con su vida. Tras el juicio, volvieron a casarse, pero un mes después de nuevo se había roto la pareja.

Un año después, cuando contaba con treinta y seis años, ennovió con Ronnie Threlkold, con el se casó cinco años después.

Éste tampoco pareció ser su príncipe azul, pues trató de atropellarlo con su auto.

A fines de 1979 conoció a otro hombre, Doyle Wayne Barker, con el que contrajo matrimonio. Poco duró, divorciándose en 1980. Nadie volvió a ver a Barker con vida, y con el tiempo se supo que se hallaba enterrado en el patio trasero de Betty Lou, asesinado por ésta a balazos.

Una nueva boda se celebró en 1982. El novio, Jimmy Beets, un bombero jubilado de Dallas, firmó su sentencia de muerte al pronunciar «sí, quiero».

Lo mató a tiros con su pistola de calibre treinta y ocho, y lo enterró en el patio delantero de la casa.

El veinticuatro de febrero de 2000 fue ejecutada por inyección letal, cuando contaba con sesenta y dos años. Para entonces ya era bisabuela por sexta vez.

Tillie Gbureck

Tillie nació en Polonia en 1876, y siendo una cría llegó a Chicago con sus padres.

Era muy buena cocinera, pero era más conocida entre sus vecinos por sus habilidades clarividentes. Además de leer las mentes de los demás, podía predecir sus muertes.

En 1890 se casó con John Mitkiewicz. Años después, en 1919, Tillie contó a sus allegados y conocidos que había tenido una horrible pesadilla. Había soñado con la muerte de su esposo en una fecha determinada. El terrible presagio se cumplió la noche señalada, y el pobre John murió, certificándose su muerte como un ataque al corazón.

Dos meses después, Tillie se casó con Joseph Ruskowski, un vecino. Volvió a predecir su muerte, y por desgracia para Joseph, de nuevo acertó con su profecía.

Frank Kupczyk tuvo la desdicha de cruzarse en el camino de la ceniza Tillie, convirtiéndola en viuda por tercera vez, tras haber soñado ésta con su deceso.

Tras la boda con su cuarto marido, Tillie visitó una tienda para comprar tela negra. Necesitaba hacerse unos vestidos de luto. El dependiente le dio las condolencias, a la par que le preguntaba cuándo había ocurrido la tragedia.

«No, señor. Aún no ha ocurrido. He soñado que pasará en diez días. ¡Qué desgraciada soy!»,

clamaba la dama.

No eran sus maridos los únicos a los que podía augurar su fallecimiento. En cierta ocasión soñó con una terrible epidemia que afectaría a una familia, con el triste resultado de muerte para tres de los infantes que la componían.

En 1921 se casó con el que sería su quinto y último marido, Anton Klimek. El infortunado cayó enfermo al poco tiempo, siendo atendido por su abnegada esposa, que no se separaba de su vera, velándolo noche y día.

Pero la familia de Anton insistió en hospitalizarlo. Esa mujer era gafe, y temían que su pariente acabara siendo alimento de gusanos.

Los doctores pronto dieron con un diagnóstico: arsénico.

¿Motivos? Económicos. Pero no olvidemos el misterioso contagio de la familia. Mató a los tres niños por una rencilla con sus padres.

Fue condenada a cadena perpetua en la Corte de Illinois, muriendo en prisión en 1936.

Anjette Lyles

Max Haines Anjette Donovan era una encantadora chica sureña que soñaba con una vida de princesa.

En 1947 se casó a la edad de 21 años con Ben F. Lyles, que regentaba un restaurante en Macon (Georgia), junto a su madre viuda.

Al año nació su primera hija, Marcia, y tres años después fueron bendecidos con la llegada de Carla.

Con dos hijas pequeñas, Anjette insistió a Ben para que se hiciera una póliza privada junto al seguro de los veteranos al que tenía derecho, pues no estaba de más una protección extra ante posibles eventualidades. Ben aceptó. No quería que su familia se viera en aprietos si faltaba de este mundo antes de tiempo.

Poco después, a Ben comenzó a dolerle el estómago. Las molestias fueron en aumento, y no remitían a pesar de haber transcurrido semanas. Al agravarse, hubo de ser ingresado en el hospital, donde murió el 25 de enero de 1952.

El desconsuelo que sintió su viuda ante la repentina pérdida se vio aliviado cuando cobró 9300 dólares del seguro de veteranos, más los 3000 de la póliza privada que había firmado poco antes. A esto había que añadir 150 euros mensuales hasta que se volviera a casar y 94 dólares mensuales más para la manutención de las niñas. Al fin y al cabo, «los duelos con pan, son menos».

Las buenas relaciones con la madre de su difunto esposo se mantuvieron, a pesar de que ésta vendió el restaurante. Anjette acabó comprándolo.

Pasado un tiempo conoció a Joseph Gabbert, un piloto de aerolínea con el que acabó contrayendo nupcias sesenta días después. La vida marital sólo duró cinco meses.

Recién casados como se hallaban, se vieron golpeados por la desgracia. A Joe le tenían que realizar una cirugía menor y fue ingresado. Su cariñosa esposa no se separaba de su lado, atendiéndole y ofreciéndole sabrosos zumos de frutas, cargados de vitaminas, entre otros compuestos. La que iba a ser una corta estancia en el hospital se alargó, y finalmente Joseph falleció, a consecuencia de complicaciones inexplicables que surgieron.

De nuevo, viuda. Y una vez más, su dolor se vio mitigado por el cobro de casi 11000 dólares del seguro de veteranos, y 10000 más de una póliza privada.

El restaurante que había sido de su primer marido y su suegra seguía funcionando. Ésta última decidió visitar a su antigua nuera y sus nietas, y comió allí. Poco después murió, al parecer de indigestión. Esta muerte inesperada le aportó una cuantiosa herencia. Nada más y nada menos que

las terceras partes del patrimonio de la señora Lyles fueron a parar a manos de Anjette y sus hijas.

Pero las desgracias nunca vienen solas. Marcia, la hija mayor de Anjette, que por entonces contaba nueve años de edad, acuciada por la sed bebió zumo del que su madre tenía en el restaurante. Un mes después fallecía entre grandes dolores y sufrimiento.

No tardó en enfermar la pequeña Carla.

Esta fue la gota que colmó el vaso. Una cocinera del restaurante no daba crédito a tanta muerte, por más que todas fueran achacadas a «causas naturales». Envío una carta a la hermana de Ben, el primer marido de Anjette, ésta la reenvió al forense del condado de Macon y éste a su vez a la policía.

Todos los cadáveres fueron exhumados y en todos se hallaron restos de arsénico.

Los síntomas de muerte por arsénico son fácilmente confundibles con enfermedades comunes, y, por otro lado, las víctimas no notaron nada en sus bebidas, pues usaba veneno para las hormigas, y aunque su principal ingrediente es arsénico, también se halla edulcorante en su composición.

El jurado halló a Anjette culpable y fue condenada a morir en la silla eléctrica. Su sentencia no llegó a ser ejecutada, y acabó internada en el Hospital Psiquiátrico del Estado de Milledgeville, en Georgia, donde pasó diecinueve años hasta morir por causas naturales.

Blanche Kiser Taylor

Blanche era una apacible mujer, bien considerada por sus vecinos de Kunkletown (Pensilvania). Cuando fue detenida, acusada de varios asesinatos, no podían dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Blanche era hija de un ministro baptista, alcohólico, que la había obligado a prostituirse en su juventud para pagar unas deudas de juego. En 1966 Parker, su padre, murió de un ataque al corazón.

En 1952 se había casado con James Napoleon Taylor, un veterano y restaurador de muebles al que dio dos hijos.

Comenzó a trabajar como cajera en Kroger, una cadena de supermercados de Estados Unidos. Años después fue promovida a cajera principal y comenzó una relación con el gerente de la tienda donde trabajaba. Poco después, James murió de un ataque al corazón.

Tras el fallecimiento de su esposo, Blanche y Reid hicieron pública su relación, aunque las cosas no iban bien, y todo apunta a que inició una relación con Denton, gerente regional de Kroger.

La relación terminó y la cajera interpuso una demanda por acoso contra Denton y contra Kroger, que se resolvió con una fuerte suma de dinero fuera de las Cortes.

Comenzó a salir con el reverendo Moore, a escondidas mientras duró el juicio por acoso. Le pidió veneno que le consiguiera veneno para hormigas.

En 1986, Reid, el que había sido su amante cuando estaba casada con James, enfermó de «culebrilla». Lo hospitalizaron en abril de ese año, y en octubre falleció, según los médicos por el síndrome de Guillain-Barré.

En noviembre de 1988, Blanche y el reverendo Moore se casaron. Se fueron de luna de miel durante un fin de semana a Nueva Jersey. Regresaron un lunes, y el miércoles el reverendo cayó desplomado al suelo tras comerse un sándwich de pollo.

Los médicos no podían dar crédito a los resultados de los análisis. Moore tenía en el cuerpo el arsénico suficiente como para matar a un caballo. Era asombroso que siguiera aún con vida.

Inmediatamente se dio traslado de los hechos a la policía y comenzaron las exhumaciones y

consiguientes autopsias de Taylor, Reid y el propio padre de Blanche.

Todos los resultados mostraron cantidades elevadas de arsénico en todos los cuerpos.

Blanche alegó que tanto Reid como el reverendo Moore estaban deprimidos, y que tal vez eso les hizo ingerir arsénico.

Fue condenada en 1991 a morir por inyección letal.

Debido a las continuas apelaciones, ha ido retrasando la ejecución de la pena, y actualmente, a sus ochenta y seis años, reside en la Institución Correccional de Mujeres de Carolina del Norte.

A día de hoy sigue manteniendo su inocencia.

[1] Tostada de hígado de cerdo frito en manteca de cerdo, típico en Extremadura.

[2] Ensalada de pimientos muy popular en Extremadura.

[3] Dulce tradicional de manteca de cerdo, harina, huevo y azúcar.